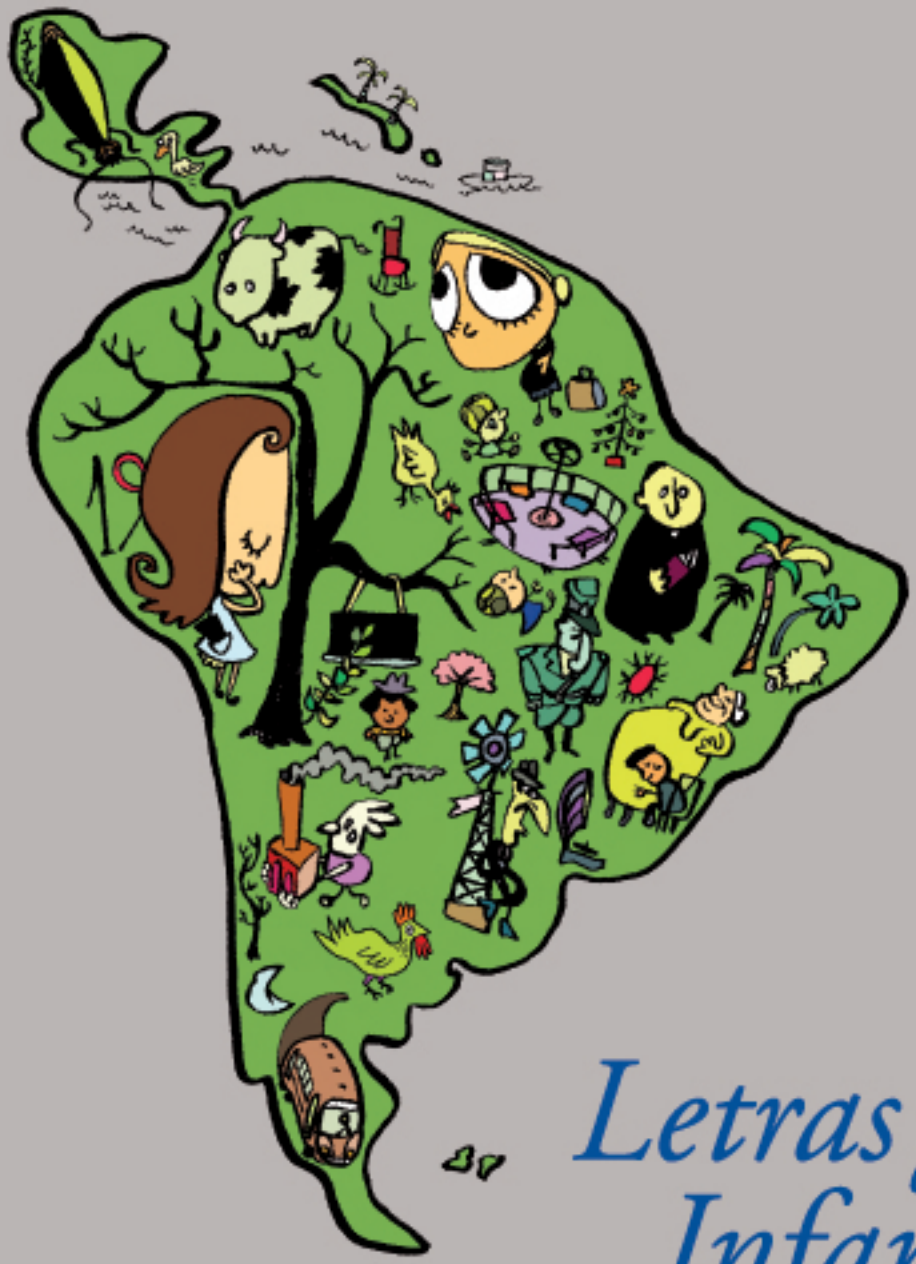


20 años

Fundación ARCOR

Letras de Infancias en Latinoamérica

Letras de Infancias en Latinoamérica

Fundación Arcor

Letras de Infancias en Latinoamérica

Letras de Infancias en Latinoamérica
ISBN 978-987-25436-1-7
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Impreso en Argentina.

Agradecemos a la Sra. María Kodama, Presidente de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, quien ha tenido la cortesía de autorizar la publicación del texto de Jorge Luis Borges "Recuerda Ud. quién le enseñó las primeras letras?", en *Textos recobrados (1931-1955)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 2007.
© María Kodama, 2001, 2007.

Ocampo, Silvina, "La mujer inmóvil" y "La calesita", en *Las repeticiones y otros relatos inéditos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2006.
© Herederos de Silvina Ocampo, 2006.

Hernández, Felisberto, "La pelota", en *Cuentos selectos*, ediciones Corregidor, 2011.
© Herederos de Felisberto Hernández, 2011.

Amado, Jorge, *Cacao,* Losada, Buenos Aires, 2003 (fragmentos).
© Herederos de Jorge Amado,1933, 1992, utilizado con el permiso de The Wylie Agency LLC.

Ábalos, Jorge W., *Shunko,* Losada, Buenos Aires, 2005 (capítulo VI).
© Herederos de Jorge Ábalos, 2005.

García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad,* Sudamericana, Buenos Aires, 2009 (fragmento).
© Gabriel García Márquez, 1967.

Cortázar, Julio, "Los venenos" y "Final del juego", en *Final del juego,* Alfaguara, Buenos Aires, 1976.
Cortázar, Julio, "Discurso del oso", en *Historias de cronopios y de famas,* Alfaguara, Buenos Aires, 1966.
Cortázar, Julio, "La señorita Cora", en *Todos los fuegos, el fuego,* Alfaguara, Buenos Aires, 1966.
© Herederos de Julio Cortázar, 2012.

Soriano, Osvaldo, "Otoño del 53", "Aquel peronismo de juguete" y "Juguetes", en *Cuentos de los años felices,* Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
© Herederos de Osvaldo Soriano, 2012.

Allende, Isabel, *La casa de los espíritus,* Sudamericana, Buenos Aires, 2007 (fragmento).
© Isabel Allende, 1982.

Battista, Vicente, "La Rosa Inalcanzable".
© Vicente Battista, 2012.

Coordinación editorial: Fundación Arcor.
Santos Lio y Vanina Triverio

Compilación y textos introductorios:
Alicia Entel, con la colaboración de
Celeste Choclin y Alicia Serrano

Edición: Laura Efrón

Ilustraciones: Rep (Miguel Repiso)

Diseño: Di Pascuale Estudio [www.dipascuale.com]

Índice

9 | Presentación

11 | Prólogo, *por Cristina Bajo*

17 | Cómo leer este libro

19 | Capítulo I. Instantáneas de las infancias urbanas
Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Felisberto Hernández

39 | Capítulo II. Los niños en las plantaciones
Jorge Amado

55 | Capítulo III. Relatos de la "otredad" en las infancias rurales
Jorge Washington Ábalos

77 | Capítulo IV. La realidad y la magia de la niñez
Gabriel García Márquez

95 | Capítulo V. Los niños crecen entre ilusiones, juegos y vivencias
Julio Cortázar

165 | Capítulo VI. La infancia tiene un lugar en la política
Osvaldo Soriano

187 | Capítulo VII. La hora de las niñas
Isabel Allende

203 | Capítulo VIII. Las infancias del futuro
Vicente Battista

Presentación

Córdoba (Argentina), septiembre de 2012

Queridos amigos y amigas:

El libro que hoy llega a sus manos es para nosotros como el árbol que recorre sus páginas. Por sus ramas corren letras y voces infantiles, recuerdos de infancias de poetas y narradores de América. Memoria e invención de grandes escritores que hallaron en la infancia, fuentes inagotables de inspiración. Porque así como cuando éramos niños, en la habitación o en el patio de nuestras casas crecían misteriosas selvas donde se desarrollaban las más peligrosas aventuras…, así, de la mano de Jorge Amado, Vicente Battista o de alguno de los autores latinoamericanos que nos acompañan en los textos que siguen, esas mismas imágenes florecen aquí en fabulosos cuentos, relatos y poemas.

Queremos compartir con ustedes el perfume intenso de las madreselvas, el color de los tomates en los canteros recién regados de la casa familiar de Julio Cortázar, la misma en la que las hormigas eran "misterios que iban y venían". Historias de juguetes, como la de la pelota rayada que Felisberto Hernández añoraba tener, o como la del pequeño camión de madera de Osvaldo Soriano, fabricado por su papá para uno de sus cumpleaños. Relatos sobrenaturales,

mágicos, en la voz de Gabriel García Márquez; narraciones donde las niñas son las protagonistas y sus miradas, las que nos ofrece conocer Isabel Allende. Y también canciones, de esas que aprendimos de generación en generación, como las canciones de cuna, las coplas entrañables y anónimas que siguen repicando en toda la región, como testigos sonoros de una misma cultura.

Éste es un libro que queremos atesorar en un lugar especial de nuestra biblioteca. Un libro que nos gustaría que ustedes también guardaran y eligieran releer cada vez que los recuerdos necesiten pasar por el tamiz de la literatura. Letras e ilustraciones, en este caso del reconocido dibujante Rep –Miguel Repiso–, que conllevan la intención de despertar el placer por la lectura.

Para nosotros fue una tarea de recopilación y armado por demás gratificante, que nos acercó desde otros lenguajes al espacio en el que hace ya veinte años definimos trabajar, el lugar de encuentro de nuestra práctica: la infancia. Allí hemos sostenido durante todo este tiempo la misión que orienta nuestro accionar, que es contribuir para que la educación sea una herramienta de igualdad de oportunidades para la niñez. Aunque parezca obvio, el recorrido que les proponemos hacer de la mano de estos autores reafirma la importancia de esta etapa de la vida en todas las personas.

En estas páginas corre la vida, fluyen historias. La vida en el primero de sus tramos, el de las primeras y fundamentales historias. La vida desde la estatura de los primeros sueños, de la imaginación a borbotones, de la alegría que, como la calesita del cuento de Silvina Ocampo, da vueltas vertiginosas con música de muchos colores…

FUNDACIÓN ARCOR

Prólogo

En ese país sin límites

PARA QUIENES DISFRUTAMOS DE LOS BUENOS LIBROS, *esta recopilación que Fundación Arcor pone en nuestras manos constituye un obsequio singular, pleno de riqueza por su temática –las infancias–, por la excelencia de los relatos que lo componen y por la variedad y jerarquía literaria de los autores seleccionados: Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Felisberto Hernández, Jorge Amado, Jorge Washington Ábalos, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Osvaldo Soriano, Isabel Allende y Vicente Battista.*

Cada uno de ellos nos entrega un fragmento de niñez, teñido con una mirada propia –más o menos autobiográfica– y atravesada por los tamices de la nacionalidad, la pertenencia social y el estilo narrativo. Sin embargo, es la maestría de la doctora Alicia Entel la que va hilvanando los diversos textos y torna en placer literario cada página, haciendo que no podamos retraernos al ávido interés que nos despierta la observación de estas infancias, culturalmente tan diversas y a la vez tan similares.

¿Y cuál es –me he preguntado– el punto de cruce entre todas ellas? ¿Cuál es el substrato común entre el Borges niño que se asoma a un balcón en Palermo y el personaje de Battista que se sumerge en la realidad virtual?

Rilke dijo alguna vez que "la verdadera patria del hombre es la infancia". Y creo que allí está la respuesta: ese país sin límites –el de la eterna

posibilidad–, donde nada se considera ridículo o absurdo, en el que todos hemos habitado alguna vez y del que fuimos exiliados por el paso del tiempo.

Si algo caracteriza a esa comarca es que sus habitantes tienen un insaciable y vehemente deseo de todo aquello que impresiona su sensibilidad, con una curiosidad implacable y permanente, con todas las puertas sensoriales abiertas al asombro y el alma más expuesta que la piel.

En el fragmento de Cien años de soledad *que se incluye en esta obra, García Márquez nos presenta a Rebeca, una niña a la que sólo le gusta comer tierra, quizás porque este personaje simboliza esa infancia que aspira a adueñarse de todo lo que el mundo ofrece, real o imaginario.*

"Lo maravilloso de la infancia –decía Chesterton– es que cualquier cosa es en sí una maravilla". Todo es mágico: las iridiscencias de una mancha de aceite flotando en el agua, el misterio de las letras que se unen para contar historias, los juguetes que cobran vida entre las manos, el estallido jugoso de una fruta al morderla, el enigma de los mecanismos que animan la existencia de seres y cosas, el milagro de amar y ser amado, y hasta el asalto inesperado del dolor.

En este libro, el relato de Jorge Amado es el único alejado del deleite, pues ocurre que sus niños no son tales, son niños-hombre que trabajan y que odian: odian al cacao y al patrón, culpables de su prematura expulsión del Edén. Despojados del aprendizaje, del juego y hasta de su propia identidad –definida por la hija del patrón– son pequeños que han perdido su esencia y han adquirido demasiado pronto la capacidad de impostura y simulación.

Esas características son las que los acercan a los protagonistas de Final del juego *y* La señorita Cora*, con la diferencia de que los personajes creados*

por Cortázar –por su edad– están situados en ese difuso límite entre la infancia y la adolescencia; están ingresando involuntariamente en el terreno de la lógica y la especulación, del razonamiento interesado; están comenzando a verle los hilos a las marionetas; están perdiendo la capacidad de jugar por el puro y simple goce del juego.

Por otro lado, Washington Ábalos también nos presenta a un niño de una zona rural, lleno de carencias y que trabaja por su subsistencia. Sin embargo, las labores de Shunko *son parte constitutiva del entramado familiar y se organizan de modo tal que le permitan asistir a la escuela. En la narración cobra gran importancia el personaje del maestro, que es quien pone límites pero también quien abre puertas a nuevas expectativas.*

A diferencia de los adultos que aparecen en Cacao*, el maestro es una figura de autoridad fuerte pero protectora, que respeta la identidad y las necesidades de los niños, capaz de tener con ellos cierta complicidad y permanecer al mismo tiempo abierto al juego. Esos rasgos los encontramos también en la representación que Soriano hace de Perón, en la abuela que nos pinta Hernández, en los adultos que bosqueja Borges y en los que perfilan con más detalles Silvina Ocampo, Julio Cortázar e Isabel Allende.*

El único relato en que las personas mayores están completamente ausentes es el de La Rosa Inalcanzable. *Allí solo hay tres niños –cuya única interacción es el diálogo–, varias referencias a diversos superhéroes y la realidad virtual como ámbito exclusivo del juego. Es la narración más cercana a nuestro presente y –sintomáticamente– no hay en ella figuras de autoridad ni espacios de aprendizaje ni contactos físicos.*

Otro aspecto destacable de esta obra es la preeminencia del realismo mágico, género que resulta más que adecuado para traducir el idioma de la infancia. Cuando somos niños, magia y realidad son uno y lo mismo: nos embelezan de igual manera una leyenda o un cuento de hadas que el relato de los viajes de Colón; cruzamos el umbral ficción-no ficción sin solución de continuidad cuando elaboramos el guión de nuestros propios juegos; convivimos con amigos reales o imaginarios, con monstruos y con ángeles, sin problemas para dialogar con ellos, tal como lo hace Clara en La casa de los espíritus.

Por más trágica y despojada que sea la infancia, siempre existe un rincón perfecto, un momento de gozo –generalmente situado fuera de la mirada de los adultos–, que hace de esa etapa de la vida un paraíso.

Tal vez por eso cuando crecemos, cuando nos vamos acercando al final del juego, cuando le soltamos la mano al niño que llevamos dentro y vamos perdiendo a quienes fueron los protagonistas de nuestra infancia, comenzamos a sentirnos solos. Ese abandono, esa soledad (los peores terrores de cualquier niño, y por qué no, de cualquier adulto) nos impulsan a recordar, a rescatar a nuestra infancia del olvido que todo lo destruye. Y rogamos para que –como en Macondo– llegue a nuestras vidas alguien que traiga una pócima que nos cure del insomnio, de la muerte de los sueños, de la agonía de la desmemoria.

En este punto, los escritores contamos con una ventaja, ya que nunca abandonamos del todo los mundos de la infancia. Cumplimos nuestro destino inexorable de jugar con las letras, invocando las palabras que nos permitan recrear ese paraíso perdido o construimos otros, evocando esas sensaciones que nos eluden, ese éxtasis que tan bien supo definir Valle Inclán, ese "goce de ser cautivo en el círculo de una emoción pura, que aspira a ser eterna. ¡Ningún goce y ningún terror comparable a este sentir del alma desprendida!".

A veces, sólo a veces, lo logramos y hasta conseguimos que algunos lectores recuperen, por momentos, su propio paraíso. Es como aprehender una rosa inalcanzable. Y entonces, sonreímos.

CRISTINA BAJO

Cómo leer este libro

Las lecturas literarias, *valiosas en sí mismas por propiciar el vuelo imaginativo, pueden también tener la intención de resultar un testimonio, una recreación, un juego. Los itinerarios que atraviesan el texto de* Letras de Infancias *fueron elaborados con varias motivaciones. Ante todo, para reconstruir, a través de la palabra poética, las representaciones e imaginarios de escritores latinoamericanos sobre las infancias del continente. Pero también se incorporó la idea de conjugar lo que pensaron sobre la niñez en general con los recuerdos de sus propias experiencias infantiles, la relación con el mundo adulto, el vínculo con la coyuntura histórica. Porque los escritores siempre, y más allá de su intención explícita, elaboran mundos y hablan de sus mundos presentes o evocados.*

A su vez, a tal conjunción se le agregó un condimento más: la temporalidad. *El libro contiene evocaciones de diferentes décadas a lo largo de más de un siglo: hay infancias del siglo XIX, de los años 20 y 30, hay niños y niñas de los 40 y 50, de los 70 y 80 y también del siglo XXI.*

Otra inquietud pasó por incluir a la niñez rural con distintos paisajes, así como las diferentes experiencias de chicos y chicas de ciudad. Y no sólo en la relación familiar o entre pares, sino en el espacio de socialización por excelencia que es la escuela. De ahí el personaje emblemático del niño Shunko.

¿Es posible pensar las infancias de Latinoamérica sin adentrarse en los interiores del realismo mágico expresado en la literatura de Gabriel García

Márquez? ¿Es posible conocer miedos, sueños y sarcasmos infantiles sin Julio Cortázar? ¿Es posible recorrer ciertas subjetividades de niñas latinoamericanas sin Isabel Allende? ¿Es posible comprender las vicisitudes por las que han atravesado las infancias vulnerables sin Jorge Amado? ¿Es posible hacer visibles a las infancias latinoamericanas sin dar cuenta del extenso y rico acervo anónimo y popular de canciones infantiles de Latinoamérica? Y así siguiendo.

De este modo se fue diseñando un caleidoscopio multicolor de infancias. Con los textos literarios. Con las canciones populares, que se presentan entre capítulo y capítulo, como un recreo en el que los adultos recordamos qué y por qué cantábamos y que a su vez nos ayuda a sumarnos al coro que entonan los niños de hoy. Con las apostillas antes de cada texto, que no pretenden ser exhaustivas sino más bien puntuales, como pinceladas, modos de señalar aspectos que queremos destacar de los autores en relación con sus imaginarios de infancias. Y también van algunos glosarios, que, como agua clara, ayudan a comprender los textos.

Las ilustraciones, a su vez, suman lenguaje visual, dan cuerpo a personajes y situaciones.

En definitiva, la idea central que alentó el diseño del libro fue poner de relieve momentos, situaciones, narraciones de experiencias de escritores latinoamericanos donde la infancia como etapa de la vida y los niños como sujetos de derechos fueran protagonistas. Los itinerarios que realicen los lectores tendrán la última palabra.

instantáneas de las
infancias urbanas

Capítulo I

Instantáneas de las infancias urbanas

CUANDO LA MEMORIA DE LOS GRANDES ESCRITORES *se abre, las infancias surgen inexorablemente: en recuerdos parciales, en anécdotas sentidas, en consonancia u oposición a modelos. La literatura entonces constituye un tejido amable en el que se pueden enhebrar y desenhebrar las historias de las infancias de otros tiempos y las actuales, reconstruir los imaginarios en torno a la niñez y advertir los puntos nodales que fueron forjando identidades y arquetipos. Claro que también es posible reconocer diversidades, contrastes que refuerzan la necesidad de referirse en plural a las infancias.*

Intentaremos abrir la memoria con uno de los más significativos escritores de habla hispana: el argentino Jorge Luis Borges (1899-1986). "Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos", *afirmaba en el poema "Everness". Esa remisión al pasado, presente en muchas oportunidades en su escritura, tiene que ver con el carácter inexorable del paso del tiempo:* "Yo he pensado que cuando era chico, un día duraba una semana y ahora una semana dura un día. A medida que uno envejece pasa con más rapidez el tiempo" [1].

La evocación de la infancia tiene, en la obra de Jorge Luis Borges, un decidido carácter autobiográfico. Se vincula con los relatos acerca de la

educación que su padre Jorge Guillermo Borges, abogado, imaginaba para el muchacho. Tiene que ver con las travesuras junto a su hermana Norah. Se asocia fundamentalmente con la presencia permanente de su madre, gran mentora y compañía en el difícil trayecto del deterioro de sus ojos.

Será entonces el recuerdo de la crianza de un niño de familia profesional, con parientes que se remontaban a los primeros criollos. Será también el relato de la acostumbrada educación europea dada a las infancias burguesas –antes el francés o el inglés y luego el castellano–. Serán también las alusiones a la educación en Ginebra, a los viajes. Se trata, a veces, de semblanzas de detalle que describen situaciones con alta capacidad de síntesis y en las que lo simple y lo profundo se conjugan de manera no contradictoria.

En el volumen Textos recobrados,1931-1955*, editado por* EMECÉ *en 2001, se han reunido artículos periodísticos, entrevistas, ensayos breves y prólogos de Borges que quedaron sin publicar en las* Obras Completas. *Precisamente, en uno de ellos, el escritor relata cómo gracias a su madre había aprendido las primeras letras, y cómo luego se abriría un abismo entre la educación impartida por su institutriz inglesa y el lunfardo de sus compañeros de escuela. Se trata de una breve entrevista realizada a Jorge Luis Borges por el diario La Razón, publicada originalmente el 31 de agosto de 1931.*

¿Recuerda Ud. quién le enseñó las primeras letras?[2]

—MI MADRE me enseñó esas primeras letras; acaba de repetirme que las aprendí casi con alacridad e impaciencia. Debe ser la verdad, porque yo no he recuperado ningún recuerdo de ese gradual proceso asimilativo. Me consta que su escena fue un dormitorio, que miraba a dos patios de

baldosa colorada y resplandeciente, que daban a un entreverado jardín. En el medio de ese jardín, jadeaba y trabajaba un alto molino. Afuera –tiempo del novecientos cuatro o novecientos cinco, esquinas de Serrano y de Guatemala– rondaba el incipiente Palermo de las arduas banderas de remate y de la precaria honradez, de las tormentas amarillas de tierra y del compadrito enlutado, de los juiciosos balconcitos mirones a ras de la vereda y de las parradas mostrencas. Esas imágenes me gustan, ahora que han ascendido a memorias. Entonces no pasaban de realidad y yo las ignoraba con decisión, porque las selvas de la India y del África eran lo que prefería mi pensamiento, incalculables, populosas y crueles.

Tuve una institutriz inglesa después. Su pedagogía fue deletérea o inútil, porque al ingresar yo en 1909, al cuarto grado de la escuela primaria, descubrí con temor que no me podía entender con mis condiscípulos. Carecía del léxico más común: "Biaba", "biaba caldosa", "otario", "piña", "muy de la garganta", "ganchudo", "faso", "meneguina", "batir"[3]. Las obscenidades de primera necesidad también no faltaban. Las estudié y pronto me curé del contrario error pedantesco de menudearlas mucho. Nuestro profesor –no el de dialecto arrabalero, se entiende– era un señor Argüelles, de iras famosas, que nos escarnecía, nos golpeaba, nos despreciaba, y a quien adorábamos todos. La escuela creo que sigue funcionando en la calle Thames.

De la evocación a la quimera

En medio de una realidad bastante similar, Silvina Ocampo (1906-1993), también argentina y quien fuera amiga entrañable de Borges, incluye memorias de infancia en algunos de sus relatos. Pero aquello autobiográfico se va deslizando suavemente hacia lo quimérico, hacia el absurdo, hacia lo irreal. Igualmente es posible recortar imágenes que seguramente han impresionado a la Silvina Ocampo niña y quedaron grabadas, como las sillas solemnes en el corredor de la casa de sus abuelos, las higueras y el parral, presentes en el cuento "La mujer inmóvil", o la calesita del relato que lleva ese nombre. Los transcribimos a continuación.

Silvina
Ocampo

La mujer inmóvil[4]

LAS DOS CASAS Y LOS DOS JARDINES se daban la mano sobre la barranca, cerca del río. Una era la casa donde yo había nacido, la otra era la casa de mis abuelos. Para cruzar de una casa a la otra, había que atravesar una pequeña quinta abandonada que parecía contener tantos ladrones como árboles, luego un callejón de tierra donde vivían pobres vagabundos entre grandes fogatas de hojas de eucaliptos.

La casa de nuestros abuelos tenía sillas solemnes en el corredor y cofrecitos con bombones en los cuartos. La quinta tenía también una infinidad de atractivos; uno de ellos era un gigantesco ombú con piernas gordas de mujer dormida, como un edificio a medio construir lleno de peligros y de refugios. Otro era un sin fin de escalones que bajaban apresuradamente la barranca, hasta el milagro del invernáculo. Otro era el rincón de los trapecios donde mis tíos hacían representaciones crueles, de pruebistas. Otro, un grupo de higueras con higos nunca maduros, un parral con uvas negras, un gran almohadón de porcelana con borlas, y un montón de otras cosas que no tengo tiempo de enumerar.

Todos los días después de estudiar el piano yo iba corriendo hasta la casa de mis abuelos. Una vez, al pasar a la otra quinta, perdida en el medio del callejón yo buscaba desesperadamente las columnas de entrada de la casa vieja. Un hombre que venía caminando me miró sorprendido y me preguntó: "Señorita ¿qué busca usted?" "Busco la casa de mis abuelos." "Aquí no viven ni han vivido nunca sus abuelos."

Distraje mi asombro caminando por el largo callejón de tierra donde estaban los vagabundos. Algunos dormían en colchones de hojas. Otros sobre la tierra húmeda, debajo de un techito de latas. Algunos, durante el día, estudiaban minuciosamente las hojas de los árboles, y hablaban solos.

Ya no buscaba más la casa de mis abuelos. De repente tuve miedo y empecé a gritar: "Quiero volver a mi casa. Quiero volver a mi casa". Alcé los ojos y en el cielo parecía que se había volcado un gran tintero de tinta negra, y lejos, en el horizonte, se levantaba un extraño clamor de tambores de lata para ahuyentar langosta. Nubes oscuras con bordes rojos cubrían

el cielo. Yo gritaba: “Quiero volver a mi casa”, y un gran dolor me apretaba la garganta. En ese grito estaba encerrado el sufrimiento que me protegía. Tenía miedo del momento en que los gritos llegaran a faltarme.

Y de pronto, caída ya en el silencio, me oí decir: “Es demasiado tarde”.

No podía moverme. Un frío muy blanco me corrió por la espalda y contemplé largamente un cielo con un pescado entre mis brazos. De la boca del pescado subían y luego caían lluvias de agua, que me bañaban el rostro, el pecho y la cola festoneada de escamas.

“Soy de la familia de las onagrarieas, como la fucsia y la onagra”, decía una voz detrás de mí y otra le contestaba: “Soy de la familia de las aceríneas”. “Soy decandria”, dijo otra. Yo no podía darme la vuelta y dije en voz alta: “¿Me acostumbraré a ser sirena de una fuente con la cabellera tan suelta y con tantos pescados deslizándose entre mis piernas? ¿Conservaré bien mi postura de estatua?” Pero los árboles no me contestaron porque ya estaba en una casa de remates.

Silvina
Ocampo

La calesita[5]

En el jardín donde ellas juegan el día está tan claro que pueden contarse las hojas de los árboles. Mis hijas son de la misma altura, llevan gorritas de sol hechas de un género escocés. No se les ve el color del pelo porque lo llevan totalmente escondido debajo de la gorra, no se les ve el

color de los ojos porque están velados de sombras: sombras extrañas de forma escocesa enjaulan los ojos de mis hijas.

Las dos son de la misma altura, tienen un peso y una altura que corresponde bien a la edad de cinco años: ese dato que me llena de alegría lo he verificado por veinte centavos en la balanza de la farmacia. Las alegrías que tengo son variadas e infinitas como las hojas de estos árboles, siendo algunas de un verde muy tierno y otras de un verde encendido y azul de fondo de mar.

Salgo de la casa. Es una mañana traslúcida y nacarada. Los pájaros atraviesan el espacio que hay entre cada árbol con indecisión intrépida de bañista. Los rosales están cubiertos de telarañas; no les tengo miedo. No les tengo miedo a las arañas en el jardín, les tengo miedo en los cuartos, congregadas en el techo de la sala e iluminadas por las arañas con caireles del hall.

Se diría que todo está tejido con hebras brillantísimas de seda. Salimos caminando juntas, abrimos el portón y salimos a pasear porque el jardín no nos alcanza para mover nuestro asombro, tenemos piernas ligeras como alas.

Las tres hemos nacido en la alta casa anaranjada que en los días de tormenta brilla entre los árboles madurando un color rojo. Las tres hemos jugado en el mismo jardín y estamos hermanadas por los mismos juegos detrás de los mismos árboles. Las tres nos hemos escondido en el mismo invernáculo que contiene plantas prisioneras entre los vidrios rotos. Las tres hemos subido siempre con preferencia al tercer piso de la casa porque allí reinan las palanganas llenas de agua con lavandina, el azul, el agua jabonada, las planchas, las flores de estearina, la ropa tendida, las viejas niñeras que duermen en un cuarto muy adornado de fotografías o de estampas con olor a sémola. Allí suben como al cielo las lavanderas cantando de tener las manos siempre en el agua. Allí suben las opulentas planchadoras con los ojos llenos de bienaventuranza.

Mis hijas y yo tenemos los mismos secretos: sabemos el imposible misterio de andar en triciclo sobre los caminos de piedras.

Las tres tenemos una calesita. Me la regalaron en mi infancia. Pintada de color verde y rojo, tenía, o más bien tiene aún, cuatro asientos que dan vueltas mediante un movimiento combinado de manubrios y pedales.

Mi alegría daba vueltas vertiginosas con música de muchos colores el día que desempaquetaron la calesita que mi padre había hecho venir de Alemania. Todavía me acuerdo como si fuese hoy: mi padre, el jardinero y un señor muy bajito con grandes bigotes blancos que estaba de visita, tuvieron que armarla entre los tres, mientras yo esperaba la sorpresa en el otro extremo del jardín. Llegaban volando los papeles que la envolvían porque era un día de viento y no un día tranquilo como este. No se

mueve una sola hoja. Llegaban volando los papeles hasta que llegó el último desplegando túnicas y alas como un mensajero muy blanco. Entonces mi nombre empezó a llenar el jardín. Todo el mundo me llamaba. Pero yo no corrí, fui caminando con la cara encendida y me detuve cerca de los árboles de magnolia hasta que volvieron a llamarme.

Los regalos me dolían en proporción a su tamaño, pero me acerqué buscando alivio; la calesita estaba frente a mis ojos, nunca tuve un juguete tan grande y complicado. "Súbase niñita" — "Súbase muñeca" — "Subite mi hijita", me decían voces por todos lados. Yo me resistía. La calesita parecía frágil y transparente como una lámina de papel, pero insistieron tanto que finalmente tuve que subir. Los manubrios eran duros, los pedales eran duros. No podía hacerla andar. No había música, no había vueltas vertiginosas ni caballos deslumbrantes como en las calesitas de París. "Hay que enaceitarla", dijo mi padre y sentí ganas de pedirle perdón. Al día siguiente la enaceitaron, pero no anduvo mejor. En cuanto yo subía en la calesita se desvanecía, en cuanto me bajaba de ella volvía a encontrarla con sus vueltas, sus músicas y mi anhelo por subirme.

Hace pocos días que mis hijas descubrieron la vieja calesita arrumbada en un rincón del garaje. Enseguida quisieron andar en ella. El jardinero, ayudado por un peón, transportó la calesita al jardín mientras mis hijas echaban la cabeza para atrás haciendo gárgaras extrañas en signo de júbilo. "Una calesita, una calesita", gritaban moviendo los brazos en forma de vuelos rápidos y repetidos. Pero no la podían hacer andar. Igual que en mi infancia, recién cuando se bajaban de la calesita andaban en ella. Y pasaron muchos días subiendo y bajando

desesperadamente, buscándole vueltas, músicas y caballos como si hubiesen calcado mis movimientos de entonces.

Pienso todas estas cosas y sin darme cuenta camino cada vez más despacio. Mis hijas están protegidas por infinidad de movimientos. Estamos paseando por una calle de paraísos con racimos azules de flores. Un aguaribay nos ofrece su follaje llovido de frescura adentro de una quinta. Nos encaminamos hacia la plaza que queda frente a la iglesia. Dos cuadras antes de llegar les digo a mis hijas para hacerlas correr: "Tomen ese camino, yo tomaré éste. Veremos quién llega antes a la plaza". Mis hijas salen corriendo entre los árboles. Pero de pronto la cuadra se llena de gente. Las he perdido de vista. "¿Dónde están mis hijas?" Estoy cercada por mis propios gritos. La calle se llena de chicas con gorritas escocesas. No conozco el rostro de mis hijas. Me doy cuenta de que nunca he visto ni mirado el rostro de mis hijas. Voy corriendo y mis llantos llenan la cuadra. Me parece que estoy soñando. Oigo que mis labios repiten una misma frase para apiadar a los transeúntes: "Mis hijas perdidas en la revolución española", pero nadie me escucha, yo sola estoy conmovida por mis palabras. Se multiplican las chicas con gorritas de sol escocesas.

Las he perdido para siempre. Sólo recuerdo el color del género de las gorritas y la orfandad en que me dejaron. Era verde, blanco y azul con líneas finísimas de rojo y negro. Pero debajo de esas gorritas nunca conocí el rostro que llevaban.

Con ironía y ternura

Contemporáneo de Borges y Ocampo, el uruguayo Felisberto Hernández (1902-1964) también puso en palabras experiencias de su infancia. Pero en su biografía resaltan otros datos, como haber comenzado a trabajar como pianista de cine mudo apenas terminó la escuela primaria. Además, las primeras ediciones de sus libros eran precarias o realizadas gracias a la colaboración de amigos. Con esos comienzos, en sus evocaciones hay una fina ironía que permite al mismo narrador burlarse de su situación.

También las infancias retratadas en sus relatos tienen estas características: sus protagonistas atraviesan la pobreza, suelen pertenecer a la clase media baja y experimentan frustraciones porque los mayores no pueden darles lo que ellos desearían. Al mismo tiempo se trata de niños muy imaginativos que hasta hacen cobrar vida a los objetos que los rodean. Por momentos también poseen una veta sarcástica y son capaces de maldades. El cuento que transcribimos a continuación, "La pelota", constituye un interesante ejercicio de sustitución y deslizamiento: el niño quiere una pelota del almacén, pero la abuela sólo puede darle una de trapo que confecciona rápidamente ante la insistencia del chico de ir a comprar la del negocio. La pelota hecha por la abuela adquiere formas variadas y hasta comportamientos inesperados. El protagonista de la historia no puede realizar su sueño de jugar con el objeto que desea, la mujer resulta por momentos irascible, pero finalmente la escena de ternura se despliega cuando el niño se queda dormido sobre la panza de su abuela inflada como una pelota.

Felisberto
Hernández

La pelota[6]

CUANDO YO TENÍA OCHO AÑOS pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que yo no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita –pronto para correr– yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi como ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas "patadas"

me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de esas veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna

y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una "patada" bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle pegarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a

hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.

Notas del Capítulo I

1. Frase tomada de una entrevista de Julio César Calistro a Borges en 1983, en Buenos Aires, que fue publicada en 1993.
2. Pertenece al libro de Jorge Luis Borges *Textos recobrados,1931-1955*, de editorial EMECÉ, Buenos Aires, 2007, pp.18-19. Vaya un agradecimiento especial a la Sra. María Kodama, presidenta de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, por autorizar la publicación del texto en la presente obra.
3. Ver el siguiente recuadro para conocer el significado de los términos en lunfardo mencionados por Borges:

> GLOSARIO
>
> *Biaba:* paliza; específicamente, "biaba caldosa" constituye un puñetazo que provoca sangre.
>
> *Otario:* necio, tonto o víctima de una "avivada" de otros.
>
> *Piña:* trompada, puñetazo.
>
> *Ganchudo:* se asocia "ganchudo" a "alumno preferido de la maestra".
>
> *Faso:* cigarrillo.
>
> *Meneguina:* dinero.
>
> *Batir:* delatar, dar datos a la policía; el "batidor" es llamado también "ortiba".

4. El cuento "La mujer inmóvil" pertenece al libro de Silvina Ocampo *Las repeticiones y otros relatos inéditos*, de editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006. Edición al cuidado de Ernesto Montequín.
5. El cuento "La calesita" pertenece al libro de Silvina Ocampo *Las repeticiones y otros relatos inéditos*, de editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006. Edición al cuidado de Ernesto Montequín.
6. El cuento "La pelota" pertenece al libro de Felisberto Hernández *Cuentos selectos*, ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2011.

LOS NIÑOS EN LAS PLANTACIONES

Capítulo II

Los niños en las plantaciones

Si podemos hablar de un escritor apasionado *por la situación de su Bahía natal, por la vida de las infancias en situación casi de esclavitud en las haciendas, ese es el brasileño Jorge Amado (1912-2001). Desde muy joven ha tenido una sensibilidad particular para ponerse en la piel de quienes se encontraban en situación de vulnerabilidad: de aquellos explotados en las plantaciones de cacao, de los personajes marginales de la ciudad, de los pescadores que salen a zarpar sin saber qué destino les proporcionará la bravura del mar.*

Amado fue un escritor que, a través de sus descripciones memorables de las playas de Bahía, sus relatos de amor y pasión y la denuncia por las tremendas condiciones de existencia de los más desprotegidos en el Brasil de principios de siglo XX, ha sabido expresar las alegrías y sinsabores del pueblo. Un pueblo, al nordeste de Brasil, donde la Iglesia católica convive con las tradiciones milenarias del candomblé, religión iniciada por los esclavos africanos, durante muchos años prohibida y que hoy convoca a unos tres millones de creyentes de ese país. Una cultura de gran riqueza en un territorio de paisajes extraordinarios, pero con las contradicciones propias de la región latinoamericana: grandes recursos naturales y profundas desigualdades sociales.

Las infancias en este escritor brasilero, que hizo sus primeros relatos en los años 30 y se consagró con obras memorables como Gabriela, clavo y canela *(1958) y* Doña Flor y sus dos maridos *(1966), son observadas en el reconocimiento de la profunda desigualdad. Amado se pone en la piel de aquellos niños y niñas cuya vida estaba sentenciada al trabajo en las plantaciones y se pregunta por qué en un país con tantos recursos existen personas que no tienen derecho al juego y a la educación y en cambio parecen destinados a recoger el fruto del cacao desde los cinco años. Jorge Amado describe a estos pequeños en las plantaciones con sus enormes extremidades y su barriga hinchada en la narración de* Cacao*, una de las tantas novelas que escribió acerca de las plantaciones en la época de apogeo del cacao. Pero también se advierte la infancia en el mundo urbano, en aquellas novelas que relatan los pesares y las andanzas de distintos personajes de la mítica Salvador de Bahía. Por ejemplo, los chicos en situación de calle son los protagonistas de una de sus novelas,* Capitanes de la Arena, *niños hambrientos, que delinquen, que deben sobrevivir en una ciudad que los excluye día a día.*

De un modo más ascético propio de la denuncia en sus obras de la juventud, hasta relatos más cargados de humor y sensualidad, la sensibilidad hacia los más vulnerables atraviesa toda la obra de Jorge Amado. Pero también acompaña el relato de estas vidas del Brasil desigual con cruces entre la religión oficial y el candomblé. Los niños de su obra atraviesan atónitos y sin comprender bien la ceremonia del bautismo a la vez que van aprendiendo los primeros rituales del culto a la diosa Yemanjá o al Santo Jubiabá. Desde la denuncia, el humor y la mitología se adentran en un mundo de

realidad cruel, a la vez que maravilloso, y la construcción narrativa proporciona una de las primeras pinceladas de lo que luego se conocería como el realismo mágico.

Una de las obras de la cual expondremos algunos fragmentos es Cacao. *Escrita en su juventud, la novela cuenta de manera sencilla y descarnada las terribles condiciones de explotación en las plantaciones de cacao. Con la idea de, tal como señala el autor, contar* "con un mínimo de literatura en pos de un máximo de honestidad la vida de los trabajadores de las haciendas de cacao del sur de Bahía", *el libro narra la cotidianeidad de aquellos personajes denominados "alquilados". Se trata de familias enteras en condiciones casi de esclavitud que trabajaban en la recolección, cuyo salario sólo alcanzaba para comprar el alimento necesario para subsistir en la misma proveeduría de la plantación. Trabajadores atrapados en una vida que se limitaba a la labor de sol a sol, sometidos a una dura tarea que no contemplaba edades ni preferencias: a los cinco años comenzaban a trabajar y a los doce ya eran obligados a realizar las tareas más duras de los adultos. Una vida donde la escuela era una palabra sin sentido y el coronel (el dueño de la finca) inspiraba una mezcla de admiración por ser quien podía brindar cierta "protección" y de profundo desprecio por la permanente humillación a la que sometía a sus trabajadores.*

El protagonista de la novela es José Cordero, un joven acomodado que vive en Sergipe, un pueblo al norte del Estado de Bahía. Cuando muere su padre su tío lo engaña y termina apropiándose de la fábrica familiar. José Cordero trabaja allí y se enamora de una muchacha a quien su pariente acosaba permanentemente. En un ataque de furia José golpea a su tío, quien

lo despide. Sin trabajo en la ciudad, se va a probar suerte a las plantaciones de cacao. Luego de días de búsqueda, consigue trabajar en una hacienda inmensa, llamada, paradójicamente, Fraternidad y regentada por Mané Fragelo. Allí conoce la terrible vida en la plantación, se hace amigo de Colodino, el único que junto a él aprende a leer y escribir. Colodino termina huyendo a Río de Janeiro y desde allí escribe cartas acerca de ideas tan extrañas en ese medio rural, como la "lucha de clases" y "proletariado". A José Cordero, luego de trabajar en la plantación lo destinan como sirviente de María, la hija del patrón. Como en un cuento de hadas ambos terminan enamorados, pero José decide romper el encantamiento para ir con su amigo a la ciudad a luchar por los trabajadores.

El fragmento que exponemos a continuación muestra una escena habitual de la plantación: los chicos tratando de hacer caer la jaca del árbol, fruto de las jaqueiras, el único alimento del día. Luego se desarrolla la ceremonia del bautismo, celebrada una vez al año para Navidad, donde se convoca a una multitud de chicos que María, la hija del patrón, bautiza y les pone un nombre. Es esta joven quien les otorga identidad. Previamente a aquel ritual, ricos y pobres rezan cada uno a su manera, en el caso de las mujeres trabajadoras pronuncian una oración que mezcla la religión oficial con sus creencias más profundas.

Jorge
Amado

Jaca[7]

¡JACA! ¡JACA! Los chicos se trepaban a los árboles como monos. La jaca caía, bum, bum, ellos le caían encima. Al poco tiempo quedaba la cáscara y el carozo que los chanchos devoraban a gusto.

Los pies desparramados parecían de adultos, la barriga enorme, inmensa, de la jaca y de la tierra que comían. La cara amarilla, de una palidez tenebrosa, denunciaba herencias de terribles males. Pobres criaturas amarillas, que corrían entre el oro del cacao, vestidas con harapos, los ojos muertos, casi imbéciles. La mayoría de ellos desde los cinco años trabajaba en la recolección. Y se conservaban así, débiles y esmirriados hasta los diez o doce años. De repente se volvían hombres fuertes y bronceados. Dejaban de comer tierra pero seguían comiendo jaca.

Escuela era una palabra sin sentido para ellos. ¿Para qué sirve la escuela? No adelanta nada. No enseña cómo se trabaja en los campos ni en las barcazas. Algunos, al crecer, aprendían a leer. Se podían contar con los dedos. Escuela del libertinaje eran los campos con las ovejas y las vacas. El sexo se desarrollaba temprano. Aquellas criaturas pequeñas y barrigudas, tenían tres deformaciones: los pies, la barriga y el sexo. Conocían el acto sexual desde el nacimiento. Los padres se amaban sin tapujos y muchos habían visto a sus madres con varios maridos.

Fumaban cigarrillos de tabaco picado y bebían grandes tragos de cachaça desde la más tierna infancia. Aprendían a temer al coronel o al capataz, y asimilaban aquella mezcla de amor y de odio de los padres hacia el cacao. Rodaban con los chanchos por el barro y aceptaban la bendición a todo el mundo. Poseían una vaga idea de Dios, un ser algo así como el coronel, que premiaba a los ricos y castigaba a los pobres. Crecían llenos de supersticiones y de heridas. Sin religión, sentían al cura como un enemigo. Lo odiaban naturalmente, como odiaban a las cobras venenosas y a los hijos chicos de los patrones. A los doce años los trabajadores los llevaban a Pirangi, a la casa de las putas. Cuando se agarraban la enfermedad mala, se hacían hombres. En lugar de quinientos réis pasaban a ganar mil quinientos. Chiquillada de nombres corrientes: João, José, María, Pedro, María de Lourdes, Paulo, chicos que nunca tuvieron ni juguetes ni muñecas.

Algunos tenían nombres raros de héroes de novela, aristocráticos: Luis Carlos, Tito Livio, César, Augusto, Jorge, Gilca, Alda. Después descubrí que todos ésos eran ahijados de María, la hija del coronel.

Los bautizos se hacían año a año para la Navidad. El coronel y la familia invitaban a un cura para que celebrase una misa en el campo. Familias de Ilhéus, Itabuna y Pirangi llenaban la casa grande. Se sacrificaban chanchos, gallinas, pavos y carneros, bailaban por la noche al son de un vitrola. Ocho días de fiesta de esa gente de la ciudad, que evitaba rozarse con los campesinos, con miedo a ensuciarse y que se divertía desde lejos con las bestialidades que decían.

La Navidad traía las grandes fiestas. Trabajadores de diferentes lugares, familias enteras de contratistas, venían a bautizar a los hijos. Los hombres cargaban los zapatos al hombro y se ponían los pantalones de lujo. Iban hasta la casa grande a saludar al coronel y a su familia. Las visitas reían con risitas sarcásticas porque las mujeres entraban con la cabeza baja, avergonzadas. Los chicos raquíticos y barrigones recibían la bendición de todo el mundo y besaban la mano:

—Bese la mano del doctor Osorio, peste. Sea bien educado…

Pellizcones, caras de llanto, caras de risa.

Después volvían al frente del almacén, donde la cachaça corría y las guitarras y armónicas cantaban alegrías y tristezas, historias de amores primitivos con morenas de moños con lazo, vestidas de percal, flores salvajes del campo.

Todos bebían. Hombres, mujeres y niños. La fiesta no nos alegraba. Nos alegraba el día sin trabajo, el salario pago.

El altar levantado en la galería de la casa grande, desaparecía entre las flores puestas allí por las manos cuidadas de María y de sus amigas. Apenas se podían ver los cuadros de santos debajo de tantas rosas. A las diez, la familia del coronel y las visitas ciudadanas se extendían por la galería. Nosotros íbamos al patio. El cura comenzaba la ceremonia. Los ricos arrodillados, las muchachas rezaban con rosarios de plata o con libros ribeteados de oro. Los pobres se quedaban de pie, algunos fumaban:

—Yo no me arrodillo para no ensuciarme el modelito. Lo compré ayer…

Las mujeres de los trabajadores rezaban también oraciones exquisitas, semicatólicas y semifetichistas:

> *Santa Bárbara líbranos de las tormentas, las pestes y las mordeduras de cobras. Líbranos de los espíritus malos, de los lobisones y de las mulas sin cabeza. Haz que mi marido tenga saldo para poder irnos a Piauí o por lo menos a Bahía a ver al Santo Jubiabá, hijo de Orixalá[8], Nuestro Señor. Yo quiero que mi marido esté sano; si no, nos moriremos de hambre, mi Santa Bárbara. Libra a mi hermano Julio de aquella peste de su mujer que se lleva todos sus ahorros. Protege a nuestra casa contra el espíritu del caboclo Curisco[9], que anda armando barullo. Amén.*

(…)

Entonces venía el bautismo. Treinta, cuarenta criaturas, una legión, bautizadas todas a la vez, como un rebaño de bueyes yendo a la yerra. María sostenía velas y buscaba nombres complicados para sus ahijados. Los menores lloraban, los mayores no entendían. Debían llamar padrino al coronel y madrina a María.

(…)

Los recién bautizados, a pesar de la ropa nueva, trepaban a las jaqueiras y las jacas maduras caían. Se peleaban después. No jugaban al fútbol ni corrían en bicicleta. Mataban pájaros con hondas y a escondidas de las madres, comían el barro de la orilla del río.

Ni los chicos tocaban los frutos del cacao. Le tenían miedo a ese coco amarillo, de carozos dulces, que los aprisionaba en aquella vida de carne seca y jaca. El cacao era el gran señor a quien hasta el coronel temía.

El otro fragmento que incluimos pertenece a la celebración de la fiesta de San Juan, una ocasión para que se haga presente Doña Arlinda, la señora de la gran hacienda, quien aprovecha el momento para interrogar a las mujeres trabajadoras y con sorna burlarse de sus pesares[10].

De los extremos de la plantación, de los campos más distantes, salían familias enteras de trabajadores para venir a saludar a doña Arlinda. Traían cestas. *Quiabos*, *jilós*, tomates y porotos verdes llenaban las cestas. Algunos traían zapallos gigantes, jacas escogidas, cachos de banana. Los seguían las criaturas barrigonas, patinando en el barro y corriendo por el camino:

—Siga derecho, porqueriíta. Dentro de poco la ropa va a estar sucia como un horror. ¿Y así va a pedirle la bendición al padrino?

Entraban y apretaban los dos dedos llenos de anillos que doña Arlinda les presentaba. Los chicos besaban la mano de la madrina, los labios sucios de jugo de jaca. Patrones de los alrededores conversaban con el coronel sobre los negocios. Desde la galería, María miraba el paisaje de oro del cacao, en el cual, nosotros, hombres desnudos de la cintura para arriba, éramos simples complementos.

Doña Arlinda preguntaba a las mujeres:

—¿Cómo anda su marido?

—Enfermo, patrona. Desde que una cobra lo mordió, no volvió a tener salud. Yo hasta desconfío que eso es un hechizo. Pero como no tiene saldo para ir a Bahía a ver al Santo Jubiabá…

—¡Hechizo de qué!… Eso es pereza… Si ustedes trabajaran terminarían enriqueciéndose.

—Uno no hace cuestión de volverse rico, no, señora. Uno quiere tener salud y porotos para comer. Y se trabaja mucho, se trabaja.

Doña Arlinda se miraba las manos pequeñas, de uñas rojas y bien arregladas:

—El trabajo no es tan pesado como dicen…

La mujer se miraba las manos grandes y callosas, de uñas negras y rotas y sonreía con la sonrisa más triste del mundo. No lloraba porque ella, como nosotros, no sabía llorar. Estaba aprendiendo a odiar. Bebían su trago de vino y se volvían. Los chicos que tan difícilmente se habían mantenido quietos, salían a todo correr.

En una de esas carreras, un chico golpeó un árbol de cacao y derribó un fruto verde. El coronel, que miraba desde la galería, voló encima del chico que ante el tamaño de su crimen se quedó boquiabierto. Mané Frajelo levantó al criminal por las orejas:

—¿Usted cree que esto es de su padre, atorrante? Sólo saben destruir las plantaciones, desgraciados.

Una tabla de cajón, tirada por allí, sirvió de chicote. El chico berreaba. Después, dos puntapiés.

Colodino cerraba los ojos y los puños. Todos estábamos parados, sin un gesto. Era el coronel quien castigaba y además, el castigado había volteado un coco de cacao. De cacao… Maldito cacao…

La infancia en la plantación aparece cruel, terrible. Una sociedad fuertemente tradicional donde el peón rural no tenía posibilidades de mejorar su condición de existencia. Así lo vivió Amado y de esta manera descarnada nos lo trasmite para que ello quede como memoria del pasado y no como asignatura pendiente.

Notas del Capítulo II

7. El relato pertenece al capítulo "Jaca" del libro de Jorge Amado, *Cacao*, editorial Losada, Buenos Aires, 2003.
8. *Orixa-lá*: el mayor de los orixá.
9. *Curisco*: jefe de la banda de Lampião después de la muerte de este.
10. El fragmento pertenece al capítulo "El rey del Cacao y su familia" del libro de Jorge Amado, *Cacao*, editorial Losada, Buenos Aires, 2003.

GLOSARIO

Jaca: fruta enorme que llega a pesar 15 kg, cuyo interior es amarillo y formado por gajos, cada uno de los cuales tiene un gran carozo recubierto por una pulpa comestible.

Jiló: fruto del jiloeiro, de sabor amargo, que se consume siempre cocido.

Quiabo: fruto del quiabeiro, son cápsulas verdes y alargadas que se comen antes de que maduren y acompañan muchos platos de la cocina bahiana.

La rurrupata

(Canción de cuna tradicional)

A la rurrupata
que la parió la gata
cinco borriquitos
y una garrapata.

Este lindo niño lindo
se quiere dormir
háganle la cama
en el toronjil.

Este lindo niño
que nació de noche
quiere que lo lleven
a pasear en coche.

Este niño lindo
que nació de día
quiere que lo lleven
a Santa Lucía.

Este niño lindo
se quiere dormir
y el pícaro sueño
no quiere venir.

Relatos de la "Otredad"
en las infancias rurales

Capítulo III

Relatos de la "otredad" en las infancias rurales

"En el Departamento General Taboada, *al este de Santiago, que linda con el Chaco Argentino, o sea en pleno monte santiagueño, érase una vez una escuela rural bilingüe, la del pueblo de Tacañitas, a orillas del Río Salado, que es la de Shunko, la novela de Jorge Washington Ábalos". Así comenta en la introducción a su tesis de doctorado en la Universidad de París IV el investigador Eric Courthès. El tema central de dicha investigación es precisamente "Las diferentes caras de la otredad indígena" y el caso principal es* Shunko. *Valga esta cita para advertir la difusión que ha tenido la novela del científico argentino Jorge Washington Ábalos, nacido en la ciudad de La Plata en 1915, entomólogo de renombre y, en su juventud, maestro rural, fallecido en Córdoba en 1979.*

El protagonista de la novela resultó ser Benicio Palavecino, un niño santiagueño que luego, de adulto, emigró a Buenos Aires en 1953. El autor escribe la novela a partir de una experiencia real con ese niño al que llamaban Shunko, que en quechua quiere decir "el más chiquito". No es fácil conmover con lenguaje poético y sin ocultar la situación de las infancias campesinas atravesadas por la pobreza en medio de las áridas regiones de la provincia de Santiago del Estero. No es fácil tampoco incluir una pizca de humor en

el escenario escolar de la época, los años 40, en que se le temía al maestro. Sin embargo, alguien cuya vocación científica era profunda, logró desenvolver esa veta poética.

En efecto, Jorge Washington Ábalos tuvo desde joven curiosidad científica. Estudió especies venenosas, según se dice, a partir de que él mismo fuera picado por un escorpión. Pero también le interesaba por haber visto a sus alumnos devastados por enfermedades endémicas como la producida por la vinchuca. Colaboró con el doctor Salvador Mazza, quien junto con el doctor Carlos Chagas descubrió la tripanosomiasis o Mal de Chagas-Mazza. Aunque no había realizado estudios universitarios, Jorge Ábalos trabajó también con el mismo Hussay, quien fuera premio Nóbel de Medicina. ¿Sería desde ese lugar que el poeta-científico estudiaba e interactuaba con las infancias? ¿Le interesaba la lengua y el vocabulario quechua como un saber más en su acervo? No parece. A diferencia del mundo científico de la época, cuya huella positivista podía minusvalorar a las infancias rurales, Jorge W. Ábalos reconocía que en su interacción con los niños y niñas de campo él también aprendía. Tal vez ese constituya uno de los temas centrales de Shunko: *el diálogo posible entre el maestro de ciudad y el niño quechua hablante. A través de la novela se van diluyendo prejuicios y se reconocen diversidades, y un manto de poesía cubre la vida dura y el paisaje agreste en el que viven sus personajes.*

Hemos seleccionado el capítulo VI de Shunko, *aquel donde se relata el primer día de clase del niño, los preparativos, sus miedos, las primeras impresiones, el recibimiento que le brinda el maestro, los diálogos posibles y el esfuerzo de ambos por ganarse la confianza del otro. No parece buena*

definición hablar aquí del "otro cultural", que a lo sumo sería el maestro, ya que el niño forma parte de un pueblo originario de la región. Más aún, interesa destacar que no se considera al niño "tabla rasa" como imaginaba la pedagogía tradicional, sino un ser que posee saberes propios que interactúan con lo que va aprendiendo en la escuela. En este proceso, el diálogo y la ayuda mutua surgen como rasgos fundamentales en un lejano parecido a las concepciones de Paulo Freire. Y todo, a su vez, puesto en un lenguaje literario donde la sencillez y la poesía van de la mano. No es extraño entonces que partes de la novela hayan sido durante décadas los textos preferidos por muchos docentes en las escuelas primarias argentinas. Tampoco que la novela fuera llevada al cine por el chileno Lautaro Murúa –su ópera prima como director– y estrenada en 1960.

Jorge Washington
Ábalos

Shunko va a la escuela[11]

Y LLEGÓ –todo llega– el jueves, terrible día de su ingreso a la escuela. La mamá le remendó bien su saquito, que desgraciadamente no se criaba junto con él, y le hizo una camisa nueva; su pantalón fue heredado de Idaco y llevaba alpargatas nuevas. Nunca había estado mejor puesto. Se lavó bien la cara con jabón y se refregó "las patas". Tampoco había estado nunca más limpio.

Se encaminó a la escuela, distante dos kilómetros de la casa. Luchaban en él dos sensaciones. Una, la curiosidad por saber qué era la escuela, y la otra… la otra le oprimía las tripas y hacía correr un ligero estremecimiento por el *uasa tuyo*; era miedo, un miedo enorme por el maestro. Decían que los maestros castigaban a los niños por cualquier cosita. Cuando en las casas los chicos se portaban mal, las madres los amenazaban: "Voy a llamar al maestro para que te lleve a la escuela" y los chicos se quedaban quietecitos atemorizados. Pero la realidad era que podían estar tranquilos, pues las madres por nada del mundo hubieran ido a hablar con el maestro.

Dicen que los hacía estar sentados toda la mañana en un banco y ¡guay! del que se mueva. ¡Y cuando él no entendiera la *castilla*! ¡Y cuando el maestro le dijera que leyese! ¿Qué haría? ¡Era horrible!

Pero había que ir, el maestro amenazó buscarlo con la policía. ¡La policía! A Shunko le corrió nuevamente el miedo por la espalda y el estómago se le encogió más.

Una urpila caminaba ligerito por la huella, delante de él, pero ni ánimo para *tikiarla* con un terrón tuvo.

De pronto, en un claro del bosque, se topó con la bandera. Ondeaba atada a su asta a un algarrobo, bien arriba. *Ankas yurah,* azul y blanca. El viento la batía y ella echaba un ruidito de ropa sacudida. Shunko se detuvo y quedó mirándola, si hubiera sido verde o colorada hubiera sido más linda.

(Cuando ahora recuerda esto, Shunko sonríe. Con el tiempo se acostumbró al color celeste y sentiría después una sensación de agradable

calorcito en el cuerpo cuando la viera flamear. El maestro le contó cómo fue hecha y cómo la gente murió por defenderla; entonces se formó en su cerebro la idea del símbolo.

Cuando en los días de fiestas se reciba aquel verso que comienza:

"Página eterna de argentina gloria
melancólica imagen de la patria.
Eco de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastra…"

se le agolpan lágrimas en los ojos, con un inmenso deseo de llorar, la garganta se le aprieta y traga saliva con trabajo. Él no entiende bien lo que esos versos tienen que decir, pero siempre siente la sensación cuando los oye. Ahora mismo cuando los recuerda…).

Bueno, cuando aquel jueves llegó a la escuela los chicos ya habían entrado a clase; claro que eso de *entraron* es una manera de decir. Debajo de un algarrobo enorme estaban los bancos en que los chicos escribían sentados; los de atrás escribían en el lomo del banco de los de adelante; y así hasta el último; al del último nadie le escribía en el lomo. Sobre el tronco del árbol había un pizarrón y el maestro estaba de botas y bombachas; sentado en una silla vecina. En ese momento escribía en un cuaderno.

Shunko se aproximó con desconfianza y se detuvo a diez metros, incapaz de avanzar más por su propio impulso.

Estuvo así hasta que el maestro levantó la cabeza y lo llamó.

—¡Hola, amigo, arrímese!

Shunko se acercó sacándose el sombrero, el maestro lo tomó del brazo y lo hizo apoyar entre las piernas. Le levantó la cabeza tomándola de la barbilla. Shunko se encontró con una cara que lo miraba sonriente.

—*¿Imatah sutiiki?*

—Benicio Palavecino.

—¿Cómo te llaman en tu casa?

—Shunko.

—Bueno, Shunko —dijo, siempre en quichua— aquí tienes cuaderno, lápiz y borrador, andá, sentate y escribí lo que quieras, andá.

—*Mana iachani ...* —dijo, llenándosele los ojos de lágrimas y tomando con miedo los útiles.

—No llores, tonto, ¿no sueles ver cómo tu papá escribe, así ligerito? Bueno, así hacé vos.

Shunko no había visto escribir a su papá porque su papá no sabía escribir, pero sí al turco José en el almacén; aunque tampoco escribía ligerito.

Fue a sentarse, secándose la cara con la manga, anduvo sin saber dónde ubicarse, hasta que lo llamó Felipe. Se sentó a su lado y por su indicación se puso a trazar líneas irregulares a lo largo de las rayas del cuaderno; al ratito comenzó a gustarle y ya movía la mano como el turco José.

Shunko se sorprendió al oír que el maestro hablaba en quichua y que sólo de cuando en cuando decía alguna palabra en castellano.

Cuando llevaba la página a la mitad, el maestro lo llamó. Pasó al frente con su cuaderno, temblando de miedo.

ankas
yurah

—¡Eh, bárbaro!... ¿Vos solito has hecho?

Shunko sacudió la cabeza afirmando.

—¡Solito, che!... Muy picarito sos, está lindo.

Dio una orden y un chico golpeó con un hierro sobre un trozo de riel colgado del algarrobo. Se sobresaltó un poco; el riel tañó mucho más fuerte de lo que Shunko esperaba.

Los chicos se levantaron y fueron a jugar. Felipe, que se convirtiera en su "padrino", lo tomó de la mano y Shunko fue con él.

Había muchos chicos; venían de distintos lugares algunos de hasta dos leguas; venían en caballo y en burro.

Shunko andaba con desconfianza y no se despegó de Felipe en todo el recreo.

El maestro preparó mate cocido en un enorme tacho y bebieron un jarro de mate dulce y calentito.

A Shunko le prestaron una taza. ¡Qué rico estaba!

—Bueno, Shunko, mañana traete un jarro para que tomes el mate.

—No tengo.

—¿En tu casa no tienen un jarro para que te presten?

—No, señor... no me van a prestar...

—¡Hum!... ¡Rufina! —llamó a la muchacha— ¿No anda por ahí un tarrito vacío de aceite de auto?

Rufina le trajo el tarro; era blanco con letras rojas.

El maestro lo abrió cuidadosamente con una pinza, le sacó la tapa y dobló los filosos bordes con el martillo para que no se cortara. Con un alambre le fabricó una manija cómoda, lo hizo lavar y se lo entregó:

—Bueno, ahora tienes un jarro. Debes cuidarlo porque éstos son muy ladrones.

Los chicos se rieron. Shunko agarró su tarro convertido en jarro cabedor. Nunca tuvo uno mejor que éste, y nunca tuvo uno tan propio, *hecho para él.*

Ahora tomaría mate hasta quedar *populo.*

—¡Ah! Che, Shunko, cada mañana, cuando vengas a la escuela tienes que traer un poco de leña para hacer el mate. ¿Ves ese montón que hay allí? En el camino cortá ramitas secas y traelas ¿no?

Tocaron la campana y luego de formar una fila, se sentó cada cual en su sitio. Shunko anduvo "errando la casa" hasta que vio a Felipe y fue a sentarse a su lado.

Comenzó la clase de aritmética. El maestro les enseñaba a contar con unos palitos y bolitas.

—¿Sabes contar, Shunko?

—No sé.

—¡Qué no vas a saber!... Contá un poquito.

—*Suh, ishkai, kinsa… taa...* no sé más.

—¡Ah! ¿Has visto que sabías un poco? Bueno ahora te enseñaré a contar en *castilla,* ¿quieres?

El maestro empezó a contar, separando palitos.

—Uno... dos ... tres ... cuatro... cinco...; tienes que repetir ahora conmigo.

Y así Shunko aprendió los números hasta cinco.

—Ahora te preguntaré una cosa.

Shunko se acercó nuevamente.

—Si tienes dos caramelos y te doy uno más, ¿cuántos tienes?

—*Kimsa.*

—Bien, tres; no olvides que en *castilla,* kimsa es tres. Bueno, si de esos tres te comes dos, ¿cuántos te quedan?

—Uno.

—Muy bien. Ahora tienes dos bolitas y te doy dos más ¿cuántas tienes?

—*Taa...* cuatro —se corrigió rápidamente.

—Y si te comes una, ¿cuántas quedan?

—Tres.

—No seas tonto, Shunko —le dijo dándole un empujoncito e indicándole sentarse—; las bolitas no se comen.

Todos los chicos se rieron. El mismo Shunko se sentó frunciendo la boca para no reírse.

Llegó la hora de salir y los chicos, después de recoger los útiles y cantar el "saludo a la bandera", se dispersaron por los caminos del monte.

—¡Derechito a sus casas, señores! —recomendó el maestro.

Shunko regresó a su rancho acompañado por algunos chicos vecinos. Volvía lleno de nuevas emociones, la cabeza le bullía; llevaba el cuaderno en que el maestro le dibujara unos palotes para que hiciera en su casa. Estas muestras estaban hechas con una tinta roja como sangre.

¡Cómo se alegró Tanshu al verlo! Desde hacía rato que se asomaba a la huella esperándolo. ¡Y cómo lo recibió haciéndole fiestas el perro "Chasco"! Hubo que llamarlo al orden porque casi lo voltea enredándose en las piernas. Shunko se sentía feliz de volver a su casa. Se sacó las alpargatas y el saco y cambió la camisa. Se sentó luego a tomar el plato de

locro gordo y humeante, con un trozo de carne casi tapado por el trigo. ¡Qué rico estaba! Comió después un pedazo de tortilla asada, bebió su buen jarro de agua y quedó "como pa cinchar ramas". La Tanshu no se había separado un instante de él. Shunko metió aún en el bolsillo una batata asada en el rescoldo; llenó la botellita con agua, tomó las boleadoras y se fue al corral, donde las cabras y ovejas balaban impacientes luego del descanso de mediodía, deseando salir a campo a continuar su comida. Idaco se había ocupado de hacerlas pastar durante la mañana y ahora se preparaba para ir a la escuela de acuerdo a lo convenido con el maestro.

Shunko llegó al corral; algunos cabritos insaciables chupaban ávidamente las tetas de las madres dando cabezadas, impacientes en las ubres porque las cabras escondían la leche, atentas a salir.

Las ovejas, tontas como siempre, perdían al corderito que tenían a su lado y los buscaban desesperadamente balando intranquilas, hasta que tropezaban con él.

Shunko retiró algunas ramas de la puerta del corral y salió a la cabeza del rebaño la chiva "zapatuda" llamada así por crecerle desmesuradamente las pezuñas hasta parecer zapatos; pezuñas que había que cortar periódicamente porque llegaba un momento en que apenas si podía caminar. Era la madrina y llevaba en el cuello su cencerro. Por detrás de ella asomó una oveja "chilena", que tenía en la frente, entre los cuernos normales, uno recto y largo que le daba el aspecto de un animal mitológico. Se detuvo un instante, desconfiando, pero fue arrastrada por el torbellino de la majada que se precipitaba por la puerta, atropellándose.

Cuando hubieron salido, los perros cabreros rodearon a la majada corriendo y ladrando, y el rebaño comenzó a desplazarse lentamente hacia los campos de pastoreo, levantando una densa nube de polvo y produciendo el ruidito inconfundible de los animales en marcha, por el pisar de centenares de pezuñas en la tierra dura.

Shunko las fue siguiendo, pero hubo de volverse para que retuvieran en la casa a "Tigre", cachorrito que se criaba con leche de oveja, mamando de las mismas madres en el corral, para que se hiciera ovejero, y que ahora iba siguiendo a la majada.

No te apresures, "Tigre"; ya saldrás vos también a cuidar las ovejas. Tampoco te impacientes, Tanshu, que miras triste el rebaño que se va; sos aún muy chica para ir con Shunko: quizá al año... por ahora conformate ayudando a hacer mamar los guachos.

Una vez, en el recreo, cuando Shunko cruzaba corriendo cerca del maestro, éste lo "cazó al vuelo" por un brazo; Shunko forcejeó un poco y pateó el suelo, haciéndose el potrillo enlazado.

—Decime, Shunko, ¿sueles comer carne de animal muerto?

—No, señor.

—¿Por qué?

—No soy cuervo.

—¡Ah! Así que no comes carne de animal muerto.

—No, señor.

—De modo que cuando pasa la oveja caminando, ¿la saltas y le muerdes la pata? Así que comes carne de animal vivo.

—No, señor.

—¡Oh! ¿Cómo es eso? No comes carne de animal muerto y no comes carne de animal vivo. ¿No comes carne?

Shunko se quedó sorprendido. Nunca se le había ocurrido eso. Luego consiguió soltarse del maestro y salió disparando como un potrillo suelto. De pronto se detuvo en su carrera, iluminado por la respuesta; se acercó al trotecito, pero sin ponerse al alcance de la mano del señor:

—¡Como animal matado! —y se fue dando corcovos.

El maestro se quedó riendo.

Se le aproximó la Pipila. Era una oyente de cinco años aún no cumplidos, voluntaria que asistía a la escuela con regularidad increíble para su edad. Claro que no aprendía nada. Le tironeó de la manga. El maestro se volvió. La Pipila dijo en su quichua limitado:

—Cuando yo camino muevo mis brazos, ¿por qué muevo mis brazos cuando yo camino? —y caminaba para mostrar lo que le ocurría.

Fue ahora el maestro quien quedó perplejo, rascándose su cara.

La Pipila dio varias vueltas a su alrededor, mostrándole cómo movía los brazos. El maestro estaba hurgando una respuesta.

La chiquilla apremió:

—Cuando yo camino muevo mis brazos. ¿Por qué?

El maestro se agachó hasta alcanzarla.

—Caminá para allí sin mover tus brazos.

Ella corrió y volvió luego llevando los brazos pegados a sus flancos.

—¿Cómo te es más fácil correr, moviendo los brazos o sin mover?

—Moviendo.

—Bueno, vos mueves los brazos para que te resulte más fácil caminar y correr.

La Pipila se dio por satisfecha y se fue corriendo sin acordarse más del asunto, a jugar con los otros chicos.

Otro día, cuando el maestro estaba parado, Shunko vino por detrás, le tocó la pierna y salió disparando haciéndolo jugar; se escondió después

detrás del rancho y asomó la cabeza, la escondía y la sacaba. El señor lo amenazó con la mano riéndose.

Comenzó Shunko a sentirse cómodo en la escuela, jugaba y estaba contento.

A veces, en el recreo, se sentaba en el suelo junto a otros chicos y se entretenía trenzando los flecos del poncho del maestro que leía sin advertirlos, sentado en la "sillita petisa".

Poco a poco empezó a leer, a sumar, a restar, aprendió los nombres de muchas cosas; ya era capaz de hablar largo rato en castellano.

Un día el maestro les dijo que eran argentinos, otro día les explicó que eran santiagueños. ¡Cómo! ¿Eran argentinos o eran santiagueños? Pero después comprendió que era argentino, que era santiagueño y que era costero también.

El maestro les mostró un papel grande que colgó en el pizarrón, tenía una tablita larga arriba y una tablita larga abajo; les dijo que eso era la República Argentina, que era la patria. Eso era un mapa. Shunko creyó que la República Argentina era un mapa. Cuando un día el maestro les hizo dibujar un plano de la escuela y del lugar en un papel, Shunko comprendió qué era un mapa.

La República Argentina es grande; para recorrerla toda, de norte a sur, habría que andar a caballo como tres meses: para recorrerla de naciente a poniente, un mes. ¡Qué grande! ¿No?

Conoció Shunko los retratos de varios hombres que en el tiempo de antes hicieron mucho bien a la patria. (¿Qué es la patria? —La República Argentina.) En los retratos había algunos hombres muy lindos y algunos

hombres muy feos. San Martín tiene un hermoso traje y sobre todo –lo que más admira Shunko– un hermoso caballo tordillo. San Martín tiene patillas grandes, un sombrerito feo y una espada hermosa. Shunko lo quiere a San Martín; a veces lo sueña; cuando lo sueña lo ve en su caballo hermoso. ¿Quién es más lindo, San Martín o el maestro? El maestro es más lindo. ¿Qué hizo San Martín? Cruzó los Andes con su caballo, llevando a los soldados. En los Andes hay muchas montañas. Al otro lado de las montañas está Chile; San Martín echó de allí a los enemigos. San Martín es general; general es más que sargento; en el pueblo hay un sargento de policía; pero general es más que sargento, más que comisario,

¡bah!, más que gobernador. ¿Y qué es gobernador? Bueno, eso Shunko ya no sabe.

Belgrano hizo la bandera argentina; también era general, pero no tanto como San Martín. Shunko quiere a la bandera, pero quiere menos al escudo porque es muy difícil para dibujar. Él dibuja bien la bandera; el maestro la pinta. El escudo tiene un gorrito colorado, pero no es un gorrito. El sol del escudo tiene cara, pero Shunko sabe que el sol no tiene cara (en realidad no está muy seguro de si tiene o no, pues no puede mirarlo, porque cuando pretende hacerlo le arden los ojos y le pica la nariz).

Sarmiento hizo las escuelas y quería mucho a los chicos. Shunko sabe un canto de Sarmiento, pero él no entiende la mayor parte de las palabras del canto. El maestro ha dicho que hay que quererlo mucho a Sarmiento, pero Shunko no lo quería porque es un viejo muy feo y mira como malo. Pero un día el señor les dijo que Sarmiento fue maestro y les mostró un retrato en que está con algunos chicos alrededor. Sarmiento fue maestro; entonces Shunko comenzó a quererlo un poco. Pero quiere más a San Martín porque tiene un caballo muy lindo.

Colón tiene el pelo largo como mujer, pero es hombre.

¡Oh! Shunko sabe muchas otras cosas, pero hay algunas que por más que el maestro se las explique de nuevo, él no puede comprenderlas. El maestro dice que la tierra es redonda y que da vueltas, pero eso no es posible; ¿cómo va a ser redonda si es derechita? También dice que el sol está quietito y que la tierra se mueve y da vueltas. ¡Cómo va a dar vueltas! La gente se caería para abajo. ¡Qué gracia! Ya se ve él caminando con la cabeza para abajo...

Un día el maestro, con una naranja y una vela les explicó cómo es el día y la noche. ¡Qué linda era la naranja! Parecía madurita y jugosa, ¡debía estar rica!...

En la República Argentina está Buenos Aires; es una ciudad grande y muy linda; hay mucha gente, como mil millones. La gente vive en casas enormes, que son muchas casitas encimaditas. (El ha visto nidos de horneros encimaditos, como casas de dos pisos.)

En las casas grandes y altas de la ciudad hay muchas ventanas; parecen celditas de la *bota* de la lachiguana. Pero las ventanas de las casas de la ciudad son cuadradas y las celditas de la lachiguana son… bueno, no son cuadradas.

En cada celdita de la *mishki-maman* de la *bota* de la lachiguana suele haber un gusanito. ¿Habrá un niñito en cada celdita de las casas de la ciudad?

—¡Pobre la gente de la ciudad! Tienen que vivir encerrados en esas casas, apretaditos todos; el maestro les ha hecho ver las fotografías. Shunko no quiere ir a la ciudad. ¿Por qué no viene al campo la gente de la ciudad? Aquí hay mucho lugar y podrían vivir más cómodos. Pero seguramente no los dejan salir. ¡Pobres!

El maestro también es de la ciudad; lo han dejado salir al campo para que enseñe a los chicos. ¡Qué suerte ha tenido el maestro!

Cuando Shunko tenga que hacer el servicio militar irá a Santiago. Allí conocerá a la mamá del maestro; debe ser una viejita muy linda y muy blanquita. El otro día el señor les dio pan con el mate cocido; dijo que la mamá había cumplido años, allá lejos, en la ciudad. ¡Qué rico

estaba el pan! A él le gusta mucho porque pocas veces lo come; él come tortilla que amasa su mamá. Cuando su mamá cumpla años le traerá al maestro un pedazo de tortilla. ¡Sí, ve..., eso mismito va a hacer! ¿Qué iba diciendo? ¡Ahí! Cuando vaya a Santiago viajará en tren; ¡qué lindo debe ser andar en tren!

A veces, cuando la noche está muy quieta y sobre todo en el invierno cuando va a helar, suele oírse por el lado del norte, por donde pasan las vías, el ruido del tren. Shunko abre las orejas para oírlo, abre también la boca y los ojos y se queda así… escuchando... *¡Ullari!,* el tren ha pitado muy lindo...

Notas del Capítulo III

11. El texto pertenece al capítulo VI del libro *Shunko* de Jorge Washington Ábalos, editorial Losada, Buenos Aires, 2005.

El toronjil

(Tradicional)

Juguemos a la ronda
del toro toronjil
para ver a Doña Ana
sembrando perejil.

Doña Ana no está aquí
está en el jardín
abriendo la ronda
cerrando el jardín.

LA
REALIDAD
Y LA
MAGIA
DE
LA
NIÑEZ

Capítulo IV

La realidad y la magia de la niñez

CON TRAVESURAS Y PROFÉTICA, *con la mejor investidura infantil y madurez de comprensión; en definitiva, mágica por reunir contrastes sin sobresaltos, así parece transcurrir la niñez en los relatos de Gabriel García Márquez, el gran escritor colombiano nacido en Aracataca, Colombia, el 6 de marzo de 1927.*

Se presentan niñas y niños de familias prolíficas y con abundante simbolismo, un abigarramiento inusitado de hermanos, primos, hijos de crianza y mujeres en papel de madres criadoras que imaginan destinos prefigurados para las infancias: ser soldado, sacerdote, prudente doctor, amorosa ama de casa, costurera ejemplar y devota de un variado santoral. Así se moldean los niños y niñas en la narrativa de García Márquez. Sus infancias asoman en los relatos como mirando desde lejos los acontecimientos adultos que ingresan por la puerta grande y componen arduos jeroglíficos genealógicos de retos de poder, pequeñas y grandes mezquindades, luchas políticas, muerte. Los niños miran, obedecen y cuando pueden, se escapan al mundo del ensueño. En verdad las infancias de García Márquez casi no tienen papel protagónico. Pero la narración que se hace de ellas permite documentar ejes cruciales de la vida, creencias, miedos, imaginarios en su punto justo: serán

en el momento del nacimiento, o cuando manifiestan temores, o cuando descubren la sexualidad, o en las labores caseras. Suelen conformar proles abundantes como los 17 hijos del coronel Aureliano Buendía, protagonista de Cien años de soledad, *con sus respectivas 17 madres, reconocidos y nombrados en el largo listado que llevaba Amaranta, soltera y madre de crianza de algunos infantes de la familia Buendía.*

También en otros relatos Gabriel García Márquez incluye infancias, muy en especial en sus memorias (Vivir para contarla). *Pero* Cien años… *–publicada en 1967 por editorial Sudamericana en Buenos Aires y con más de 30 millones de ejemplares vendidos– contiene imágenes emblemáticas para comprender a las infancias latinoamericanas con su ropaje de realismo mágico y la fina elaboración que permite que una historia inverosímil se torne creíble.*

Por eso elegimos de ese libro el párrafo donde se cuenta la historia de Rebeca. La niña había sido traída a la casa de don José Arcadio Buendía y de doña Ursula Iguarán, fundadores de Macondo, esposos y primos. Se trataba de una huerfanita parienta lejana que fue finalmente acogida en la casa. Los sucesos que ocurrieron a partir de la presencia de la niña revelan no sólo un gran cúmulo de imaginación sino la conjunción de creencias, modos de ser y miradas sobre el mundo y la vida.

Quizás se pueda decir que lo que distingue a la concepción "Macondo" de las infancias es que son cuerpos habitados por memorias, vuelo, huella explícita de pasiones y algo de sobrenatural o sagrado. No son protagónicas, pero cuando se las describe hay siempre alguna particularidad que produce encantamiento, como don Aureliano Buendía, que al decir de Úrsula, su

madre, había nacido con los ojos abiertos y una mirada fuerte, lo cual permitiría sospechar su capacidad de conocer el futuro.

Rebeca, la niña escuálida de 11 años, llega a la casa de los Buendía con un baulito de ropa, una sillita y una bolsa extraña por lo ruidosa. Allí la niña porta los huesos de sus padres muertos como cruel testimonio de su orfandad. Impresión y piedad es lo que despierta esta parienta lejana de los Buendía. A partir de su presencia ocurren cosas extrañas: la niña acostumbraba –en secreto– comer tierra, por lo cual recibió de inmediato una mezcla de pócimas naturales y palizas para lograr domeñar su tendencia. Cuando ya parecía curada de ese mal, le sobrevino uno peor: el tremendo insomnio que fue contagiado no sólo a toda la familia sino a todo el pueblo.

Del hecho habitual en la infancia, de una niña con dificultades para dormir, el realismo mágico en la pluma de García Márquez amplifica, crea imágenes inusitadas: todo Macondo comenzaba, sin dormir, a "soñar despierto", sumido en la "peste del insomnio". Y se encadena con otro mal más: "las evasiones de la memoria". Sin dormir no era posible recordar ni siquiera el nombre de los objetos más habituales. La catarata de consecuencias desatadas por la falta de memoria llevó a los habitantes de Macondo casi al paroxismo, y hasta tener que anotar absolutamente todo, porque se habían olvidado del nombre de animales, cosas de la casa, utensilios habituales, acciones, finalidades y hasta de la existencia de la muerte. Toque singular y hasta filosófico. Y todo provocado por una niña. Cuando ya parecía la familia Buendía acostumbrarse a la desmemoria, se produjo el milagro: reapareció el gitano Melquíades –en regreso desde la muerte– quien con una pócima mágica curó a los habitantes. Macondo entonces celebró alborozado

la "reconquista de los recuerdos". Y por un breve tiempo volvió la felicidad, tal como sucede con los finales de los relatos de infancias.

Gabriel
García Márquez

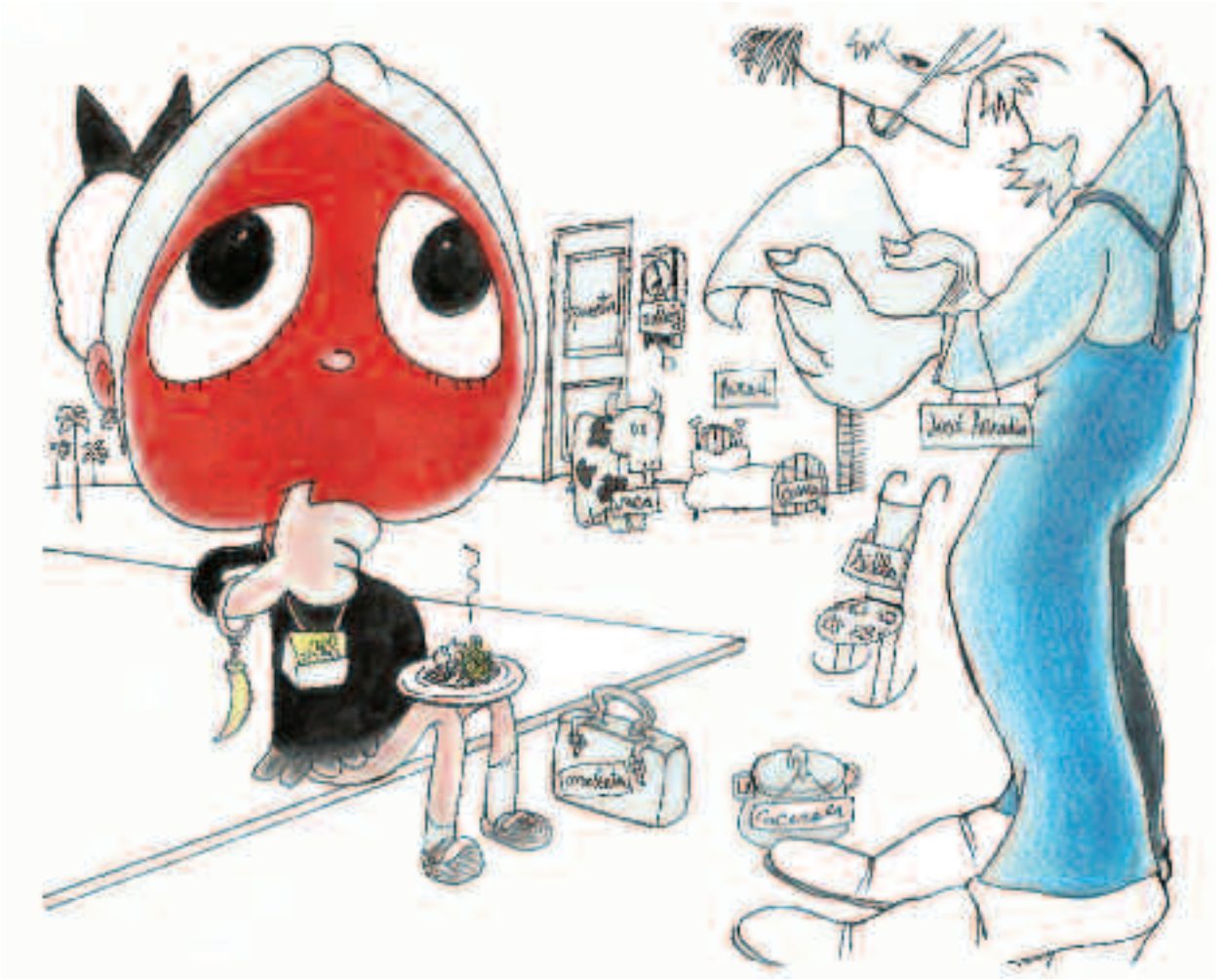
La llegada de Rebeca[12]

El domingo, en efecto, llegó Rebeca. No tenía más de once años. Había hecho el penoso viaje desde Manaure con unos traficantes de pieles que recibieron el encargo de entregarla junto con una carta en la casa de José Arcadio Buendía, pero que no pudieron explicar con precisión quién era la persona que les había pedido el favor. Todo su equipaje estaba compuesto por el baulito de la ropa, un pequeño mecedor de madera con florecitas de colores pintadas a mano y un talego de lona que hacía un permanente ruido de cloc cloc cloc, donde llevaba los huesos de sus padres. La carta dirigida a José Arcadio Buendía estaba escrita en términos muy cariñosos por alguien que lo seguía queriendo mucho a pesar del tiempo y la distancia y que se sentía obligado por un elemental sentido humanitario a hacer la caridad de mandarle esa pobre huerfanita desamparada, que era prima de Úrsula en segundo grado y por consiguiente parienta también de José Arcadio Buendía, aunque en grado más

lejano, porque era hija de ese inolvidable amigo que fue Nicanor Ulloa y su muy digna esposa Rebeca Montiel, a quienes Dios tuviera en su santo reino, cuyos restos adjuntaba a la presente para que les dieran cristiana sepultura. Tanto los nombres mencionados como la firma de la carta eran perfectamente legibles, pero ni José Arcadio Buendía ni Úrsula recordaban haber tenido parientes con esos nombres ni conocían a nadie que se llamara como el remitente y mucho menos en la remota población de Manaure. A través de la niña fue imposible obtener ninguna información complementaria. Desde el momento en que llegó se sentó a chuparse el dedo en el mecedor y a observar a todos con sus grandes ojos espantados, sin que diera señal alguna de entender lo que le preguntaban. Llevaba un traje de diagonal teñido de negro, gastado por el uso, y unos desconchados botines de charol. Tenía el cabello sostenido detrás de las orejas con moños de cintas negras. Usaba un escapulario con las imágenes borradas por el sudor y en la muñeca derecha un colmillo de animal carnívoro montado en un soporte de cobre como amuleto contra el mal de ojo. Su piel verde, su vientre redondo y tenso como un tambor, revelaban una mala salud y un hambre más viejas que ella misma, pero cuando le dieron de comer se quedó con el plato en las piernas sin probarlo. Se llegó inclusive a creer que era sordomuda, hasta que los indios le preguntaran en su lengua si quería un poco de agua y ella movió los ojos como si los hubiera reconocido y dijo que sí con la cabeza.

Se quedaron con ella porque no había más remedio. Decidieron llamarla Rebeca, que de acuerdo con la carta era el nombre de su madre, porque Aureliano tuvo la paciencia de leer frente a ella todo el santoral

y no logró que reaccionara con ningún nombre. Como en aquel tiempo no había cementerio en Macondo, pues hasta entonces no había muerto nadie, conservaron el talego con los huesos en espera de que hubiera un lugar digno para sepultarlos, y durante mucho tiempo estorbaron por todas partes y se les encontraba donde menos se suponía, siempre con su cloqueante cacareo de gallina clueca. Pasó mucho tiempo antes de que Rebeca se incorporara a la vida familiar. Se sentaba en el mecedorcito a chuparse el dedo en el rincón más apartado de la casa. Nada le llamaba la atención, salvo la música de los relojes, que cada media hora buscaba con ajos asustados, como si esperara encontrarla en algún lugar del aire. No lograron que comiera en varios días. Nadie entendía cómo no se había muerto de hambre, hasta que los indígenas, que se daban cuenta de todo porque recorrían la casa sin cesar con sus pies sigilosos, descubrieron que a Rebeca sólo le gustaba comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas. Era evidente que sus padres, o quienquiera que la hubiese criado, la habían reprendido por ese hábito, pues lo practicaba a escondidas y con conciencia de culpa, procurando trasponer las raciones para comerlas cuando nadie la viera. Desde entonces la sometieron a una vigilancia implacable. Echaban hiel de vaca en el patio y untaban ají picante en las paredes, creyendo derrotar con esos métodos su vicio pernicioso, pero ella dio tales muestras de astucia e ingenio para procurarse la tierra, que Úrsula se vio forzada a emplear recursos más drásticos. Ponía jugo de naranja con ruibarbo en una cazuela que dejaba al sereno toda la noche, y le daba la pócima al día siguiente en ayunas. Aunque nadie le había dicho que aquel era el remedio



específico para el vicio de comer tierra, pensaba que cualquier sustancia amarga en el estómago vacío tenía que hacer reaccionar al hígado. Rebeca era tan rebelde y tan fuerte a pesar de su raquitismo, que tenían que barbearla como a un becerro para que tragara la medicina, y apenas si podían reprimir sus pataletas y soportar los enrevesados jeroglíficos que ella alternaba con mordiscos y escupitajos, y que según decían las escandalizadas

indígenas eran las obscenidades más gruesas que se podían concebir en su idioma. Cuando Úrsula lo supo, complementó el tratamiento con correazos. No se estableció nunca si lo que surtió efecto fue el ruibarbo a las tollinas, o las dos cosas combinadas, pero la verdad es que en pocas semanas Rebeca empezó a dar muestras de restablecimiento. Participó en los juegos de Arcadio y Amaranta, que la recibieron como una hermana mayor, y comió con apetito sirviéndose bien de los cubiertos. Pronto se reveló que hablaba el castellano con tanta fluidez como la lengua de los indios, que tenía una habilidad notable para los oficios manuales y que cantaba el valse de los relojes con una letra muy graciosa que ella misma había inventado. No tardaron en considerarla como un miembro más de la familia. Era con Úrsula más afectuosa que nunca lo fueron sus propios hijos, y llamaba hermanitos a Amaranta y a Arcadio, y tío a Aureliano y abuelito a José Arcadio Buendía. De modo que terminó por merecer tanto como los otros el nombre de Rebeca Buendía, el único que tuvo siempre y que llevó con dignidad hasta la muerte.

Una noche, por la época en que Rebeca se curó del vicio de comer tierra y fue llevada a dormir en el cuarto de los otros niños, la india que dormía con ellos despertó por casualidad y oyó un extraño ruido intermitente en el rincón. Se incorporó alarmada, creyendo que había entrado un animal en el cuarto, y entonces vio a Rebeca en el mecedor, chupándose el dedo y con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad. Pasmada de terror, atribulada por la fatalidad de su destino, Visitación reconoció en esos ojos los síntomas de la enfermedad cuya amenaza los había obligado, a ella y a su hermano, a desterrarse

para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio.

Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó, porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de perseguirla de todos modos hasta el último rincón de la tierra. Nadie entendió la alarma de Visitación. «Si no volvemos a dormir, mejor», decía José Arcadio Buendía, de buen humor. «Así nos rendirá más la vida.» Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado. José Arcadio Buendía, muerto de risa, consideró que se trataba de una de tantas dolencias inventadas por la superstición de los indígenas. Pero Úrsula, por si acaso, tomó la precaución de separar a Rebeca de los otros niños.

Al cabo de varias semanas, cuando el terror de Visitación parecía aplacado, José Arcadio Buendía se encontró una noche dando vueltas en la cama sin poder dormir. Úrsula, que también había despertado, le preguntó qué le pasaba, y él le contestó: «Estoy pensando otra vez en Prudencio Aguilar.» No durmieron un minuto, pero al día siguiente se sentían tan descansados que se olvidaron de la mala noche. Aureliano comentó asombrado a la hora del almuerzo que se sentía muy bien a

pesar de que había pasado toda la noche en el laboratorio dorando un prendedor que pensaba regalarle a Úrsula el día de su cumpleaños. No se alarmaron hasta el tercer día, cuando a la hora de acostarse se sintieron sin sueño, y cayeron en la cuenta de que llevaban más de cincuenta horas sin dormir.

—Los niños también están despiertos —dijo la india con su convicción fatalista—. Una vez que entra en la casa, nadie escapa a la peste.

Habían contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Úrsula, que había aprendido de su madre el valor medicinal de las plantas, preparó e hizo beber a todos un brebaje de acónito, pero no consiguieran dormir, sino que estuvieron todo el día soñando despiertos. En ese estado de alucinada lucidez no sólo veían las imágenes de sus propios sueños, sino que los unos veían las imágenes soñadas por los otros. Era como si la casa se hubiera llenado de visitantes. Sentada en su mecedor en un

rincón de la cocina, Rebeca soñó que un hombre muy parecido a ella, vestido de lino blanco y con el cuello de la camisa cerrado por un botón de oro, le llevaba un ramo de rosas. Lo acompañaba una mujer de manos delicadas que separó una rosa y se la puso a la niña en el pelo. Úrsula comprendió que el hombre y la mujer eran los padres de Rebeca, pero aunque hizo un grande esfuerzo por reconocerlos, confirmó su certidumbre de que nunca los había visto. Mientras tanto, por un descuido que José Arcadio Buendía no se perdonó jamás, los animalitos de caramelo fabricados en la casa seguían siendo vendidos en el pueblo. Niños y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes sorprendió despierto a todo el pueblo. Al principio nadie se alarmó. Al contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que hacer en Macondo que el tiempo apenas alcanzaba. Trabajaron tanto, que pronto no tuvieron nada más que hacer, y se encontraron a las tres de la madrugada con los brazos cruzados, contando el número de notas que tenía el valse de los relojes. Los que querían dormir, no por cansancio, sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse durante horas y horas los mismos chistes, a complicar hasta los límites de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando

contestaban que no, el narrador decía que no les había pedido que dijeran que no, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y nadie podía irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches enteras.

Cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había invadido el pueblo, reunió a los jefes de familia para explicarles lo que sabía sobre la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga. Fue así como se quitaron a los chivos las campanitas que los árabes cambiaban por guacamayas y se pusieron a la entrada del pueblo a disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los centinelas e insistían en visitar la población. Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaba sano. No se les permitía comer ni beber nada durante su estancia, pues no había duda de que la enfermedad sólo sé transmitía por la boca, y todas las cosas de comer y de beber estaban contaminadas de insomnio. En esa forma se mantuvo la peste circunscrita al perímetro de la población. Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir.

Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: «tas». Aureliano escribió el nombre en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: *tas.* Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces las marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba con leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más impresionantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde la impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: *mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola.* Fue al corral y marcó los animales y las plantas: *vaca, chivo,*

puerco, gallina, yuca, malanga, guineo. Poco a poco, estudiando las infinitas posibilidades del olvido, se dio cuenta de que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad. Entonces fue más explícito. El letrero que colgó en la cerviz de la vaca era una muestra ejemplar de la forma en que los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido: *Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que herviría para mezclarla con el café y hacer café con leche.* Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita.

En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía *Macondo* y otro más grande en la calle central que decía *Dios existe.* En todas las casas se habían escrito claves para memorizar los objetos y los sentimientos. Pero el sistema exigía tanta vigilancia y tanta fortaleza moral, que muchos sucumbieron al hechizo de una realidad imaginaria, inventada por ellos mismos, que les resultaba menos práctica pero más reconfortante. Pilar Ternera fue quien más contribuyó a popularizar esa mistificación, cuando concibió el artificio de leer el pasado en las barajas como antes había leído el futuro. Mediante ese recurso, los insomnes empezaron a vivir en un mundo construido por las alternativas inciertas de los naipes, donde el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril y la madre se recordaba apenas como la mujer trigueña que usaba un anillo de oro en la mano izquierda, y donde una fecha de nacimiento quedaba reducida

al último martes en que cantó la alondra en el laurel. Derrotado por aquellas prácticas de consolación, José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria que una vez había deseado para acordarse de los maravillosos inventos de los gitanos. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino de la ciénaga un anciano estrafalario con la campanita triste de los durmientes, cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros. Fue directamente a la casa de José Arcadio Buendía.

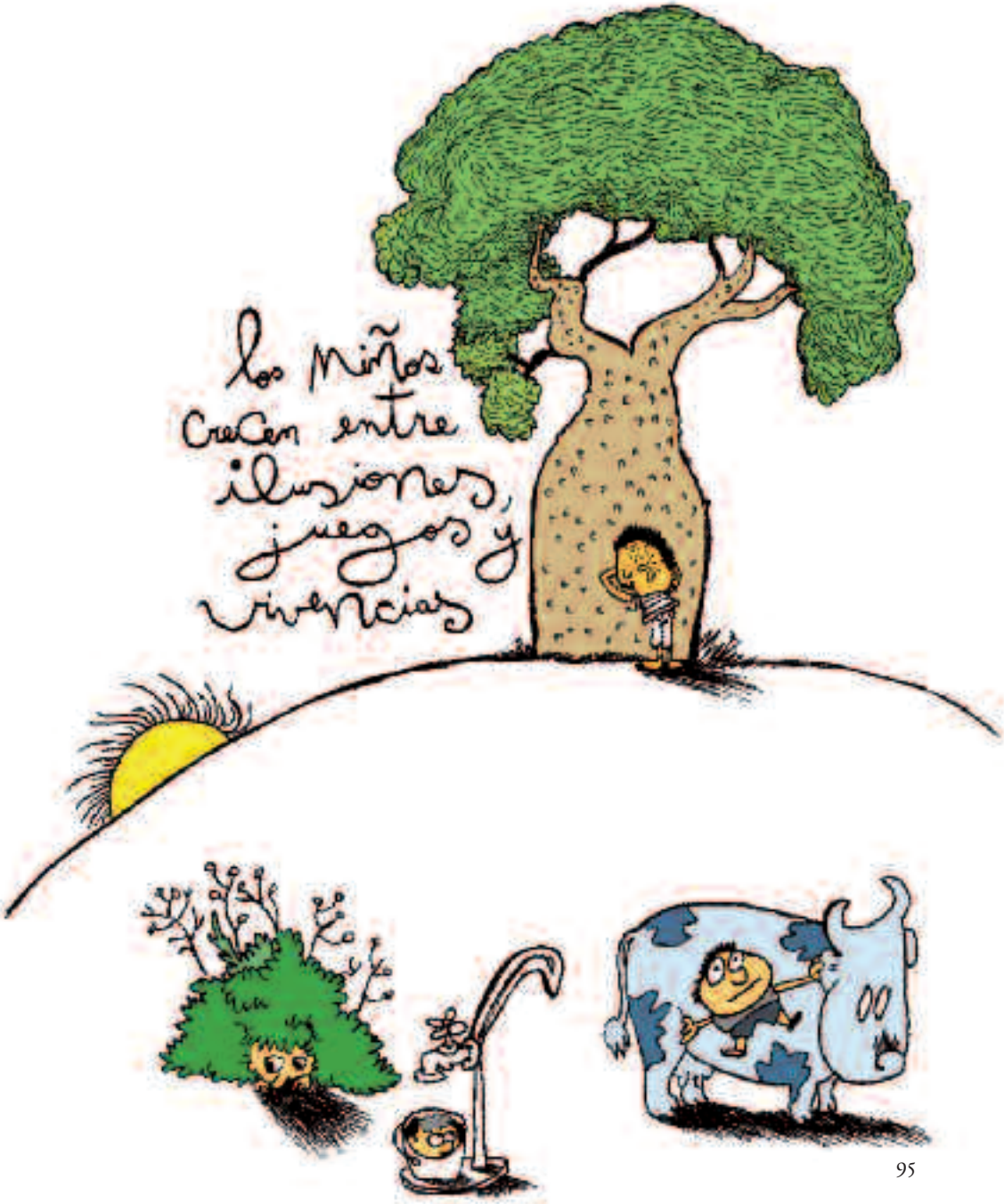
Visitación no lo conoció al abrirle la puerta, y pensó que llevaba el propósito de vender algo, ignorante de que nada podía venderse en un pueblo que se hundía sin remedio en el tremedal del olvido. Era un hombre decrépito. Aunque su voz estaba también cuarteada por la incertidumbre y sus manos parecían dudar de la existencia de las cosas, era evidente que venía del mundo donde todavía los hombres podían dormir y recordar. José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala, abanicándose con un remendado sombrero negro, mientras leía con atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con amplias muestras de afecto, temiendo haberlo conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado,

no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada de objetos indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible, y la luz se hizo en su memoria. Los ojos se le humedecieron de llanto, antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados, y antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes, y aun antes de reconocer al recién llegado en un deslumbrante resplandor de alegría. Era Melquíades.

Mientras Macondo celebraba la reconquista de los recuerdos, José Arcadio Buendía y Melquíades le sacudieron el polvo a su vieja amistad. El gitano iba dispuesto a quedarse en el pueblo. Había estado en la muerte, en efecto, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad.

Notas del Capítulo IV

12. El texto corresponde al libro *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2009.


los niños
crecen entre
ilusiones,
juegos y
vivencias

Capítulo V

Los niños crecen entre ilusiones, juegos y vivencias

FANTASIOSA Y SIMPLE A LA VEZ. *Con un toque de malicia y ojos ingenuos. Pícara y al mismo tiempo reflejando angustia. Así parece destilarse la infancia de los relatos de Julio Cortázar (1914-1984). Indudablemente gran lector y creador de una narrativa cuyo arte peculiar parece consistir en introducirnos en mundos extraños y paradójicos a partir de lo cotidiano. El relato se abre hacia lo inusitado a partir de un detalle, o un imprevisto, o bien una actividad común. La narrativa del argentino Julio Cortázar juega con los recursos de la novela objetivista y, a la vez, desentraña la complejidad de los interiores de sus personajes. Nos equivocamos si sólo vemos en sus relatos una suerte de damero que se va armando arbitrariamente, si sólo apreciamos cómo sus obras pueden leerse desde varios recorridos, tal como ocurría en la inmortal* Rayuela. *En verdad, junto con ese aire juguetón hay especialmente un finísimo trabajo de mímesis (reelaboración de lo real) en relación con las subjetividades, los sentimientos, los miedos, las obsesiones. Y en esa indagación, el escritor descubre gestos, humores, modos de argumentar del ciudadano medio. Construye monólogos interiores de impecable verosimilitud, incluso cuando se trata de niñas, niños y adolescentes.*

El recorrido que seleccionamos constituye sólo una muestra de la frondosa producción de Cortázar. Se trata de los cuentos "Los venenos" y "Final del juego", del libro Final del juego, *1956; "Discurso del oso", del libro* Historias de cronopios y de famas, *1962; y "La señorita Cora", de* Todos los fuegos, el fuego, *1966.*

En "Los venenos", relato con marcado sesgo autobiográfico, Julio Cortázar evoca la casa de Banfield, con su jardín, las plantas, el verde y un detalle: las hormigas. El tío había decidido traer una máquina para combatirlas, lo cual sonaba a batalla, guerra y fuego para la imaginación infantil. El relato se desenvuelve permanentemente en dos planos entrelazados: los preparativos y acciones para destruir a las hormigas y los azares del vínculo entre el protagonista, su primo Hugo y la vecinita Lila. A medida que transcurre la narración se ensancha cada vez más el espacio del deseo, la competencia y finalmente el rechazo. Porque el protagonista hace todo y más para encantar a la vecinita Lila. Cuando cree que lo ha logrado, en verdad descubre a través de un detalle –una pluma de pavo real– que a Lila le gusta Hugo. Y ya no es sólo el veneno que mata hormigas lo que fluye… De ahí en más las acciones de la máquina de matar hormigas serán sólo un pretexto para vengarse del desplante. Lo interesante es que el narrador se mimetiza totalmente con los modos expresivos típicos de un niño, hasta lo demuestra la seguidilla de proposiciones casi sin subordinadas del relato infantil que reitera el conector "y" hasta el infinito. Todo este armado de modo casi natural permite un deslizamiento hacia los interiores del protagonista y sus zozobras con una gran economía narrativa.

Julio
Cortázar

Los venenos[13]

El sábado tío Carlos llegó a mediodía con la máquina de matar hormigas. El día antes había dicho en la mesa que iba a traerla, y mi hermana y yo esperábamos la máquina imaginando que era enorme, que era terrible. Conocíamos bien las hormigas de Banfield, las hormigas negras que se van comiendo todo, hacen los hormigueros en la tierra, en los zócalos, o en ese pedazo misterioso donde una casa se hunde en el suelo, allí hacen agujeros disimulados pero no pueden esconder su fila negra que va y viene trayendo pedacitos de hojas, y los pedacitos de hojas eran las plantas del jardín, por eso mamá y tío Carlos se habían decidido a comprar la máquina para acabar con las hormigas.

Me acuerdo que mi hermana vio venir a tío Carlos por la calle Rodríguez Peña, desde lejos lo vio venir en el tílburi de la estación, y entró corriendo por el callejón del costado gritando que tío Carlos traía la máquina. Yo estaba en los ligustros que daban a lo de Lila, hablando con Lila por el alambrado, contándole que por la tarde íbamos a probar la máquina, y Lila estaba interesada pero no mucho, porque a las chicas no les importan las máquinas y no les importan las hormigas, solamente le llamaba la atención que la máquina echaba humo y que eso iba a matar todas las hormigas de casa.

Al oír a mi hermana le dije a Lila que tenía que ir a ayudar a bajar la máquina, y corrí por el callejón con el grito de guerra de Sitting Bull, corriendo de una manera que había inventado en ese tiempo y que era correr sin doblar las rodillas, como pateando una pelota. Cansaba poco y era como un vuelo, aunque nunca como el sueño de volar que yo siempre tenía entonces, y que era recoger las piernas del suelo, y con apenas un movimiento de cintura volar a veinte centímetros del suelo, de una manera que no se puede contar por lo linda, volar por calles largas, subiendo a veces un poco y otra vez al ras del suelo, con una sensación tan clara de estar despierto, aparte que en ese sueño la contra era que yo siempre soñaba que estaba despierto, que volaba de verdad, que antes lo había soñado pero esta vez iba de veras, y cuando me despertaba era como caerme al suelo, tan triste salir andando o corriendo pero siempre pesado, vuelta abajo a cada salto. Lo único un poco parecido era esta manera de correr que había inventado, con las zapatillas de goma Keds Champion con puntera daba la impresión del sueño, claro que no se podía comparar.

Mamá y abuelita ya estaban en la puerta hablando con tío Carlos y el cochero. Me arrimé despacio porque a veces me gustaba hacerme esperar, y con mi hermana miramos el bulto envuelto en papel madera y atado con mucho hilo sisal, que el cochero y tío Carlos bajaban a la vereda. Lo primero que pensé fue que era una parte de la máquina, pero en seguida vi que era la máquina completa, y me pareció tan chica que se me vino el alma a los pies. Lo mejor fue al entrarla, porque ayudando a tío Carlos me di cuenta de que la máquina pesaba mucho, y el peso

me devolvió confianza. Yo mismo le saqué los piolines y el papel, porque mamá y tío Carlos tenían que abrir un paquete chico donde venía la lata del veneno, y de entrada ya nos anunciaron que eso no se tocaba y que más de cuatro habían muerto retorciéndose por tocar la lata. Mi hermana se fue a un rincón porque se le había acabado el interés por todo y un poco también por miedo, pero yo la miré a mamá y nos reímos, y todo aquel discurso era por mí hermana, a mí me iban a dejar manejar la máquina con veneno y todo.

No era linda, quiero decir que no era una máquina máquina, por lo menos con una rueda que da vueltas o un pito que echa un chorro de vapor. Parecía una estufa de fierro negro, con tres patas combadas, una puerta para el fuego, otra para el veneno y de arriba salía un tubo de metal flexible (como el cuerpo de los gusanos) donde después se enchufaba otro tubo de goma con un pico. A la hora del almuerzo mamá nos leyó el manual de instrucciones, y cada vez que llegaba a las partes del veneno todos la mirábamos a mi hermana, y abuelita le volvió a decir que en Flores tres niños habían muerto por tocar una lata. Ya habíamos visto la calavera en la tapa, y tío Carlos buscó una cuchara vieja y dijo que ésa sería para el veneno y que las cosas de la máquina las guardarían en el estante de arriba del cuarto de las herramientas. Afuera hacía calor porque empezaba enero, y la sandía estaba helada, con las semillas negras que me hacían pensar en las hormigas.

Después de la siesta, la de los grandes porque mi hermana leía el *Billiken* y yo clasificaba las estampillas en el patio cerrado, fuimos al jardín y tío Carlos puso la máquina en la rotonda de las hamacas donde siempre

salían hormigueros. Abuelita preparó brasas de carbón para cargar la hornalla, y yo hice un barro lindísimo en una batea vieja, revolviendo con la cuchara de albañil. Mamá y mi hermana se sentaron en las sillas de paja para ver, y Lila miraba entre el ligustro hasta que le gritamos que viniera y dijo que la madre no la dejaba pero que lo mismo veía. Del otro lado del jardín ya se estaban asomando las de Negri, que eran unos casos y por eso no nos tratábamos. Les decían la Chola, la Ela y la Cufina, pobres. Eran buenas pero pavas, y no se podía jugar con ellas. Abuelita les tenía lástima pero mamá no las invitaba nunca a casa porque se armaban líos con mi hermana y conmigo. Las tres querían mandar la parada pero no sabían ni rayuela ni bolita ni vigilante y ladrón ni el barco hundido, y lo único que sabían era reírse como sonsas y hablar de tanta cosa que yo no sé a quién le podía interesar. El padre era concejal y tenían Orpington leonadas. Nosotros criábamos Rhode Island que es mejor ponedora.

La máquina parecía más grande por lo negra que se la veía entre el verde del jardín y los frutales. Tío Carlos la cargó de brasas, y mientras tomaba calor eligió un hormiguero y le puso el pico del tubo; yo eché barro alrededor y lo apisoné pero no muy fuerte, para impedir el desmoronamiento de las galerías como decía el manual. Entonces mi tío abrió la puerta para el veneno y trajo la lata y la cuchara. El veneno era violeta, un color precioso, y había que

echar una cucharada grande y cerrar en seguida la puerta. Apenas la habíamos echado se oyó como un bufido y la máquina empezó a trabajar. Era estupendo, todo alrededor del pico salía un humo blanco, y había que echar más barro y aplastarlo con las manos. "Van a morir todas", dijo mi tío que estaba muy contento con el funcionamiento de la máquina, y yo me puse al lado de él con las manos llenas de barro hasta los codos, y se veía que era un trabajo para que lo hicieran los hombres.

—¿Cuánto tiempo hay que fumigar cada hormiguero? —preguntó mamá.

—Por lo menos media hora —dijo tío Carlos—. Algunos son larguísimos, más de lo que se cree.

Yo entendí que quería decir dos o tres metros, porque había tantos hormigueros en casa que no podía ser que fueran demasiado largos. Pero justo en ese momento oímos que la Cufina empezaba a chillar con esa voz que tenía que la escuchaban desde la estación, y toda la familia Negri vino al jardín diciendo que de un cantero de lechuga salía humo. Al principio yo no lo quería creer pero era cierto, porque en el mismo momento Lila me avisó desde los ligustros que en su casa también salía humo al lado de un duraznero, y tío Carlos se quedó pensando y después fue hasta el alambrado de los Negri y le pidió a la Chola que era la menos haragana que echara barro donde salía el humo, y yo salté a lo de Lila y taponé el hormiguero. Ahora salía humo en otras partes de casa, en el gallinero, más atrás de la puerta blanca, y al pie de la pared del costado. Mamá y mi hermana ayudaban a poner barro, era formidable pensar que por debajo de la tierra había tanto humo buscando salir, y que entre

ese humo las hormigas estaban rabiando y retorciéndose como los tres niños de Flores.

Esa tarde trabajamos hasta la noche, y a mi hermana la mandaron a preguntar si en la casa de otros vecinos salía humo. Cuando apenas quedaba luz la máquina se apagó, y al sacar el pico del hormiguero yo cavé un poco con la cuchara de albañil y toda la cueva estaba llena de hormigas muertas y tenía un color violeta que olía a azufre. Eché barro encima como en los entierros, y calculé que habrían muerto unas cinco mil hormigas por lo menos. Ya todos se habían ido adentro porque era hora de bañarse y tender la mesa, pero tío Carlos y yo nos quedamos a repasar la máquina y a guardarla. Le pregunté si podía llevar las cosas al cuarto de las herramientas y dijo que sí. Por las dudas me enjuagué las manos después de tocar la lata y la cuchara, y eso que la cuchara la habíamos limpiado antes.

Al otro día fue domingo y vino mi tía Rosa con mis primos, y fue un día en que jugamos todo el tiempo al vigilante y ladrón con mi hermana y con Lila que tenía permiso de la madre. A la noche tía Rosa le dijo a mamá si mi primo Hugo podía quedarse a pasar toda la semana en Banfield porque estaba un poco débil de la pleuresía y necesitaba sol. Mamá dijo que sí y todos estábamos contentos. A Hugo le hicieron una cama en mi pieza, y el lunes fue la sirvienta a traer su ropa para la semana. Nos bañábamos juntos y Hugo sabía más cuentos que yo, pero no saltaba tan lejos. Se veía que era de Buenos Aires, con la ropa venían dos libros de Salgari y uno de botánica, porque tenía que preparar el ingreso a primer año. Dentro del libro venía una pluma de pavo real, la primera que yo veía, y él la usaba como señalador. Era verde con un ojo violeta y azul,

toda salpicada de oro. Mi hermana se la pidió pero Hugo le dijo que no porque se la había regalado la madre. Ni siquiera se la dejó tocar, pero a mí sí porque me tenía confianza y yo la agarraba del canuto.

Los primeros días, como tío Carlos trabajaba en la oficina no volvimos a encender la máquina, aunque yo le había dicho a mamá que si ella quería yo la podía hacer andar. Mamá dijo que mejor esperáramos al sábado, que total no había muchos almácigos esa semana y que no se veían tantas hormigas como antes.

—Hay unas cinco mil menos —le dije yo, y ella se reía pero me dio la razón. Casi mejor que no me dejara encender la máquina, así Hugo no se metía, porque era de esos que todo lo saben y abren las puertas para mirar adentro. Sobre todo con el veneno mejor que no me ayudara.

A la siesta nos mandaban quedarnos quietos, porque tenían miedo de la insolación. Mi hermana desde que Hugo jugaba conmigo venía todo el tiempo con nosotros, y siempre quería jugar de compañera con Hugo. A las bolitas yo les ganaba a los dos, pero al balero Hugo no sé cómo se las sabía todas y me ganaba. Mi hermana lo elogiaba todo el tiempo y yo me daba cuenta que lo buscaba para novio, era cosa de decírselo a mamá para que le plantara un par de bifes, solamente que no se me ocurría cómo decírselo a mamá, total no hacían nada malo. Hugo se reía de ella pero disimulando, y yo en esos momentos lo hubiera abrazado, pero era siempre cuando estábamos jugando y había que ganar o perder pero nada de abrazos.

La siesta duraba de dos a cinco, y era la mejor hora para estar tranquilos y hacer lo que uno quería. Con Hugo revisábamos las estampillas y

yo le daba las repetidas, le enseñaba a clasificarlas por países, y él pensaba al otro año tener una colección como la mía pero solamente de América. Se iba a perder las de Camerún, que son con animales, pero él decía que así las colecciones son más importantes. Mi hermana le daba la razón y eso que no sabía si una estampilla estaba del derecho o del revés, pero era para llevarme la contra. En cambio Lila que venía a eso de las tres, saltando por los ligustros, estaba de mi parte y le gustaban las estampillas de Europa. Una vez yo le había dado a Lila un sobre con todas estampillas diferentes, y ella siempre me lo recordaba y decía que el padre le iba a ayudar en la colección pero que la madre pensaba que eso no era para chicas y tenía microbios, y el sobre estaba guardado en el aparador.

Para que no se enojaran en casa por el ruido, cuando llegaba Lila nos íbamos al fondo y nos tirábamos debajo de los frutales. Las de Negri también andaban por el jardín de ellas, y yo sabía que las tres estaban locas con Hugo y se hablaban a gritos y siempre por la nariz, y la Cufina sobre todo se la pasaba preguntando: "¿Y dónde está el costurero con los hilos?" y la Ela le contestaba no sé qué, entonces se peleaban pero a propósito para llamar la atención, y menos mal que de ese lado los ligustros eran tupidos y no se veía mucho. Con Lila nos moríamos de risa al oírlas, y Hugo se tapaba la nariz y decía: "¿Y dónde está la pavita para el mate?". Entonces la Chola que era la mayor decía: "¿Vieron chicas cuántos groseros hay este año?", y nosotros nos metíamos pasto en la boca para no reírnos fuerte, porque lo bueno era dejarlas con las ganas y no seguírsela, así después cuando nos oían jugar a la mancha rabiaban mucho más y al final se peleaban entre ellas hasta que salía la tía y las mechoneaba y las tres se iban adentro llorando.

A mí me gustaba tener de compañera a Lila en los juegos, porque entre hermanos a uno no le gusta jugar si hay otros, y mi hermana lo buscaba en seguida a Hugo de compañero. Lila y yo les ganábamos a las bolitas, pero a Hugo le gustaba más el vigilante y ladrón y la escondida, siempre había que hacerle caso y jugar a eso, pero también era formidable, solamente que no podíamos gritar y los juegos así sin gritos no valen tanto. A la escondida casi siempre me tocaba contar a mi, no sé por qué me engañaban vuelta a vuelta, y piedra libre uno detrás de otro. A las cinco salía abuelita y nos retaba porque estábamos sudados y habíamos tomado demasiado sol, pero nosotros la hacíamos reír y le dábamos

besos, hasta Hugo y Lila que no eran de casa. Yo me fijé en esos días que abuelita iba siempre a mirar el estante de las herramientas, y me di cuenta que tenía miedo de que anduviéramos hurgando con las cosas de la máquina. Pero a nadie se le iba a ocurrir una pavada así, con lo de los tres niños de Flores y encima la paliza que nos iban a dar.

A ratos me gustaba quedarme solo, y en esos momentos ni siquiera quería que estuviera Lila. Sobre toda al caer la tarde, un rato antes que abuelita saliera con su batón blanco y se pusiera a regar el jardín. A esa hora la tierra ya no estaba tan caliente, pero las madreselvas olían mucho y también los canteros de tomates donde había canaletas para el agua y bichos distintos que en otras partes. Me gustaba tirarme boca abajo y oler la tierra, sentirla debajo de mí, caliente con su olor a verano tan distinto de otras veces. Pensaba en muchas cosas, pero sobre todo en las hormigas, ahora que había visto lo que eran los hormigueros me quedaba pensando en las galerías que cruzaban por todos lados y que nadie veía. Como las venas en mis piernas, que apenas se distinguían debajo de la piel, pero llenas de hormigas y misterios que iban y venían. Si uno comía un poco de veneno, en realidad venía a ser lo mismo que el humo de la máquina, el veneno andaba por las venas del cuerpo igual que el humo en la tierra, no había mucha diferencia.

Después de un rato me cansaba de estar solo y estudiar los bichos de los tomates. Iba a la puerta blanca, tomaba impulso y me largaba a la carrera como Buffalo Bill, y al llegar al cantero de las lechugas lo saltaba limpio y ni tocaba el borde de gramilla. Con Hugo tirábamos al blanco con la diana de aire comprimido, o jugábamos en las hamacas cuando

mi hermana o a veces Lila salían de bañarse y venían a las hamacas con ropa limpia. También Hugo y yo nos íbamos a bañar, y a última hora salíamos todos a la vereda, o mi hermana tocaba el piano en la sala y nosotros nos sentábamos en la balaustrada y veíamos volver a la gente del trabajo hasta que llegaba tío Carlos y todos lo íbamos a saludar y de paso a ver si traía algún paquete con hilo rosa o el *Billiken*. Justamente una de esas veces al correr a la puerta fue cuando Lila se tropezó en una laja y se lastimó la rodilla. Pobre Lila, no quería llorar pero le saltaban las lágrimas y yo pensaba en la madre que era tan severa y le diría machona y de todo cuando la viera lastimada. Hugo y yo hicimos la sillita de oro y la llevamos del

lado de la puerta blanca mientras mi hermana iba a escondidas a buscar un trapo y alcohol. Hugo se hacía el comedido y quería curarla a Lila, lo mismo mi hermana para estar con Hugo, pero yo los saqué a empujones y le dije a Lila que aguantara nada más que un segundo, y que si quería cerrara los ojos. Pero ella no quiso y mientras yo le pasaba el alcohol ella lo miraba fijo a Hugo como para mostrarle lo valiente que era. Yo le soplé fuerte en la lastimadura y con la venda quedó muy bien y no le dolía.

—Mejor andate en seguida a tu casa —le dijo mi hermana—, así tu mamá no se cabrea.

Después que se fue Lila yo me empecé a aburrir con Hugo y mi hermana que hablaban de orquestas típicas, y Hugo había visto a De Caro en un cine y silbaba tangos para que mi hermana los sacara en el piano. Me fui a mi cuarto a buscar el álbum de las estampillas, y todo el tiempo pensaba que la madre la iba a retar a Lila y que a lo mejor estaba llorando o que se le iba a infectar la matadura como pasa tantas veces. Era increíble lo valiente que había sido Lila con el alcohol, y cómo lo miraba a Hugo sin llorar ni bajar la vista.

En la mesa de luz estaba la botánica de Hugo, y asomaba el canuto de la pluma de pavo real. Como él me la dejaba mirar la saqué con cuidado y me puse al lado de la lámpara para verla bien. Yo creo que no había ninguna pluma más linda que ésa. Parecía las manchas que se hacen en el agua de los charcos, pero no se podía comparar, era muchísimo más linda, de un verde brillante como esos bichos que viven en los damascos y tienen dos antenas largas con una bolita peluda en cada punta. En medio de la parte más ancha y más verde se abría un ojo azul

y violeta, todo salpicado de oro, algo como no se ha visto nunca. Yo de golpe me daba cuenta por qué se llamaba pavo real, y cuanto más la miraba más pensaba en cosas raras, como en las novelas, y al final la tuve que dejar porque se la hubiera robado a Hugo y eso no podía ser. A lo mejor Lila estaba pensando en nosotros, sola en su casa (que era oscura y con sus padres tan severos), cuando yo me divertía con la pluma y las estampillas. Mejor guardar todo y pensar en la pobre Lila tan valiente.

Por la noche me costó dormirme, no sé por qué. Se me había metido en la cabeza que Lila no estaba bien y que tenía fiebre. Me hubiera gustado pedirle a mamá que fuera a preguntarle a la madre pero no se podía, primero con Hugo que se iba a reír, y después que mamá se enojaría si se enteraba de la lastimadura y que no le habíamos avisado. Me quise dormir tantas veces pero no podía, y al final pensé que lo mejor era ir por la mañana a lo de Lila y ver cómo estaba, o llamar por el ligustro. Al final me dormí pensando en Lila y Buffalo Bill y también en la máquina de las hormigas, pero sobre todo en Lila.

Al otro día me levanté antes que nadie y fui a mi jardín, que estaba cerca de las glicinas. Mi jardín era un cantero nada más que mío, que abuelita me había dado para que yo hiciese lo que quisiera. Una vez planté alpiste, después batatas, pero ahora me gustaban las flores y sobre todo mi jazmín del Cabo, que es el de olor más fuerte sobre todo de noche, y mamá siempre decía que mi jazmín era el más lindo de la casa. Con la pala fui cavando despacio alrededor del jazmín, que era lo mejor que yo tenía, y al final lo saqué con toda la tierra pegada a la raíz. Así fui a llamarla a Lila que también estaba levantada y no tenía casi nada en la rodilla.

—¿Hugo se va mañana? —me preguntó, y le dije que sí, porque tenía que seguir estudiando en Buenos Aires el ingreso a primer año. Le dije a Lila que le traía una cosa y ella me preguntó qué era, y entonces por entre el ligustro le mostré mi jazmín y le dije que se lo regalaba y que si quería la iba a ayudar a hacerse un jardín para ella sola. Lila dijo que el jazmín era muy lindo, y le pidió permiso a la madre y yo salté el ligustro para ayudarla a plantarlo. Elegimos un cantero chico, arrancamos unos crisantemos medio secos que había, y yo me puse a puntear la tierra, a darle otra forma al cantero, y después Lila me dijo dónde le gustaba que estuviera el jazmín, que era en el mismo medio. Yo lo planté, regamos con la regadera y el jardín quedó muy bien. Ahora yo tenía que conseguir un poco de gramilla, pero no había apuro. Lila estaba muy contenta y no le dolía nada la lastimadura. Quería que Hugo y mi hermana vieran en seguida lo que habíamos hecho, y yo los fui a buscar justo cuando mamá me llamaba para el café con leche. Las de Negri andaban peleándose en el jardín, y la Cufina chillaba como siempre. No sé cómo podían pelearse con una mañana tan linda.

El sábado por la tarde Hugo se tenía que volver a Buenos Aires y yo dentro de todo me alegré, porque tío Carlos no quería encender la máquina ese día y lo dejó para el domingo. Mejor que estuviéramos él y yo solamente, no fuera la mala pata que Hugo se saliera envenenando o cualquier cosa. Esa tarde lo extrañé un poco porque ya me había acostumbrado a tenerlo en mi cuarto, y sabía tantos cuentos y aventuras de memoria. Pero peor era mi hermana que andaba por toda la casa como sonámbula, y cuando mamá le preguntó qué le pasaba dijo que nada,

pero ponía una cara que mamá se quedó mirándola y al final se fue diciendo que algunas se creían más grandes de lo que eran y eso que ni sonarse solas sabían. Yo encontraba que mí hermana se portaba como una estúpida, sobre todo cuando la vi que con tiza de colores escribía en el pizarrón del patio el nombre de Hugo, lo borraba y lo escribía de nuevo, siempre con otros colores y otras letras, mirándome de reojo, y después hizo un corazón con una flecha y yo me fui para no pegarle un par de bifes o ir a decírselo a mamá. Para peor esa tarde Lila se había vuelto a su casa temprano, diciendo que la madre no la dejaba quedarse por culpa de la lastimadura. Hugo le dijo que a las cinco venían a buscarlo de Buenos Aires, y que por qué no se quedaba hasta que él se fuera, pero Lila dijo que no podía y se fue corriendo y sin saludar. Por eso cuando lo vinieron a buscar, Hugo tuvo que ir a despedirse de Lila y la madre, y después se despidió de nosotros y se fue muy contento diciendo que volvería al otro fin de semana. Esa noche yo me sentí un poco solo en mi cuarto, pero por otro lado era una ventaja sentir que todo era de nuevo mío, y que podía apagar la luz cuando me daba la gana.

El domingo al levantarme oí que mamá hablaba por el alambrado con el señor Negri. Me acerqué a decir buen día y el señor Negri estaba diciéndole a mamá que en el cantero de las lechugas donde salía el humo el día que probamos la máquina, todas las lechugas se estaban marchitando. Mamá le dijo que era muy raro porque en el prospecto de la máquina decía que el humo no era dañino para las plantas, y el señor Negri le contestó que no hay que fiarse de los prospectos, que lo mismo es con los remedios que cuando uno lee el prospecto se va a curar de todo y

después a lo mejor acaba entre cuatro velas. Mamá le dijo que podía ser que alguna de las chicas hubiera echado agua de jabón en el cantero sin querer (pero yo me di cuenta que mamá quería decir a propósito, de chusmas que eran y para buscar pelea) y entonces el señor Negri dijo que iba a averiguar pero que en realidad si la máquina mataba las plantas no se veía la ventaja de tomarse tanto trabajo. Mamá le dijo que no iba a comparar unas lechugas de mala muerte con el estrago que hacen las hormigas en los jardines, y que por la tarde la íbamos a encender, y si veían humo que avisaran que nosotros iríamos a tapar los hormigueros para que ellos no se molestaran. Abuelita me llamó para tomar el café y no sé qué más se dijeron, pero yo estaba entusiasmado pensando que otra vez íbamos a combatir las hormigas, y me pasé la mañana leyendo Raffles aunque no me gustaba tanto como Buffalo Bill y muchas otras novelas.

A mi hermana se le había pasado la loca y andaba cantando por toda la casa, en una de ésas le dio por pintar con los lápices de colores y vino adonde yo estaba, y antes de darme cuenta ya había metido la nariz en lo que yo hacía, y justo por casualidad yo acababa de escribir mi nombre, que me gustaba escribirlo en todas partes, y el de Lila que por pura casualidad había escrito al lado del mío. Cerré el libro pero ella ya había leído y se puso a reír a carcajadas y me miraba como con lástima, y yo me le fui encima pero ella chilló y oí que mamá se acercaba, entonces me fui al jardín con toda la rabia. En el almuerzo ella me estuvo mirando con burla todo el tiempo, y me hubiera encantado pegarle una patada por abajo de la mesa, pero era capaz de ponerse a gritar y a la tarde íbamos a encender la máquina, así que me aguanté y no dije nada. A la hora

de la siesta me trepé al sauce a leer y a pensar, y cuando a las cuatro y media salió tío Carlos de dormir, cebamos mate y después preparamos la máquina, y yo hice dos palanganas de barro. Las mujeres estaban adentro y hacía calor, sobre todo al lado de la máquina que era a carbón, pero el mate es bueno para eso si se toma amargo y muy caliente.

Habíamos elegido la parte del fondo del jardín cerca de los gallineros, porque parecía que las hormigas se estaban refugiando en esa parte y hacían mucho estrago en los almácigos. Apenas pusimos el pico en el hormiguero más grande empezó a salir humo por todas partes, y hasta por entre los ladrillos del piso del gallinero salía. Yo iba de un lado a otro taponando la tierra, y me gustaba echar el barro encima y aplastarlo con las manos hasta que dejaba de salir el humo. Tío Carlos se asomó al alambrado de las de Negri y le preguntó a la Chola, que era la menos sonsa, si no salía humo en su jardín, y la Cufina armaba gran revuelo y andaba por todas partes mirando porque a tío Carlos le tenían mucho respeto, pero no salía humo del lado de ellas. En cambio oí que Lila me llamaba y fui corriendo al ligustro y la vi que estaba con su vestido de lunares anaranjados que era el que más me gustaba, y la rodilla vendada. Me gritó que salía humo de su jardín, el que era solamente suyo, y yo ya estaba saltando el alambrado con una de las palanganas de barro mientras Lila me decía afligida que al ir a ver su jardín había oído que hablábamos con las de Negri y que entonces justo al lado de donde habíamos plantado el jazmín empezaba a salir humo. Yo estaba arrodillado echando barro con todas mis fuerzas. Era muy peligroso para el jazmín recién trasplantado y ahora con el veneno tan cerca, aunque el manual decía

que no. Pensé si no podría cortar la galería de las hormigas unos metros antes del cantero, pero antes de nada eché el barro y taponé la salida lo mejor que pude. Lila se había sentado a la sombra con un libro y me miraba trabajar. Me gustaba que me estuviera mirando, y puse tanto barro que seguro por ahí no iba a salir más humo. Después me acerqué a preguntarle dónde había una pala para ver de cortar la galería antes que llegara al jazmín con todo el veneno. Lila se levantó y fue a buscar la pala, y como tardaba yo me puse a mirar el libro que era de cuentos con figuras, y me quedé asombrado al ver que Lila también tenía una pluma de pavo real preciosa en el libro, y que nunca me había dicho nada. Tío Carlos me estaba llamando para que taponara otros agujeros, pero yo me quedé mirando la pluma que no podía ser la de Hugo pero era tan idéntica que parecía del mismo pavo real, verde con el ojo violeta y azul, y las manchitas de oro. Cuando Lila vino con la pala le pregunté de dónde había sacado la pluma, y pensaba contarle que Hugo tenía una idéntica. Casi no me di cuenta de lo que me decía cuando se puso muy colorada y contestó que Hugo se la había regalado al ir a despedirse.

—Me dijo que en su casa hay muchas —agregó como disculpándose pero no me miraba, y tío Carlos me llamó más fuerte del otro lado de los ligustros y yo tiré la pala que me había dado Lila y me volví al alambrado, aunque Lila me llamaba y me decía que otra vez estaba saliendo humo en su jardín. Salté el alambrado y desde casa por entre los ligustros la miré a Lila que estaba llorando con el libro en la mano y la pluma que asomaba apenas, y vi que el humo salía ahora al lado mismo del jazmín, todo el veneno mezclándose con las raíces. Fui hasta la máquina

aprovechando que tío Carlos hablaba de nuevo con las de Negri, abrí la lata del veneno y eché dos, tres cucharadas llenas en la máquina y la cerré; así el humo invadía bien los hormigueros y mataba todas las hormigas, no dejaba ni una hormiga viva en el jardín de casa.

Cuando el mundo parece ser todo de los adultos, la siesta resurge como el clandestino espacio infantil por excelencia. Cortázar recrea en el relato "Final del juego" las aventuras de las primas mientras todo descansa y la casa queda como en un sopor. Las chicas se escapan afuera, cerca de las vías del tren que pasa muy rápido, juegan a las estatuas esperando que algún pasajero las descubra al mirar distraído por la ventanilla. La protagonista, su hermana Holanda y la prima Leticia, afectada por parálisis infantil. Una vez más Cortázar advierte, con profunda sensibilidad, los deseos de las púberes, sus angustias, su astucia, los sentimientos ambivalentes de niñas que ya están dejando de serlo. Así también frases contundentes permiten ver que para el mundo adulto los deseos infantiles, al menos en la época, pertenecían a un campo negado, más bien a disciplinar que a comprender.

Entonces la respuesta se traduce en travesuras que realizan las "maliciosas niñas", porque hay que portarse bien, secar los platos y entrenarse en las tareas del hogar si ya terminaron la primaria.

La textura de los personajes no está hecha de seres homogéneos. Por el contrario, dudan, tienen contradicciones, miedos. Sueñan, interpretan a su manera las normas sociales, mienten, zafan, se entristecen. Las chiquitas de "Final del juego" están en ese momento de transición a la pubertad en que jugar es –para la época– aún posible, pero por poco tiempo. Y el final de la historia, que será también el final de un juego, deja una sensación de pesadumbre. Sin embargo, una vez más, todo sucede como si nada pasara. El mundo adulto sigue andando como el tren que pasa raudo y a pocos les importa el alma herida de tres púberes. A la sensibilidad de Cortázar, sí.

Julio
Cortázar

Final del juego[14]

Con Leticia y Holanda íbamos a jugar a las vías del Central Argentino los días de calor, esperando que mamá y tía Ruth empezaran su siesta para escaparnos por la puerta blanca. Mamá y tía Ruth estaban siempre cansadas después de lavar la loza, sobre todo cuando Holanda y yo secábamos los platos porque entonces había discusiones, cucharitas por el suelo, frases que sólo nosotras entendíamos, y en general un ambiente en donde el olor a grasa, los maullidos de José y la oscuridad de la cocina acababan en una violentísima pelea y el consiguiente

desparramo. Holanda se especializaba en armar esta clase de líos, por ejemplo dejando caer un vaso ya lavado en el tacho del agua sucia, o recordando como al pasar que en la casa de las de Loza había dos sirvientas para todo servicio. Yo usaba otros sistemas, prefería insinuarle a tía Ruth que se le iban a paspar las manos si seguía fregando cacerolas en vez de dedicarse a las copas o los platos, que era precisamente lo que le gustaba lavar a mamá, con lo cual las enfrentaba sordamente en una lucha de ventajeo por la cosa fácil. El recurso heroico, si los consejos y las largas recordaciones familiares empezaban a saturarnos, era volcar agua hirviendo en el lomo del gato. Es una gran mentira eso del gato escaldado, salvo que haya que tomar al pie de la letra la referencia al agua fría; porque de la caliente José no se alejaba nunca, y hasta parecía ofrecerse, pobre animalito, a que le volcáramos media taza de agua a cien grados o poco menos, bastante menos probablemente porque nunca se le caía el pelo. La cosa es que ardía Troya, y en la confusión coronada por el espléndido si bemol de tía Ruth y la carrera de mamá en busca del bastón de los castigos, Holanda y yo nos perdíamos en la galería cubierta, hacia las piezas vacías del fondo donde Leticia nos esperaba leyendo a Ponson du Terrail, lectura inexplicable.

Por lo regular mamá nos perseguía un buen trecho, pero las ganas de rompernos la cabeza se le pasaban con gran rapidez y al final (habíamos trancado la puerta y le pedíamos perdón con emocionantes partes teatrales) se cansaba y se iba, repitiendo la misma frase:

—Acabarán en la calle, estas mal nacidas.

Donde acabábamos era en las vías del Central Argentino, cuando la casa quedaba en silencio y veíamos al gato tenderse bajo el limonero para

hacer él también su siesta perfumada y zumbante de avispas. Abríamos despacio la puerta blanca, y al cerrarla otra vez era como un viento, una libertad que nos tomaba de las manos, de todo el cuerpo y nos lanzaba hacia adelante. Entonces corríamos buscando impulso para trepar de un envión al breve talud del ferrocarril, y encaramadas sobre el mundo contemplábamos silenciosas nuestro reino.

Nuestro reino era así: una gran curva de las vías acababa su comba justo frente a los fondos de nuestra casa. No había más que el balasto, los durmientes y la doble vía; pasto ralo y estúpido entre los pedazos de adoquín donde la mica, el cuarzo y el feldespato —que son los componentes del granito— brillaban como diamantes legítimos contra el sol de las dos de la tarde. Cuando nos agachábamos a tocar las vías (sin perder tiempo porque hubiera sido peligroso quedarse mucho ahí, no tanto por los trenes como por los de casa si nos llegaban a ver) nos subía a la cara el fuego de las piedras, y al pararnos contra el viento del río era un calor mojado pegándose a las mejillas y las orejas. Nos gustaba flexionar las piernas y bajar, subir, bajar otra vez, entrando en una y otra zona de calor, estudiándonos las caras para apreciar la transpiración, con lo cual al rato éramos una sopa. Y siempre calladas, mirando al fondo de las vías, o el río al otro lado, el pedacito de río color café con leche.

Después de esta primera inspección del reino bajábamos el talud y nos metíamos en la mala sombra de los sauces pegados a la tapia de nuestra casa, donde se abría la puerta blanca. Ahí estaba la capital del reino, la ciudad silvestre y la central de nuestro juego. La primera en iniciar el

juego era Leticia, la más feliz de las tres y la más privilegiada. Leticia no tenía que secar los platos ni hacer las camas, podía pasarse el día leyendo o pegando figuritas, y de noche la dejaban quedarse hasta más tarde si lo pedía, aparte de la pieza solamente para ella, el caldo de hueso y toda clase de ventajas. Poco a poco se había ido aprovechando de los privilegios, y desde el verano anterior dirigía el juego, yo creo que en realidad dirigía el reino; por lo menos se adelantaba a decir las cosas y Holanda y yo aceptábamos sin protestar, casi contentas. Es probable que las largas conferencias de mamá sobre cómo debíamos portarnos con Leticia hubieran hecho su efecto, o simplemente que la queríamos bastante y no nos molestaba que fuese la jefa. Lástima que no tenía aspecto para jefa, era la más baja de las tres, y tan flaca. Holanda era flaca, y yo nunca pesé más de cincuenta kilos, pero Leticia era la más flaca de las tres, y para peor una de esas flacuras que se ven de fuera, en el pescuezo y las orejas. Tal vez el endurecimiento de la espalda la hacía parecer más flaca, como casi no podía mover la cabeza a los lados daba la impresión de una tabla de planchar parada, de esas forradas de género blanco como había en la casa de las de Loza. Una tabla de planchar con la parte más ancha para arriba, parada contra la pared. Y nos dirigía.

La satisfacción más profunda era imaginarme que mamá o tía Ruth se enteraran un día del juego. Si llegaban a enterarse del juego se iba a armar una meresunda increíble. El si bemol y los desmayos, las inmensas protestas de devoción y sacrificio malamente recompensados, el amontonamiento de invocaciones a los castigos más célebres, para rematar con el anuncio de nuestros destinos, que consistían en que las

tres terminaríamos en la calle. Esto último siempre nos había dejado perplejas, porque terminar en la calle nos parecía bastante normal.

Primero Leticia nos sorteaba. Usábamos piedritas escondidas en la mano, contar hasta veintiuno, cualquier sistema. Si usábamos el de contar hasta veintiuno, imaginábamos dos o tres chicas más y las incluíamos en la cuenta para evitar trampas. Si una de ellas salía veintiuna, la sacábamos del grupo y sorteábamos de nuevo, hasta que nos tocaba a una de nosotras. Entonces Holanda y yo levantábamos la piedra y abríamos la caja de los ornamentos. Suponiendo que Holanda hubiese ganado, Leticia y yo escogíamos los ornamentos. El juego marcaba dos formas: estatuas y actitudes. Las actitudes no requerían ornamentos pero sí mucha expresividad, para la envidia mostrar los dientes, crispar las manos y arreglárselas de modo de tener un aire amarillo. Para la caridad el ideal era un rostro angélico, con los ojos vueltos al cielo, mientras las manos ofrecían algo —un trapo, una pelota, una rama de sauce— a un pobre huerfanito invisible. La vergüenza y el miedo eran fáciles de hacer; el rencor y los celos exigían estudios más detenidos. Los ornamentos se destinaban casi todos a las estatuas, donde reinaba una libertad absoluta. Para que una estatua resultara, había que pensar bien cada detalle de la indumentaria. El juego marcaba que la elegida no podía tomar parte en la selección; las dos restantes debatían el asunto y aplicaban luego los ornamentos. La elegida debía inventar su estatua aprovechando lo que le habían puesto, y el juego era así mucho más complicado y excitante porque a veces había alianzas contra, y la víctima se veía ataviada con ornamentos que no le iban para nada; de su viveza dependía entonces que

inventara una buena estatua. Por lo general cuando el juego marcaba actitudes la elegida salía bien parada pero hubo veces en que las estatuas fueron fracasos horribles.

Lo que cuento empezó vaya a saber cuándo, pero las cosas cambiaron el día en que el primer papelito cayó del tren. Por supuesto que las actitudes y las estatuas no eran para nosotras mismas, porque nos hubiéramos cansado en seguida. El juego marcaba que la elegida debía colocarse al pie del talud, saliendo de la sombra de los sauces, y esperar el tren de las dos y ocho que venía del Tigre. A esa altura de Palermo los trenes pasan bastante rápido, y no nos daba vergüenza hacer la estatua o la actitud. Casi no veíamos a la gente de las ventanillas, pero con el tiempo llegamos a tener práctica y sabíamos que algunos pasajeros esperaban vernos. Un señor de pelo blanco y anteojos de carey sacaba la cabeza por la ventanilla y saludaba a la estatua o la actitud con el pañuelo. Los chicos que volvían del colegio sentados en los estribos gritaban cosas al pasar, pero algunos se quedaban serios mirándonos. En realidad la estatua o la actitud no veía nada, por el esfuerzo de mantenerse inmóvil, pero las otras dos bajo los sauces analizaban con gran detalle el buen éxito o la indiferencia producidos. Fue un martes cuando cayó el papelito, al pasar el segundo coche. Cayó muy cerca de Holanda, que ese día era la maledicencia, y reboto hasta mí. Era un papelito muy doblado y sujeto a una tuerca. Con letra de varón y bastante mala, decía: "Muy lindas estatuas. Viajo en la tercera ventanilla del segundo coche. Ariel B." Nos pareció un poco seco, con todo ese trabajo de atarle la tuerca y tirarlo, pero nos encantó. Sorteamos para saber quién se lo quedaría, y me lo gané. Al

otro día ninguna quería jugar para poder ver cómo era Ariel B., pero temimos que interpretara mal nuestra interrupción, de manera que sorteamos y ganó Leticia. Nos alegramos mucho con Holanda porque Leticia era muy buena como estatua, pobre criatura. La parálisis no se notaba estando quieta, y ella era capaz de gestos de una enorme nobleza. Como actitudes elegía siempre la generosidad, el sacrificio y el renunciamiento. Como estatuas buscaba el estilo de Venus de la sala que tía Ruth llamaba la Venus del Nilo. Por eso le elegimos ornamentos especiales para que Ariel se llevara una buena impresión. Le pusimos un pedazo de terciopelo verde a manera de túnica, y una corona de sauce en el pelo. Como andábamos de manga corta, el efecto griego era grande. Leticia se ensayó un rato a la sombra, y decidimos que nosotras nos asomaríamos también y saludaríamos a Ariel con discreción pero muy amables.

Leticia estuvo magnífica, no se le movía ni un dedo cuando llegó el tren. Como no podía girar la cabeza la echaba para atrás, juntado los brazos al cuerpo casi como si le faltaran; aparte el verde de la túnica, era como mirar la Venus del Nilo. En la tercera ventanilla vimos a un muchacho de rulos rubios y ojos claros que nos hizo una gran sonrisa al descubrir que Holanda y yo lo saludábamos. El tren se lo llevó en un segundo, pero eran las cuatro y media y todavía discutíamos si vestía de oscuro, si llevaba corbata roja y si era odioso o simpático. El jueves yo hice la actitud del desaliento, y recibimos otro papelito que decía: "Las tres me gustan mucho. Ariel." Ahora él sacaba la cabeza y un brazo por la ventanilla y nos saludaba riendo. Le calculamos dieciocho años (seguras que no tenía más de dieciséis) y convinimos en que volvía diariamente de algún colegio inglés. Lo

más seguro de todo era el colegio inglés, no podíamos aceptar un incorporado cualquiera. Se vería que Ariel era muy bien.

Pasó que Holanda tuvo la suerte increíble de ganar tres días seguidos. Superándose, hizo las actitudes del desengaño y el latrocinio, y una estatua dificilísima de bailarina, sosteniéndose en un pie desde que el tren entró en la curva. Al otro día gané yo, y después de nuevo; cuando estaba haciendo la actitud del horror, recibí casi en la nariz un papelito de Ariel que al principio no entendimos: "La más linda es la más haragana." Leticia fue la última en darse cuenta, la vimos que se ponía colorada y se iba a un lado, y Holanda y yo nos miramos con un poco de rabia. Lo primero que se nos ocurrió sentenciar fue que Ariel era un idiota, pero no podíamos decirle eso a Leticia, pobre ángel, con su sensibilidad y la cruz que llevaba encima. Ella no dijo nada, pero pareció entender que el papelito era suyo y se lo guardó. Ese día volvimos bastante calladas a casa, y por la noche no jugamos juntas. En la mesa Leticia estuvo muy alegre, le brillaban los ojos, y mamá miró una o dos veces a tía Ruth como poniéndola de testigo de su propia alegría. En aquellos días estaban ensayando un nuevo tratamiento fortificante para Leticia, y por lo visto era una maravilla lo bien que le sentaba.

Antes de dormirnos, Holanda y yo hablamos del asunto. No nos molestaba el papelito de Ariel, desde un tren andando las cosas se ven como se ven, pero nos parecía que Leticia se estaba aprovechando demasiado de su ventaja sobre nosotras. Sabía que no le íbamos a decir nada, y que en una casa donde hay alguien con algún defecto físico y mucho orgullo, todos juegan a ignorarlo empezando por el enfermo, o más bien se hacen

los que no saben que el otro sabe. Pero tampoco había que exagerar y la forma en que Leticia se había portado en la mesa, o su manera de guardarse el papelito, era demasiado. Esa noche yo volví a soñar mis pesadillas con trenes, anduve de madrugada por enormes playas ferroviarias cubiertas de vías llenas de empalmes, viendo a distancia las luces rojas de locomotoras que venían, calculando con angustia si el tren pasaría a mi izquierda, y a la vez amenazada por la posible llegada de un rápido a mi espalda o —lo que era peor— que a último momento uno de los trenes tomara uno de los desvíos y se me viniera encima. Pero de mañana me olvidé porque Leticia amaneció muy dolorida y tuvimos que ayudarla a vestirse. Nos pareció que estaba un poco arrepentida de lo de ayer y fuimos muy buenas con ella, diciéndole que esto le pasaba por andar demasiado, y que tal vez lo mejor sería que se quedara leyendo en su cuarto. Ella no dijo nada pero vino a almorzar a la mesa, y a las preguntas de mamá contestó que ya estaba muy bien y que casi no le dolía la espalda. Se lo decía y nos miraba.

Esa tarde gané yo, pero en ese momento me vino un no sé qué y le dije a Leticia que le dejaba mi lugar, claro que sin darle a entender por qué. Ya que el otro la prefería, que la mirara hasta cansarse. Como el juego marcaba estatua, le elegimos cosas sencillas para no complicarle la vida, y ella inventó una especie de princesa china, con aire vergonzoso, mirando al suelo y juntando las manos como hacen las princesas chinas. Cuando pasó el tren, Holanda se puso de espaldas bajo los sauces pero yo miré y vi que Ariel no tenía ojos más que para Leticia. La siguió mirando hasta que el tren se perdió en la curva, y Leticia estaba inmóvil y

no sabía que él acababa de mirarla así. Pero cuando vino a descansar bajo los sauces vimos que sí sabía, y que le hubiera gustado seguir con los ornamentos toda la tarde, toda la noche.

El miércoles sorteamos entre Holanda y yo porque Leticia nos dijo que era justo que ella se saliera. Ganó Holanda con su suerte maldita, pero la carta de Ariel cayó de mi lado. Cuando la levanté tuve el impulso de dársela a Leticia que no decía nada, pero pensé que tampoco era cosa de complacerle todos los gustos, y la abrí despacio. Ariel anunciaba que al otro día iba a bajarse en la estación vecina y que vendría por el terraplén para charlar un rato. Todo estaba terriblemente escrito, pero la frase final era hermosa: "Saludo a las tres estatuas muy atentamente." La firma parecía un garabato aunque se notaba la personalidad.

Mientras le quitábamos los ornamentos a Holanda, Leticia me miró una o dos veces. Yo les había leído el mensaje y nadie hizo comentarios, lo que resultaba molesto porque al fin y al cabo Ariel iba a venir y había que pensar en esa novedad y decidir algo. Si en casa se enteraban, o por desgracia a alguna de las de Loza le daba por espiarnos, con lo envidiosas que eran esas enanas, seguro que se iba a armar la meresunda. Además que era muy raro quedarnos calladas con una cosa así, sin mirarnos casi mientras guardábamos los ornamentos y volvíamos por la puerta blanca.

Tía Ruth nos pidió a Holanda y a mí que bañáramos a José, se llevó a Leticia para hacerle el tratamiento, y por fin pudimos desahogarnos tranquilas. Nos parecía maravilloso que viniera Ariel, nunca habíamos tenido un amigo así, a nuestro primo Tito no lo contábamos, un tilingo que juntaba figuritas y creía en la primera comunión. Estábamos

nerviosísimas con la expectativa y José pagó el pato, pobre ángel. Holanda fue más valiente y sacó el tema de Leticia. Yo no sabía qué pensar, de un lado me parecía horrible que Ariel se enterara, pero también era justo que las cosas se aclararan porque nadie tiene por qué perjudicarse a causa de otro. Lo que yo hubiera querido es que Leticia no sufriera, bastante cruz tenía encima y ahora con el nuevo tratamiento y tantas cosas.

A la noche mamá se extrañó de vernos tan calladas y dijo qué milagro, si nos habían comido la lengua los ratones, después miró a tía Ruth y las dos pensaron seguro que habíamos hecho alguna gorda y que nos remordía la conciencia. Leticia comió muy poco y dijo que estaba dolorida, que la dejaran ir a su cuarto a leer Rocambole. Holanda le dio el brazo aunque ella no quería mucho, y yo me puse a tejer, que es una cosa que me viene cuando estoy nerviosa. Dos veces pensé ir al cuarto de Leticia, no me explicaba qué hacían esas dos ahí solas, pero Holanda volvió con aire de gran importancia y se quedó a mi lado sin hablar hasta que mamá y tía Ruth levantaron la mesa. "Ella no va a ir mañana. Escribió una carta y dijo que si él pregunta mucho, se la demos." Entornando el bolsillo de la blusa me hizo ver un sobre violeta. Después nos llamaron para secar los platos, y esa noche nos dormimos casi en seguida por todas las emociones y el cansancio de bañar a José.

Al otro día me tocó a mi salir de compras al mercado y en toda la mañana no vi a Leticia que seguía en su cuarto. Antes que llamaran a la mesa entré un momento y la encontré al lado de la ventana, con muchas almohadas y el tomo noveno de Rocambole. Se veía que estaba mal, pero se puso a reír y me contó de una abeja que no encontraba la salida y de

un sueño cómico que había tenido. Yo le dije que era una lástima que no fuera a venir a los sauces, pero me parecía tan difícil decírselo bien. "Si querés podemos explicarle a Ariel que estabas descompuesta", le propuse, pero ella decía que no y se quedaba callada. Yo insistí un poco en que viniera, y al final me animé y le dije que no tuviese miedo, poniéndole como ejemplo que el verdadero cariño no conoce barreras y otras ideas preciosas que habíamos aprendido en *El Tesoro de la Juventud*, pero era cada vez más difícil decirle nada porque ella miraba la ventana y parecía como si fuera a ponerse a llorar. Al final me fui diciendo que mamá me precisaba. El almuerzo duró días, y Holanda se ganó un sopapo de tía Ruth por salpicar el mantel con tuco. Ni me acuerdo de cómo secamos los platos, de repente estábamos en los sauces y las dos nos abrazábamos llenas de felicidad y nada celosas una de otra. Holanda me explicó todo lo que teníamos que decir sobre nuestros estudios para que Ariel se llevara una buena impresión, porque los del secundario desprecian a las chicas que no han hecho más que la primaria y solamente estudian corte y repujado al aceite. Cuando pasó el tren de las dos y ocho Ariel sacó los brazos con entusiasmo, y con nuestros pañuelos estampados le hicimos señas de bienvenida. Unos veinte minutos después lo vimos llegar por el terraplén, y era más alto de lo que pensábamos y todo de gris.

Bien no me acuerdo de lo que hablamos al principio, él era bastante tímido a pesar de haber venido y los papelitos, y decía cosas muy pensadas. Casi en seguida nos elogió mucho las estatuas y las actitudes y preguntó cómo nos llamábamos y por qué faltaba la tercera. Holanda explicó que Leticia no había podido venir, y él dijo que era una lástima

y que Leticia le parecía un nombre precioso. Después nos contó cosas del Industrial, que por desgracia no era un colegio inglés, y quiso saber si le mostraríamos los ornamentos. Holanda levantó la piedra y le hicimos ver las cosas. A él parecían interesarle mucho, y varias veces tomó alguno de los ornamentos y dijo: "Este lo llevaba Leticia"; o: "Este fue para la estatua oriental", con lo que quería decir la princesa china. Nos sentamos a la sombra de un sauce y él estaba contento pero distraído, se veía que sólo se quedaba de bien educado. Holanda me miró dos o tres veces cuando la conversación decaía, y eso nos hizo mucho mal a las dos, nos dio deseos de irnos o que Ariel no hubiese venido nunca. El preguntó otra vez si Leticia estaba enferma, y Holanda me miró y yo creí que iba a decirle, pero en cambio contestó que Leticia no había podido venir. Con una ramita Ariel dibujaba cuerpos geométricos en la tierra, y de cuando en cuando miraba la puerta blanca y nosotras sabíamos lo que estaba pasando, por eso Holanda hizo bien en sacar el sobre violeta y alcanzárselo, y él se quedó sorprendido con el sobre en la mano, después se puso muy colorado mientras le explicábamos que eso se lo mandaba Leticia, y se guardó la carta en el bolsillo de adentro del saco sin querer leerla delante de nosotras. Casi en seguida dijo que había tenido un gran placer y que estaba encantado de haber venido, pero su mano era blanda y antipática de modo que fue mejor que la visita se acabara, aunque más tarde no hicimos más que pensar en sus ojos grises y en esa manera triste que tenía de sonreír. También nos acordamos de cómo se había despedido diciendo: "Hasta siempre", una forma que nunca habíamos oído en casa y que nos pareció tan divina y poética. Todo se lo contamos a

Leticia que nos estaba esperando debajo del limonero del patio, y yo hubiese querido preguntarle qué decía su carta pero me dio no sé qué porque ella había cerrado el sobre antes de confiárselo a Holanda, así que no le dije nada y solamente le contamos cómo era Ariel y cuantas veces había preguntado por ella. Esto no era nada fácil de decírselo porque era una cosa linda y mala a la vez, nos dábamos cuenta que Leticia se sentía muy feliz y al mismo tiempo estaba casi llorando, hasta que nos fuimos diciendo que tía Ruth nos precisaba y la dejamos mirando las avispas del limonero.

Cuando íbamos a dormirnos esa noche, Holanda me dijo: "Vas a ver que desde mañana se acaba el juego." Pero se equivocaba aunque no por mucho, y al otro día Leticia nos hizo la seña convenida en el momento del postre. Nos fuimos a lavar la loza bastante asombradas y con un poco de rabia, porque eso era una desvergüenza de Leticia y no estaba bien. Ella nos esperaba en la puerta y casi nos morimos de miedo cuando al llegar a los sauces vimos que sacaba del bolsillo el collar de perlas de mamá y todos los anillos, hasta el grande con rubí de tía Ruth. Si las de Loza espiaban y nos veían con las alhajas, seguro que mamá iba a saberlo en seguida y que nos mataría, enanas asquerosas. Pero Leticia no estaba asustada y dijo que si algo sucedía ella era la única responsable. "Quisiera que me dejaran hoy a mí", agregó sin mirarnos. Nosotras sacamos en seguida los ornamentos, de golpe queríamos ser tan buenas con Leticia, darle todos los gustos y eso que en el fondo nos quedaba un poco de encono. Como el juego marcaba estatua, le elegimos cosas preciosas que iban bien con las alhajas, muchas plumas de pavo real para sujetar en el

pelo, una piel que de lejos parecía un zorro plateado, y un velo rosa que ella se puso como un turbante. La vimos que pensaba, ensayando la estatua pero sin moverse, y cuando el tren apareció en la curva fue a ponerse al pie del talud con todas las alhajas que brillaban al sol. Levantó los brazos como si en vez de una estatua fuera a hacer una actitud, y con las manos señaló el cielo mientras echaba la cabeza hacia atrás (que era lo único que podía hacer, pobre) y doblaba el cuerpo hasta darnos miedo. Nos pareció maravillosa, la estatua más regia que había hecho nunca, y entonces vimos a Ariel que la miraba, salido de la ventanilla la miraba solamente a ella, girando la cabeza y mirándola sin vernos a nosotras hasta que el tren se lo llevó de golpe. No sé por qué las dos corrimos al mismo tiempo a sostener a Leticia que estaba con lo ojos cerrados y grandes lágrimas por toda la cara. Nos rechazó sin enojo, pero la ayudamos a esconder las alhajas en el bolsillo, y se fue sola a casa mientras guardábamos por última vez los ornamentos en su caja. Casi sabíamos lo que iba a suceder, pero lo mismo al otro día fuimos las dos a los sauces, después que tía Ruth nos exigió silencio absoluto para no molestar a Leticia que estaba dolorida y quería dormir. Cuando llegó el tren vimos sin ninguna sorpresa la tercera ventanilla vacía, y mientras nos sonreíamos entre aliviadas y furiosas, imaginamos a Ariel viajando del otro lado del coche, quieto en su asiento, mirando hacia el río con sus ojos grises.

La literatura de Cortázar también puso "infancia" en el modo de jugar con los contenidos, en el modo de imaginar y en la metódica creación de seres fantásticos. El escritor explicó en algún momento qué son los "cronopios". Nada que ver con el tiempo-cronos. Más bien se configuran en el gesto mismo de liberarse de las ataduras de rutinas y formalidades; son poetas. En cambio, los "famas" tienen alma de gerentes y empresarios, aunque las divisiones no siempre resultan tan tajantes. En Historias de cronopios y de famas *(1966) están presentes diversos matices de tales personajes y sus historias. Pero en la mayor parte de los casos se cruzan lirismo y humor, imaginación y cotidianeidad, ingenio y ternura. Ganó fama en la vida de las escuelas especialmente "Discurso del oso", que presentamos a continuación.*

Julio
Cortázar

Discurso del oso[15]

SOY EL OSO de los caños de la casa, subo por los caños en las horas de silencio, los tubos de agua caliente, de la calefacción, del aire fresco, voy por los tubos de departamento en departamento y soy el oso que va por los caños.

Creo que me estiman porque mi pelo mantiene limpios los conductos, incesantemente corro por los tubos y nada me gusta más que pasar de piso en piso resbalando por los caños. A veces saco una pata por la canilla y la muchacha del tercero grita que se ha quemado, o gruño a la altura del horno del segundo y la cocinera Guillermina se queja de que el aire tira mal. De noche ando callado y es cuando más ligero ando, me asomo al techo por la chimenea para ver si la luna baila arriba, y me dejo resbalar como el viento hasta las calderas del sótano. Y en verano nado de noche en la cisterna picoteada de estrellas, me lavo la cara primero con una mano después con la otra, después con las dos juntas, y eso me produce una grandísima alegría.

Entonces resbalo por todos los caños de la casa, gruñendo contento, y los matrimonios se agitan en sus camas y deploran la instalación de las tuberías. Algunos encienden la luz y escriben un papelito para acordarse de protestar cuando vean al portero. Yo busco la canilla que siempre queda abierta en algún piso, por allí saco la nariz y miro la oscuridad de las habitaciones donde viven esos seres que no pueden andar por los caños, y les tengo algo de lástima al verlos tan torpes y grandes, al oír cómo roncan y sueñan en voz alta, y están tan solos. Cuando de mañana se lavan la cara, les acaricio las mejillas, les lamo la nariz y me voy, vagamente seguro de haber hecho bien.

La sensibilidad adolescente

Uno de los relatos donde Cortázar pone en juego la sensibilidad adolescente de modo magistral es "La señorita Cora", del libro Todos los fuegos, el fuego *de 1966. Hilada en magníficos monólogos interiores, tal sensibilidad adquiere una densidad especial: el protagonista, Pablo, internado porque deben operarlo de apendicitis, con una madre sobreprotectora que desliza recomendaciones y advertencias, queda no obstante al cuidado de la joven enfermera Cora. El adolescente experimenta con ella sensaciones nuevas, por un lado, porque las situaciones de internación y preparativos de la intervención son también nuevas, difíciles, dan vergüenza. Por otro, porque emergen sensaciones de su propio cuerpo, sonrojo, excitación, enamoramiento. Aunque todo transcurra como si la rutina hospitalaria no estuviera alterada. Cortázar usa la palabra a modo de cámara subjetiva para captar cada tensión entre los deseos del adolescente de decir lo que le pasa y silencios densos, cargados de formalidades que reprimen la expresión espontánea de los sentimientos. En la trama se entrelazan los monólogos interiores de diferentes personajes, a veces sin solución de continuidad, como si todo fuera lo mismo aunque el conjunto sea polifónico. Pablo tiene complicaciones, fiebre. Una operación de apendicitis, que podría considerarse de rutina, tiene un desenlace imprevisto. La enfermera que lo cuida también tiene otros interlocutores como Marcial, su novio. Pablo se somete a una segunda operación de la que sale peor. Previamente se ha ablandado su vínculo con Cora. Pero nada, ni la pasión, ni la tragedia de una muerte inesperada logran cambiar la rutina institucional. A lo sumo, en las horas finales la enfermera es trasladada. Y*

en el medio, como si fuera el revés de la trama, se van desnudando, una vez más, las obsesiones, sentimientos, sufrimientos y heridas del alma de un chico de quince años en un relato crudo, provocativo y a la vez parco.

Julio
Cortázar

La señorita Cora[16]

NO ENTIENDO POR QUÉ no me dejan pasar la noche en la clínica con el nene, al fin y al cabo soy su madre y el doctor De Luisi nos recomendó personalmente al director. Podrían traer un sofá cama y yo lo acompañaría para que se vaya acostumbrando, entró tan pálido el pobrecito como si fueran a operarlo en seguida, yo creo que es ese olor de las clínicas, su padre también estaba nervioso y no veía la hora de irse, pero yo estaba segura de que me dejarían con el nene. Después de todo tiene apenas quince años y nadie se los daría, siempre pegado a mí aunque ahora con los pantalones largos quiere disimular y hacerse el hombre grande. La impresión que le habrá hecho cuando se dio cuenta de que no me dejaban quedarme, menos mal que su padre le dio charla, le hizo poner el piyama y meterse en la cama. Y todo por esa mocosa de enfermera, yo me pregunto si verdaderamente tiene órdenes de los

médicos o si lo hace por pura maldad. Pero bien que se lo dije, bien que le pregunté si estaba segura de que tenía que irme. No hay más que mirarla para darse cuenta de quién es, con esos aires de vampiresa y ese delantal ajustado, una chiquilina de porquería, que se cree la directora de la clínica. Pero eso sí, no se la llevó de arriba, le dije lo que pensaba y eso que el nene no sabía dónde meterse de vergüenza y su padre se hacía el desentendido y de paso seguro que le miraba las piernas como de costumbre. Lo único que me consuela es que el ambiente es bueno, se nota que es una clínica para personas pudientes; el nene tiene un velador de lo más lindo para leer sus revistas, y por suerte su padre se acordó de traerle caramelos de menta que son los que más le gustan. Pero mañana por la mañana, eso sí, lo primero que hago es hablar con el doctor De Luisi para que la ponga en su lugar a esa mocosa presumida. Habrá que ver si la frazada lo abriga bien al nene, voy a pedir que por las dudas le dejen otra a mano. Pero sí, claro que me abriga, menos mal que se fueron de una vez, mamá cree que soy un chico y me hace hacer cada papelón. Seguro que la enfermera va a pensar que no soy capaz de pedir lo que necesito, me miró de una manera cuando mamá le estaba protestando... Está bien, si no la dejaban quedarse qué le vamos a hacer, ya soy bastante grande para dormir solo de noche, me parece. Y en esta cama se dormirá bien, a esta hora ya no se oye ningún ruido, a veces de lejos el zumbido del ascensor que me hace acordar a esa película de miedo que también pasaba en una clínica, cuando a medianoche se abría poco a poco la puerta y la mujer paralítica en la cama veía entrar al hombre de la máscara blanca...

La enfermera es bastante simpática, volvió a las seis y media con unos papeles y me empezó a preguntar mi nombre completo, la edad y esas cosas. Yo guardé la revista en seguida porque hubiera quedado mejor estar leyendo un libro de veras y no una fotonovela, y creo que ella se dio cuenta pero no dijo nada, seguro que todavía estaba enojada por lo que le había dicho mamá y pensaba que yo era igual que ella y que le iba a dar órdenes o algo así. Me preguntó si me dolía el apéndice y le dije que no, que esa noche estaba muy bien. «A ver el pulso», me dijo, y después de tomármelo anotó algo más en la planilla y la colgó a los pies de la cama. «¿Tenés hambre?», me preguntó, y yo creo que me puse colorado porque me tomó de sorpresa que me tuteara, es tan joven que me hizo impresión. Le dije que no, aunque era mentira porque a esa hora siempre tengo hambre. «Esta noche vas a cenar muy liviano», dijo ella, y cuando quise darme cuenta ya me había quitado el paquete de caramelos de menta y se iba. No sé si empecé a decirle algo, creo que no. Me daba una rabia que me hiciera eso como a un chico, bien podía haberme dicho que no tenía que comer caramelos, pero llevárselos... Seguro que estaba furiosa por lo de mamá y se desquitaba conmigo, de puro resentida; qué sé yo, después que se fue se me pasó de golpe el fastidio, quería seguir enojado con ella pero no podía. Qué joven es, clavado que no tiene ni diecinueve años, debe haberse recibido de enfermera hace muy poco. A lo mejor viene para traerme la cena; le voy a preguntar cómo se llama, si va a ser mi enfermera tengo que darle un nombre. Pero en cambio vino otra, una señora muy amable vestida de azul que me trajo un caldo y bizcochos y me hizo tomar unas pastillas verdes. También ella

me preguntó cómo me llamaba y si me sentía bien, y me dijo que en esta pieza dormiría tranquilo porque era una de las mejores de la clínica, y es verdad porque dormí hasta casi las ocho en que me despertó una enfermera chiquita y arrugada como un mono pero muy amable, que me dijo que podía levantarme y lavarme pero antes me dio un termómetro y me dijo que me lo pusiera como se hace en estas clínicas, y yo no entendí porque en casa se pone debajo del brazo, y entonces me explicó y se fue. Al rato vino mamá y qué alegría verlo tan bien, yo que me temía que hubiera pasado la noche en blanco el pobre querido, pero los chicos son así, en la casa tanto trabajo y después duermen a pierna suelta aunque estén lejos de su mamá que no ha cerrado los ojos la pobre. El doctor De Luisi entró para revisar al nene y yo me fui un momento afuera porque ya está grandecito, y me hubiera gustado encontrármela a la enfermera de ayer para verle bien la cara y ponerla en su sitio nada más que mirándola de arriba a abajo, pero no había nadie en el pasillo. Casi en seguida salió el doctor De Luisi y me dijo que al nene iban a operarlo a la mañana siguiente, que estaba muy bien y en las mejores condiciones para la operación, a su edad una apendicitis es una tontería. Le agradecí mucho y aproveché para decirle que me había llamado la atención la impertinencia de la enfermera de la tarde, se lo decía porque no era cosa de que a mi hijo fuera a faltarle la atención necesaria. Después entré en la pieza para acompañar al nene que estaba leyendo sus revistas y ya sabía que lo iban a operar al otro día. Como si fuera el fin del mundo, me mira de un modo la pobre, pero si no me voy a morir, mamá, haceme un poco el favor. Al Cacho le sacaron el apéndice en el hospital y a los seis días ya

estaba queriendo jugar al fútbol. Andate tranquila que estoy muy bien y no me falta nada. Sí, mamá, sí, diez minutos queriendo saber si me duele aquí o mas allá, menos mal que se tiene que ocupar de mi hermana en casa, al final se fue y yo pude terminar la fotonovela que había empezado anoche.

La enfermera de la tarde se llama la señorita Cora, se lo pregunté a la enfermera chiquita cuando me trajo el almuerzo; me dieron muy poco de comer y de nuevo pastillas verdes y unas gotas con gusto a menta; me parece que esas gotas hacen dormir porque se me caían las revistas de la mano y de golpe estaba soñando con el colegio y que íbamos a un picnic con las chicas del normal como el año pasado y bailábamos a la orilla de la pileta, era muy divertido. Me desperté a eso de las cuatro y media y empecé a pensar en la operación, no que tenga miedo, el doctor De Luisi dijo que no es nada, pero debe ser raro la anestesia y que te corten cuando estás dormido, el Cacho decía que lo peor es despertarse, que duele mucho y por ahí vomitás y tenés fiebre. El nene de mamá ya no está tan garifo como ayer, se le nota en la cara que tiene un poco de miedo, es tan chico que casi me da lástima. Se sentó de golpe en la cama cuando me vio entrar y escondió la revista debajo de la almohada. La pieza estaba un poco fría y fui a subir la calefacción, después traje el termómetro y se lo di. «¿Te lo sabes poner?», le pregunté, y las mejillas parecía que iban a reventársele de rojo que se puso. Dijo que sí con la cabeza y se estiró en la cama mientras yo bajaba las persianas y encendía el velador. Cuando me acerqué para que me diera el termómetro seguía tan ruborizado que estuve a punto de reírme, pero con los chicos de esa

edad siempre pasa lo mismo, les cuesta acostumbrarse a esas cosas. Y para peor me mira en los ojos, por qué no le puedo aguantar esa mirada si al final no es más que una mujer, cuando saqué el termómetro de debajo de las frazadas y se lo alcancé, ella me miraba y yo creo que se sonreía un poco, se me debe notar tanto que me pongo colorado, es algo que no puedo evitar, es más fuerte que yo. Después anotó la temperatura en la hoja que está a los pies de la cama y se fue sin decir nada. Ya casi no me acuerdo de lo que hablé con papá y mamá cuando vinieron a verme a las seis. Se quedaron poco porque la señorita Cora les dijo que había que prepararme y que era mejor que estuviese tranquilo la noche antes. Pensé que mamá iba a soltarle alguna de las suyas pero la miró nomás de arriba abajo, y papá también pero yo al viejo le conozco las miradas, es algo muy diferente. Justo cuando se estaba yendo la oí a mamá que le decía a la señorita Cora: «Le agradeceré que lo atienda bien, es un niño que ha estado siempre muy rodeado por su familia», o alguna idiotez por el estilo, y me hubiera querido morir de rabia, ni siquiera escuché lo que le contestó la señorita Cora, pero estoy seguro de que no le gustó, a lo mejor piensa que me estuve quejando de ella o algo así.

Volvió a eso de las seis y media con una mesita de esas de ruedas llena de frascos y algodones, y no sé por qué de golpe me dio un poco de miedo, en realidad no era miedo pero empecé a mirar lo que había en la mesita, toda clase de frascos azules o rojos, tambores de gasa y también pinzas y tubos de goma, el pobre debía estar empezando a asustarse sin la mamá que parece un papagayo endomingado, le agradeceré que atienda bien al nene, mire que he hablado con el doctor De Luisi, pero

sí, señora, se lo vamos a atender como a un príncipe. Es bonito su nene, señora, con esas mejillas que se le arrebolan apenas me ve entrar. Cuando le retiré las frazadas hizo un gesto como para volver a taparse, y creo que se dio cuenta de que me hacía gracia verlo tan pudoroso. «A ver, bajate el pantalón del piyama», le dije sin mirarlo en la cara. «¿El pantalón?», preguntó con una voz que se le quebró en un gallo. «Si, claro, el pantalón», repetí, y empezó a soltar el cordón y a desabotonarse con unos dedos que no le obedecían. Le tuve que bajar yo misma el pantalón hasta la mitad de los muslos, y era como me lo había imaginado. «Ya sos un chico crecidito», le dije, preparando la brocha y el jabón aunque la verdad es que poco tenía para afeitar. «¿Cómo te llaman en tu casa?», le pregunté mientras lo enjabonaba. «Me llamo Pablo», me contestó con una voz que me dio lástima, tanta era la vergüenza. «Pero te darán algún sobrenombre», insistí, y fue todavía peor porque me pareció que se iba a poner a llorar mientras yo le afeitaba los pocos pelitos que andaban por ahí. «¿Así que no tenés ningún sobrenombre? Sos el nene solamente, claro». Terminé de afeitarlo y le hice una seña para que se tapara, pero él se adelantó y en un segundo estuvo cubierto hasta el pescuezo. «Pablo es un bonito nombre», le dije para consolarlo un poco; casi me daba pena verlo tan avergonzado, era la primera vez que me tocaba atender a un muchachito tan joven y tan tímido, pero me seguía fastidiando algo en él que a lo mejor le venía de la madre, algo más fuerte que su edad y que no me gustaba, y hasta me molestaba que fuera tan bonito y tan bien hecho para sus años, un mocoso que ya debía creerse un hombre y que a la primera de cambio sería capaz de soltarme un piropo.

Me quedé con los ojos cerrados, era la única manera de escapar un poco de todo eso, pero no servía de nada porque justamente en ese momento agregó: «¿Así que no tenés ningún sobrenombre. Sos el nene solamente, claro», y yo hubiera querido morirme, o agarrarla por la garganta y ahogarla, y cuando abrí los ojos le vi el pelo castaño casi pegado a mi cara porque se había agachado para sacarme un resto de jabón, y olía a shampoo de almendra como el que se pone la profesora de dibujo, o algún perfume de ésos, y no supe qué decir y lo único que se me ocurrió fue preguntarle: «¿Usted se llama Cora, verdad?» Me miró con aire burlón, con esos ojos que ya me conocían y que me habían visto por todos lados, y dijo: «La señorita Cora». Lo dijo para castigarme, lo sé, igual que antes había dicho: «Ya sos un chico crecidito», nada más que para burlarse. Aunque me daba rabia tener la cara colorada, eso no lo puedo disimular nunca y es lo peor que me puede ocurrir, lo mismo me animé a decirle: «Usted es tan joven que... Bueno, Cora es un nombre muy lindo». No era eso, lo que yo había querido decirle era otra cosa y me parece que se dio cuenta y le molestó, ahora estoy seguro de que está resentida por culpa de mamá, yo solamente quería decirle que era tan joven que me hubiera gustado poder llamarla Cora a secas, pero cómo se lo iba a decir en ese momento cuando se había enojado y ya se iba con la mesita de ruedas y yo tenía unas ganas de llorar, esa es otra cosa que no puedo impedir, de golpe se me quiebra la voz y veo todo nublado, justo cuando necesitaría estar más tranquilo para decir lo que pienso. Ella iba a salir pero al llegar a la puerta se quedó un momento como para ver si no se olvidaba de alguna cosa, y yo quería decirle lo que estaba pensando pero no encontraba

las palabras y lo único que se me ocurrió fue mostrarle la taza con el jabón, se había sentado en la cama y después de aclararse la voz dijo: «Se le olvida la taza con el jabón», muy seriamente y con un tono de hombre grande. Volví a buscar la taza y un poco para que se calmara le pasé la mano por la mejilla. «No te aflijas, Pablito», le dije. «Todo irá bien, es una operación de nada». Cuando lo toqué echó la cabeza atrás como ofendido, y después resbaló hasta esconder la boca en el borde de las frazadas. Desde ahí, ahogadamente, dijo: «Puedo llamarla Cora, ¿verdad?» Soy demasiado buena, casi me dio lástima tanta vergüenza que buscaba desquitarse por otro lado, pero sabía que no era el caso de ceder porque después me resultaría difícil dominarlo, y a un enfermo hay que dominarlo o es lo de siempre, los líos de María Luisa en la pieza catorce o los retos del doctor De Luisi que tiene un olfato de perro para esas cosas. «Señorita Cora», me dijo tomando la taza y yéndose. Me dio una rabia, unas ganas de pegarle, de saltar de la cama y echarla a empujones, o de... Ni siquiera comprendo cómo pude decirle: «Si yo estuviera sano a lo mejor me trataría de otra manera». Se hizo la que no oía, ni siquiera dio vuelta la cabeza, y me quedé solo y sin ganas de leer, sin ganas de nada, en el fondo hubiera querido que me contestara enojada para poder pedirle disculpas porque en realidad no era lo que yo había pensado decirle, tenía la garganta tan cerrada que no sé cómo me habían salido las palabras, se lo había dicho de pura rabia pero no era eso, o a lo mejor sí pero de otra manera.

Y sí, son siempre lo mismo, una los acaricia, les dice una frase amable, y ahí nomás asoma el machito, no quieren convencerse de que todavía son unos mocosos. Esto tengo que contárselo a Marcial, se va a divertir y

cuando mañana lo vea en la mesa de operaciones le va a hacer todavía más gracia, tan tiernito el pobre con esa carucha arrebolada, maldito calor que me sube por la piel, cómo podría hacer para que no me pase eso, a lo mejor respirando hondo antes de hablar, que sé yo. Se debe haber ido furiosa, estoy seguro de que escuchó perfectamente, no sé cómo le dije eso, yo creo que cuando le pregunté si podía llamarla Cora no se enojó, me dijo lo de señorita porque es su obligación pero no estaba enojada, la prueba es que vino y me acarició la cara; pero no, eso fue antes, primero me acarició y entonces yo le dije lo de Cora y lo eché todo a perder. Ahora estamos peor que antes y no voy a poder dormir aunque me den un tubo de pastillas. La barriga me duele de a ratos, es raro pasarse la mano y sentirse tan liso, lo malo es que me vuelvo a acordar de todo y del perfume de almendras, la voz de Cora, tiene una voz muy grave para una chica tan joven y linda, una voz como de cantante de boleros, algo que acaricia aunque esté enojada. Cuando oí pasos en el corredor me acosté del todo y cerré los ojos, no quería verla, no me importaba verla, mejor que me dejara en paz, sentí que entraba y que encendía la luz del cielo raso, se hacía el dormido como un angelito, con una mano tapándose la cara, y no abrió los ojos hasta que llegué al lado de la cama. Cuando vio lo que traía se puso tan colorado que me volvió a dar lástima y un poco de risa, era demasiado idiota realmente. «A ver, m'hijito, bájese el pantalón y dese vuelta para el otro lado», y el pobre a punto de patalear como haría con la mamá cuando tenía cinco años, me imagino, a decir que no y a llorar y a meterse debajo de las cobijas y a chillar, pero el pobre no podía hacer nada de eso ahora, solamente se había quedado mirando el irrigador y

después a mí que esperaba, y de golpe se dio vuelta y empezó a mover las manos debajo de las frazadas pero no atinaba a nada mientras yo colgaba el irrigador en la cabecera, tuve que bajarle las frazadas y ordenarle que levantara un poco el trasero para correrle mejor el pantalón y deslizarle una toalla. «A ver, subí un poco las piernas, así está bien, echate más de boca, te digo que te eches más de boca, así». Tan callado que era casi como si gritara, por una parte me hacía gracia estarle viendo el culito a mi joven admirador, pero de nuevo me daba un poco de lástima por él, era realmente como si lo estuviera castigando por lo que me había dicho. «Avisá si está muy caliente», le previne, pero no contestó nada, debía estar mordiéndose un puño y yo no quería verle la cara y por eso me senté al borde de la cama y esperé a que dijera algo, pero aunque era mucho líquido lo aguantó sin una palabra hasta el final, y cuando terminó le dije, y eso sí se lo dije para cobrarme lo de antes: «Así me gusta, todo un hombrecito», y lo tapé mientras le recomendaba que aguantase lo más posible antes de ir al baño. «¿Querés que te apague la luz o te la dejo hasta que te levantes?», me preguntó desde la puerta. No sé cómo alcancé a decirle que era lo mismo, algo así, y escuché el ruido de la puerta al cerrarse y entonces me tapé la cabeza con las frazadas y qué le iba a hacer, a pesar de los cólicos me mordí las dos manos y lloré tanto que nadie, nadie puede imaginarse lo que lloré mientras la maldecía y la insultaba y le clavaba un cuchillo en el pecho cinco, diez, veinte veces, maldiciéndola cada vez y gozando de lo que sufría y de cómo me suplicaba que la perdonase por lo que me había hecho.

Es lo de siempre, che Suárez, uno corta y abre, y en una de esas la gran sorpresa. Claro que a la edad del pibe tiene todas las chances a su favor, pero lo mismo le voy a hablar claro al padre, no sea cosa que en una de esas tengamos un lío. Lo más probable es que haya una buena reacción, pero ahí hay algo que falla, pensá en lo que pasó al comienzo de la anestesia: parece mentira en un pibe de esa edad. Lo fui a ver a las dos horas y lo encontré bastante bien si pensás en lo que duró la cosa. Cuando entró el doctor De Luisi yo estaba secándole la boca al pobre, no terminaba de vomitar y todavía le duraba la anestesia pero el doctor lo auscultó lo mismo y me pidió que no me moviera de su lado hasta que estuviera bien despierto. Los padres siguen en la otra pieza, la buena señora se ve que no está acostumbrada a estas cosas, de golpe se le acabaron las paradas, y el viejo parece un trapo. Vamos, Pablito, vomitá si tenés ganas y quejate todo lo que quieras, yo estoy aquí, sí, claro que estoy aquí, el pobre sigue dormido pero me agarra la mano como si se estuviera ahogando. Debe creer que soy la mamá, todos creen eso, es monótono. Vamos, Pablo, no te muevas así, quieto que te va a doler más, no, dejá las manos tranquilas, ahí no te podes tocar. Al pobre le cuesta salir de la anestesia. Marcial me dijo que la operación había sido muy larga. Es raro, habrán encontrado alguna complicación: a veces el apéndice no está tan a la vista, le voy a preguntar a Marcial esta noche. Pero sí, m'hijito, estoy aquí, quéjese todo lo que quiera pero no se mueva tanto, yo le voy a mojar los labios con este pedacito de hielo en una gasa, así se le va pasando la sed. Si, querido, vomitá más, aliviate todo lo que quieras. Qué fuerza tenés en las manos, me vas a llenar de moretones, sí, sí, llorá

si tenés ganas, llorá, Pablito, eso alivia, llorá y quejate, total estás tan dormido y creés que soy tu mamá. Sos bien bonito, sabés, con esa nariz un poco respingada y esas pestañas como cortinas, parecés mayor ahora que estás tan pálido. Ya no te pondrías colorado por nada, verdad, mi pobrecito. Me duele, mamá, me duele aquí, dejame que me saque ese peso que me han puesto, tengo algo en la barriga que pesa tanto y me duele, mamá, decile a la enfermera que me saque eso. Sí, m'hijito, ya se le va a pasar, quédese un poco quieto, por qué tendrás tanta fuerza, voy a tener que llamar a María Luisa para que me ayude. Vamos, Pablo, me enojo si no te estás quieto, te va a doler mucho más si seguís moviéndote tanto. Ah, parece que empezás a darte cuenta, me duele aquí, señorita Cora, me duele tanto aquí, hágame algo por favor, me duele tanto aquí, suélteme las manos, no puedo más, señorita Cora, no puedo más.

Menos mal que se ha dormido el pobre querido, la enfermera me vino a buscar a las dos y media y me dijo que me quedara un rato con él que ya estaba mejor, pero lo veo tan pálido, ha debido perder tanta sangre, menos mal que el doctor De Luisi dijo que todo había salido bien. La enfermera estaba cansada de luchar con él, yo no entiendo por qué no me hizo entrar antes, en esta clínica son demasiado severos. Ya es casi de noche y el nene ha dormido todo el tiempo, se ve que está agotado, pero me parece que tiene mejor cara, un poco de color. Todavía se queja de a ratos pero ya no quiere tocarse el vendaje y respira tranquilo, creo que pasará bastante buena noche. Como si yo no supiera lo que tengo que hacer, pero era inevitable; apenas se le pasó el primer susto a la buena señora le salieron otra vez los desplantes de patrona, por favor que al nene no le vaya a faltar nada por

la noche, señorita. Decí que te tengo lástima, vieja estúpida, si no ya ibas a ver cómo te trataba. Las conozco a éstas, creen que con una buena propina el último día lo arreglan todo. Y a veces la propina ni siquiera es buena, pero para qué seguir pensando, ya se mandó mudar y todo está tranquilo. Marcial, quedate un poco, no ves que el chico duerme, contame lo que pasó esta mañana. Bueno, si estás apurado lo dejamos para después. No, mirá que puede entrar María Luisa, aquí no, Marcial. Claro, el señor se sale con la suya, ya te he dicho que no quiero que me beses cuando estoy trabajando, no está bien. Parecería que no tenemos toda la noche para besarnos, tonto. Andate. Váyase le digo, o me enojo. Bobo, pajarraco. Sí, querido, hasta luego. Claro que sí. Muchísimo.

Está muy oscuro pero es mejor, no tengo ni ganas de abrir los ojos. Casi no me duele, qué bueno estar así respirando despacio, sin esas náuseas. Todo está tan callado, ahora me acuerdo que vi a mamá, me dijo no sé qué, yo me sentía tan mal. Al viejo lo miré apenas, estaba a los pies de la cama y me guiñaba un ojo, el pobre siempre el mismo. Tengo un poco de frío, me gustaría otra frazada. Señorita Cora, me gustaría otra frazada. Pero sí estaba ahí, apenas abrí los ojos la vi sentada al lado de la ventana leyendo un revista. Vino en seguida y me arropó, casi no tuve que decirle nada porque se dio cuenta en seguida. Ahora me acuerdo, yo creo que esta tarde la confundía con mamá y que ella me calmaba, o a lo mejor estuve soñando. ¿Estuve soñando, señorita Cora? Usted me sujetaba las manos, ¿verdad? Yo decía tantas pavadas, pero es que me dolía mucho, y las náuseas... Discúlpeme, no debe ser nada lindo ser enfermera. Sí, usted se ríe pero yo sé, a lo mejor la manché y todo. Bueno,

no hablaré más. Estoy tan bien así, ya no tengo frío. No, no me duele mucho, un poquito solamente. ¿Es tarde, señorita Cora? Sh, usted se queda calladito ahora, ya le he dicho que no puede hablar mucho, alégrese de que no le duela y quédese bien quieto. No, no es tarde, apenas las siete. Cierre los ojos y duerma. Así. Duérmase ahora.

Sí, yo querría pero no es tan fácil. Por momentos me parece que me voy a dormir, pero de golpe la herida me pega un tirón o todo me da vueltas en la cabeza, y tengo que abrir los ojos y mirarla, está sentada al lado de la ventana y ha puesto la pantalla para leer sin que me moleste la luz. ¿Por qué se quedará aquí todo el tiempo? Tiene un pelo precioso, le brilla cuando mueve la cabeza. Y es tan joven, pensar que hoy la confundí con mamá, es increíble. Vaya a saber qué cosas le dije, se debe haber reído otra vez de mí. Pero me pasaba hielo por la boca, eso me aliviaba tanto, ahora me acuerdo, me puso agua colonia en la frente y en el pelo, y me sujetaba las manos para que no me arrancara el vendaje. Ya no está enojada conmigo, a lo mejor mamá le pidió disculpas o algo así, me miraba de otra manera cuando me dijo: «Cierre los ojos y duérmase». Me gusta que me mire así, parece mentira lo del primer día cuando me quitó los caramelos. Me gustaría decirle que es tan linda, que no tengo nada contra ella, al contrario, que me gusta que sea ella la que me cuida de noche y no la enfermera chiquita. Me gustaría que me pusiera otra vez agua colonia en el pelo. Me gustaría que me pidiera perdón, que me dijera que la puedo llamar Cora.

Se quedó dormido un buen rato, a las ocho calculé que el doctor De Luisi no tardaría y lo desperté para tomarle la temperatura. Tenía

mejor cara y le había hecho bien dormir. Apenas vio el termómetro sacó una mano fuera de las cobijas, pero le dije que se estuviera quieto. No quería mirarlo en los ojos para que no sufriera pero lo mismo se puso colorado y empezó a decir que él podía muy bien solo. No le hice caso, claro, pero estaba tan tenso el pobre que no me quedó más remedio que decirle: «Vamos, Pablo, ya sos un hombrecito, no te vas a poner así cada vez, ¿verdad?" Es lo de siempre, con esa debilidad no pudo contener las lágrimas; haciéndome la que no me daba cuenta anoté la temperatura y me fui a prepararle la inyección. Cuando volvió yo me había secado los ojos con la sábana y tenía tanta rabia contra mí mismo que hubiera dado cualquier cosa por poder hablar, decirle que no me importaba, que en realidad no me importaba pero que no lo podía impedir. «Esto no duele nada», me dijo con la jeringa en la mano. «Es para que duermas bien toda la noche». Me destapó y otra vez sentí que me subía la sangre a la cara, pero ella se sonrió un poco y empezó a frotarme el muslo con un algodón mojado. «No duele nada», le dije porque algo tenía que decirle, no podía ser que me quedara así mientras ella me estaba mirando. «Ya ves», me dijo sacando la aguja y frotándome con el algodón. «Ya ves que no duele nada. Nada te tiene que doler, Pablito». Me tapó y me pasó la mano por la cara. Yo cerré los ojos y hubiera querido estar muerto, estar muerto y que ella me pasara la mano por la cara, llorando.

Nunca entendí mucho a Cora pero esta vez se fue a la otra banda. La verdad que no me importa si no entiendo a las mujeres. Lo único que vale la

pena es que lo quieran a uno. Si están nerviosas, si se hacen problema por cualquier macana, bueno nena, ya está, deme un beso y se acabó. Se ve que todavía es tiernita, va a pasar un buen rato antes de que aprenda a vivir en este oficio maldito, la pobre apareció esta noche con una cara rara y me costó media hora hacerle olvidar esas tonterías. Todavía no ha encontrado la manera de buscarle la vuelta a algunos enfermos, ya le pasó con la vieja del veintidós pero yo creía que desde entonces habría aprendido un poco, y ahora este pibe le vuelve a dar dolores de cabeza. Estuvimos tomando mate en mi cuarto a eso de las dos de la mañana, después fue a darle la inyección y cuando volvió estaba de mal humor, no quería saber nada conmigo. Le queda bien esa carucha de enojada, de tristona, de a poco se la fui cambiando, y al final se puso a reír y me contó, a esa hora me gusta tanto desvestirla y sentir que tiembla un poco como si tuviera frío. Debe ser muy tarde, Marcial. Ah, entonces puedo quedarme un rato todavía, la otra inyección le toca a las cinco y media, la galleguita no llega hasta las seis. Perdoname, Marcial, soy una boba, mirá que preocuparme tanto por ese mocoso, al fin y al cabo lo tengo dominado pero de a ratos me da lástima, a esa edad son tan tontos, tan orgullosos, si pudiera le pediría al doctor Suárez que me cambiara, hay dos operados en el segundo piso, gente grande, uno les pregunta tranquilamente si han ido de cuerpo, les alcanza la chata, los limpia si hace falta, todo eso charlando del tiempo o de la política, es un ir y venir de cosas naturales, cada uno está en lo suyo, Marcial, no como aquí, comprendés. Sí, claro que hay que hacerse a todo, cuántas veces me van a tocar chicos de esa edad, es una cuestión de técnica como decís vos. Sí, querido, claro. Pero es que

todo empezó mal por culpa de la madre, eso no se ha borrado, sabés, desde el primer minuto hubo como un malentendido, y el chico tiene su orgullo y le duele, sobre todo que al principio no se daba cuenta de todo lo que iba a venir y quiso hacerse el grande, mirarme como si fueras vos, como un hombre. Ahora ya ni le puedo preguntar si quiere hacer pis, lo malo es que sería capaz de aguantarse toda la noche si yo me quedara en la pieza. Me da risa cuando me acuerdo, quería decir que sí y no se animaba, entonces me fastidió tanta tontería y lo obligué para que aprendiera a hacer pis sin moverse, bien tendido de espaldas. Siempre cierra los ojos en esos momentos pero es casi peor, está a punto de llorar o de insultarme, está entre las dos cosas y no puede, es tan chico, Marcial, y esa buena señora que lo ha de haber criado como un tilinguito, el nene de aquí y el nene de allá, mucho sombrero y saco entallado pero en el fondo el bebé de siempre, el tesorito de mamá. Ah, y justamente le vengo a tocar yo, el alto voltaje como decís vos, cuando hubiera estado tan bien con María Luisa que es idéntica a su tía y que lo hubiera limpiado por todos lados sin que se le subieran los colores a la cara. No, la verdad, no tengo suerte, Marcial.

Estaba soñando con la clase de francés cuando encendió la luz del velador, lo primero que le veo es siempre el pelo, será porque se tiene que agachar para las inyecciones o lo que sea, el pelo cerca de mi cara, una vez me hizo cosquillas en la boca y huele tan bien, y siempre se sonríe un poco cuando me está frotando con el algodón, me frotó un rato largo antes de pincharme y yo le miraba la mano tan segura que iba apretando de a poco la jeringa, el líquido amarillo que entraba despacio,

haciéndome doler. «No, no me duele nada». Nunca le podré decir: «No me duele nada, Cora». Y no le voy a decir señorita Cora, no se lo voy a decir nunca. Le hablaré lo menos que pueda y no la pienso llamar señorita Cora aunque me lo pida de rodillas. No, no me duele nada. No, gracias, me siento bien, voy a seguir durmiendo. Gracias.

Por suerte ya tiene de nuevo sus colores pero todavía está muy decaído, apenas si pudo darme un beso, y a tía Esther casi no la miró y eso que le había traído las revistas y una corbata preciosa para el día en que lo llevemos a casa. La enfermera de la mañana es un amor de mujer, tan humilde, con ella sí da gusto hablar, dice que el nene durmió hasta las ocho y que bebió un poco de leche, parece que ahora van a empezar a alimentarlo, tengo que decirle al doctor Suárez que el cacao le hace mal, o a lo mejor su padre ya se lo dijo porque estuvieron hablando un rato. Si quiere salir un momento, señora, vamos a ver cómo anda este hombre. Usted quédese, señor Morán, es que a la mamá le puede hacer impresión tanto vendaje. Vamos a ver un poco, compañero. ¿Ahí duele? Claro, es natural. Y ahí, decime si ahí te duele o solamente está sensible. Bueno, vamos muy bien, amiguito. Y así cinco minutos, si me duele aquí, si estoy sensible más acá, y el viejo mirándome la barriga como si me la viera por primera vez. Es raro pero no me siento tranquilo hasta que se van, pobres viejos tan afligidos pero qué le voy a hacer, me molestan, dicen siempre lo que no hay que decir, sobre todo mamá, y menos mal que la enfermera chiquita parece sorda y le aguanta todo con esa cara de esperar propina que tiene la pobre. Mirá que venir a jorobar con lo del cacao, ni que yo fuese un niño de pecho. Me dan unas ganas de dormir

cinco días seguidos sin ver a nadie, sobre todo sin ver a Cora, y despertarme justo cuando me vengan a buscar para ir a casa. A lo mejor habrá que esperar unos días más, señor Morán, ya sabrá por De Luisi que la operación fue más complicada de lo previsto, a veces hay pequeñas sorpresas. Claro que con la constitución de ese chico yo creo que no habrá problema, pero mejor dígale a su señora que no va a ser cosa de una semana como se pensó al principio. Ah, claro, bueno, de eso usted hablará con el administrador, son cosas internas. Ahora vos fijate si no es mala suerte, Marcial, anoche te lo anuncié, esto va a durar mucho más de lo que pensábamos. Sí, ya sé que no importa pero podrías ser un poco más comprensivo, sabés muy bien que no me hace feliz atender a ese chico, y a él todavía menos, pobrecito. No me mirés así, por qué no le voy a tener lástima. No me mirés así.

Nadie me prohibió que leyera pero se me caen las revistas de la mano, y eso que tengo dos episodios por terminar y todo lo que me trajo tía Esther. Me arde la cara, debo de tener fiebre o es que hace mucho calor en esta pieza, le voy a pedir a Cora que entorne un poco la ventana o que me saque una frazada. Quisiera dormir, es lo que más me gustaría, que ella estuviese allí sentada leyendo una revista y yo durmiendo sin verla, sin saber que esta allí, pero ahora no se va a quedar más de noche, ya pasó lo peor y me dejarán solo. De tres a cuatro creo que dormí un rato, a las cinco justas vino con un remedio nuevo, unas gotas muy amargas. Siempre parece que se acaba de bañar y cambiar, está tan fresca y huele a talco perfumado, a lavanda. «Este remedio es muy feo, ya sé», me dijo, y se sonreía para animarme. «No, es un poco amargo, nada más», le dije.

«¿Cómo pasaste el día?», me preguntó, sacudiendo el termómetro. Le dije que bien, que durmiendo, que el doctor Suárez me había encontrado mejor, que no me dolía mucho. «Bueno, entonces podés trabajar un poco», me dijo dándome el termómetro. Yo no supe qué contestarle y ella se fue a cerrar las persianas y arregló los frascos en la mesita mientras yo me tomaba la temperatura. Hasta tuve tiempo de echarle un vistazo al termómetro antes de que viniera a buscarlo. «Pero tengo muchísima fiebre», me dijo como asustado. Era fatal, siempre seré la misma estúpida, por evitarle el mal momento le doy el termómetro y naturalmente el muy chiquilín no pierde tiempo en enterarse de que está volando de fiebre. «Siempre es así los primeros cuatro días, y además nadie te mandó que miraras», le dije, más furiosa contra mí que contra él. Le pregunté si había movido el vientre y me dijo que no. Le sudaba la cara, se la sequé y le puse un poco de agua colonia; había cerrado los ojos antes de contestarme y no los abrió mientras yo lo peinaba un poco para que no le molestara el pelo en la frente. Treinta y nueve y nueve era mucha fiebre, realmente. «Tratá de dormir un rato», le dije, calculando a qué hora podría avisarle al doctor Suárez. Sin abrir los ojos hizo un gesto como de fastidio, y articulando cada palabra me dijo: «Usted es mala conmigo, Cora». No atiné a contestarle nada, me quedé a su lado hasta que abrió los ojos y me miró con toda su fiebre y toda su tristeza. Casi sin darme cuenta estiré la mano y quise hacerle una caricia en la frente, pero me rechazó de un manotón y algo debió tironearle en la herida porque se crispó de dolor. Antes de que pudiera reaccionar me dijo en voz muy baja: «Usted no sería así conmigo si me hubiera conocido en otra parte». Estuve al borde de soltar

una carcajada, pero era tan ridículo que me dijera eso mientras se le llenaban los ojos de lágrimas que me pasó lo de siempre, me dio rabia y casi miedo, me sentí de golpe como desamparada delante de ese chiquilín pretencioso. Conseguí dominarme (eso se lo debo a Marcial, me ha enseñado a controlarme y cada vez lo hago mejor), y me enderecé como si no hubiera sucedido nada, puse la toalla en la percha y tapé el frasco de agua colonia. En fin, ahora sabíamos a qué atenernos, en el fondo era mucho mejor así. Enfermera, enfermo, y pare de contar. Que el agua colonia se la pusiera la madre, yo tenía otras cosas que hacerle y se las haría sin más contemplaciones. No sé por qué me quedé más de lo necesario. Marcial me dijo cuando se lo conté que había querido darle la oportunidad de disculparse, de pedir perdón. No sé, a lo mejor fue eso o algo distinto, a lo mejor me quedé para que siguiera insultándome, para ver hasta dónde era capaz de llegar. Pero seguía con los ojos cerrados y el sudor le empapaba la frente y las mejillas, era como si me hubiera metido en agua hirviendo, veía manchas violeta y rojas cuando apretaba los ojos para no mirarla sabiendo que todavía estaba allí, y hubiera dado cualquier cosa para que se agachara y volviera a secarme la frente como si yo no le hubiera dicho eso, pero ya era imposible, se iba a ir sin hacer nada, sin decirme nada, y yo abriría los ojos y encontraría la noche, el velador, la pieza vacía, un poco de perfume todavía, y me repetiría diez veces, cien veces, que había hecho bien en decirle lo que le había dicho, para que aprendiera, para que no me tratara como a un chico, para que me dejara en paz, para que no se fuera.

Empiezan siempre a la misma hora, entre seis y siete de la mañana, debe ser una pareja que anida en las cornisas del patio, un palomo que arrulla y la paloma que le contesta, al rato se cansan, se lo dije a la enfermera chiquita que viene a lavarme y a darme el desayuno, se encogió de hombros y dijo que ya otros enfermos se habían quejado de las palomas pero que el director no quería que las echaran. Ya ni sé cuánto hace que las oigo, las primeras mañanas estaba demasiado dormido o dolorido para fijarme, pero desde hace tres días escucho a las palomas y me entristecen, quisiera estar en casa oyendo ladrar a Milord, oyendo a tía Esther que a esta hora se levanta para ir a misa. Maldita fiebre que no quiere bajar, me van a tener aquí hasta quién sabe cuándo, se lo voy a preguntar al doctor Suárez esta misma mañana, al fin y al cabo podría estar lo más bien en casa. Mire, señor Morán, quiero ser franco con usted, el cuadro no es nada sencillo. No, señorita Cora, prefiero que usted siga atendiendo a ese enfermo, y le voy a decir por qué. Pero entonces. Marcial... Vení, te voy a hacer un café bien fuerte, mirá que sos potrilla todavía, parece mentira. Escuchá, vieja, he estado hablando con el doctor Suárez, y parece que el pibe...

Por suerte después se callan, a lo mejor se van volando por ahí, por toda la ciudad, tienen suerte las palomas. Qué mañana interminable, me alegré cuando se fueron los viejos, ahora les da por venir más seguido desde que tengo tanta fiebre. Bueno, si me tengo que quedar cuatro o cinco días más aquí, qué importa. En casa sería mejor, claro, pero lo mismo tendría fiebre y me sentiría tan mal de a ratos. Pensar que no puedo ni mirar una revista, es una debilidad como si no me quedara

sangre. Pero todo es por la fiebre, me lo dijo anoche el doctor De Luisi y el doctor Suárez me lo repitió esta mañana, ellos saben. Duermo mucho pero lo mismo es como si no pasara el tiempo, siempre es antes de las tres como si a mí me importaran las tres o las cinco. Al contrario, a las tres se va la enfermera chiquita y es una lástima porque con ella estoy tan bien. Si me pudiera dormir de un tirón hasta la medianoche sería mucho mejor. Pablo, soy yo, la señorita Cora. Tu enfermera de la noche que te hace doler con las inyecciones. Ya sé que no te duele, tonto, es una broma. Seguí durmiendo si querés, ya está. Me dijo: «Gracias» sin abrir los ojos, pero hubiera podido abrirlos, sé que con la galleguita estuvo charlando a mediodía aunque le han prohibido que hable mucho. Antes de salir me di vuelta de golpe y me estaba mirando, sentí que todo el tiempo me había estado mirando de espaldas. Volví y me senté al lado de la cama, le tomé el pulso, le arreglé las sábanas que arrugaba con sus manos de fiebre. Me miraba el pelo, después bajaba la vista y evitaba mis ojos. Fui a buscar lo necesario para prepararlo y me dejó hacer sin una palabra, con los ojos fijos en la ventana, ignorándome. Vendrían a buscarlo a las cinco y media en punto, todavía le quedaba un rato para dormir, los padres esperaban en la planta baja porque le hubiera hecho impresión verlos a esa hora. El doctor Suárez iba a venir un rato antes para explicarle que tenían que completar la operación, cualquier cosa que no lo inquietara demasiado. Pero en cambio mandaron a Marcial, me tomó de sorpresa verlo entrar así pero me hizo una seña para que no me moviera y se quedó a los pies de la cama leyendo la hoja de temperatura hasta que Pablo se acostumbrara a su presencia. Le empezó a

hablar un poco en broma, armó la conversación como él sabe hacerlo, el frío en la calle, lo bien que se estaba en ese cuarto, él lo miraba sin decir nada, como esperando, mientras yo me sentía tan rara, hubiera querido que Marcial se fuera y me dejara sola con él, yo hubiera podido decírselo mejor que nadie, aunque quizá no, probablemente no. Pero si ya lo sé, doctor, me van a operar de nuevo, usted es el que me dio la anestesia la otra vez, y bueno, mejor eso que seguir en esta cama y con esta fiebre. Yo sabía que al final tendrían que hacer algo, por qué me duele tanto desde ayer, un dolor diferente, desde más adentro. Y usted, ahí sentada, no ponga esa cara, no se sonría como si me viniera a invitar al cine. Váyase con él y béselo en el pasillo, tan dormido no estaba la otra tarde cuando usted se enojó con él porque la había besado aquí. Váyanse los dos, déjenme dormir, durmiendo no me duele tanto.

Y bueno, pibe, ahora vamos a liquidar este asunto de una vez por todas, hasta cuándo nos vas a estar ocupando una cama, che. Contá despacito, uno, dos, tres. Así va bien, vos seguí contando y dentro de una semana estás comiendo un bife jugoso en casa. Un cuarto de hora a gatas, nena, y vuelta a coser. Había que verle la cara a De Luisi, uno no se acostumbra nunca del todo a estas cosas. Mirá, aproveché para pedirle a Suárez que te relevaran como vos querías, le dije que estás muy cansada con un caso tan grave; a lo mejor te pasan al segundo piso si vos también le hablás. Está bien, hacé como quieras, tanto quejarte la otra noche y ahora te sale la samaritana. No te enojés conmigo, lo hice por vos. Sí, claro que lo hizo por mí pero perdió el tiempo, me voy a quedar con él esta noche y

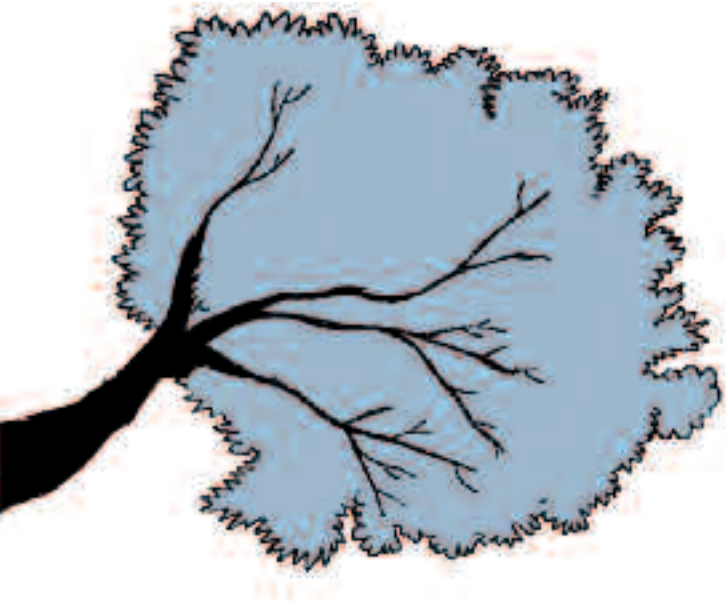
todas las noches. Empezó a despertarse a las ocho y media, los padres se fueron en seguida porque era mejor que no los viera con la cara que tenían los pobres, y cuando llegó el doctor Suárez me preguntó en voz baja si quería que me relevara María Luisa, pero le hice una seña de que me quedaba y se fue. María Luisa me acompañó un rato porque tuvimos que sujetarlo y calmarlo, después se tranquilizó de golpe y casi no tuvo vómitos; está tan débil que se volvió a dormir sin quejarse mucho hasta las diez. Son las palomas, vas a ver, mamá, ya están arrullando como todas las mañanas, no sé por qué no las echan, que se vuelen a otro árbol. Dame la mano, mamá, tengo tanto frío. Ah, entonces estuve soñando, me parecía que ya era de mañana y que estaban las palomas. Perdóneme, la confundí con mamá. Otra vez desviaba la mirada, se volvía a su encono, otra vez me echaba a mí toda la culpa. Lo atendí como si no me diera cuenta de que seguía enojado, me senté junto a él y le mojé los labios con hielo. Cuando me miró, después que le puse agua colonia en las manos y la frente, me acerqué más y le sonreí. «Llamame Cora», le dije. «Yo sé que no nos entendimos al principio, pero vamos a ser tan buenos amigos, Pablo». Me miraba callado. «Decime: Sí, Cora». Me miraba, siempre. «Señorita Cora», dijo después, y cerró los ojos. «No, Pablo, no», le pedí, besándolo en la mejilla, muy cerca de la boca. «Yo voy a ser Cora para vos, solamente para vos». Tuve que echarme atrás, pero lo mismo me salpicó la cara. Lo sequé, le sostuve la cabeza para que se enjuagara la boca, lo volví a besar hablándole al oído. «Discúlpeme», dijo con un hilo de voz, «no lo pude contener». Le dije que no fuera tonto, que para eso estaba yo cuidándolo, que vomitara todo lo que quisiera

para aliviarse. «Me gustaría que viniera mamá», me dijo, mirando a otro lado con los ojos vacíos. Todavía le acaricié un poco el pelo, le arreglé las frazadas esperando que me dijera algo, pero estaba muy lejos y sentí que lo hacía sufrir todavía más si me quedaba. En la puerta me volví y esperé; tenía los ojos muy abiertos, fijos en el cielo raso. «Pablito», le dije. «Por favor, Pablito. Por favor, querido». Volví hasta la cama, me agaché para besarlo; olía a frío, detrás del agua colonia estaba el vómito, la anestesia. Si me quedo un segundo más me pongo a llorar delante de él, por él. Lo besé otra vez y salí corriendo, bajé a buscar a la madre y a María Luisa; no quería volver mientras la madre estuviera allí, por lo menos esa noche no quería volver y después sabía demasiado bien que no tendría ninguna necesidad de volver a ese cuarto, que Marcial y María Luisa se ocuparían de todo hasta que el cuarto quedara otra vez libre.

Notas del Capítulo V

13. El cuento "Los venenos" pertenece al libro *Final del juego* de Julio Cortázar, editorial Alfaguara, Buenos Aires, 1976.
14. El cuento "Final del juego" pertenece al libro de Julio Cortázar *Final del juego*, editorial Alfaguara, Buenos Aires, 1976.
15. El cuento "Discurso del oso" pertenece al libro de Julio Cortázar *Historias de cronopios y de famas,* editorial Alfaguara, Buenos Aires, 1966.
16. El cuento "La señorita Cora" pertenece al libro de Julio Cortázar *Todos los fuegos, el fuego*, editorial Alfaguara, Buenos Aires, 1966.

la infancia tiene un lugar en la política
LA VIDA POR
VOTE A 1
PRESIDENTE



Capítulo VI

La infancia tiene un lugar en la política

Es difícil imaginar Letras de Infancias en Latinoamérica *sin aludir, al menos en Argentina, a la relación entre niñez y peronismo. Los trayectos del gobierno popular pusieron a las infancias en un nivel protagónico. Y más allá de la adhesión o no al proyecto político, es dable reconocer que durante el primer gobierno del presidente Juan Domingo Perón (1946-1952) se concretaron derechos, espacios físicos y beneficios puntuales para las infancias bajo el lema "los únicos privilegiados son los niños". El argentino Osvaldo Soriano (1943-1997) escribió relatos acerca de su propia infancia donde la realidad mencionada está muy presente, ya sea por los regalos que recibió alguna vez, ya sea por la oposición de su padre al gobierno peronista y, en definitiva, por la reconstrucción de la mirada infantil hacia ese escenario y el vuelo imaginativo puesto en juego. Como sintetiza el narrador en el cuento "Aquel peronismo de juguete":* "Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza".

Heredero de la tradición del grupo Boedo en relación con el pensamiento social, Soriano recrea, hurga en los sentimientos y anuda características y

rasgos básicos que permiten revivir infancias de libro de lectura o como las de la canción "Aurora" y, al mismo tiempo, de potrero, fútbol y melancolía. No es posible adjudicar a su obra sólo el adjetivo "costumbrista". Tanto los cuentos como las novelas, algunas de la cuales fueron llevadas al cine con gran éxito, como No habrá más penas ni olvido *(1978) o* Cuarteles de invierno *(1980), dan en la tecla exacta de los sueños y frustraciones del argentino medio.*

El libro Cuentos de los años felices *(1993) evoca no sólo la infancia del escritor sino rasgos típicos de las infancias de la época, los años 40 y 50: la figura del padre imponiendo respeto, la madre sumisa, las condiciones del empleo público y las contradicciones con respecto al peronismo. Todo en tono de recuerdo, en primera persona y con la mágica nostalgia de una felicidad que se siente como muy lejana. De ese libro de relatos hemos seleccionado tres cuentos: "Otoño del 53", "Aquel peronismo de juguete" y "Juguetes".*

Otoño del 53[17]

Osvaldo
Soriano

SALIMOS TEMPRANO DE NEUQUÉN, en un ómnibus todo destartalado, indigno de la acción patriótica que nos había encomendado el General Perón. Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre y en todos los mapas del mundo. La nuestra era, creíamos, una misión patriótica que quedaría para siempre en los libros de Historia y allí íbamos, jubilosos y cantando entre montañas y bosques de tarjeta postal.

Era el lejano otoño de 1953 y yo tenía diez años. En los recreos de la escuela jugábamos a la guerra soñando con las batallas de las películas en blanco y negro, donde había buenos y malos, héroes y traidores. La Argentina nunca había peleado contra nadie y no sabíamos cómo era una guerra de verdad. Lo nuestro, lo que nos ocupaba entonces, era la escuela, que yo detestaba, y la Copa Infantil Evita, que nuestro equipo acababa de ganar en una final contra los de Buenos Aires.

A poco de salir pasó exactamente lo que el jorobado Toledo dijo que iba a pasar. El ómnibus era tan viejo que no aguantaba el peso de los veintisiete pasajeros, las valijas y los tanques de combustible que llevábamos de repuesto para atravesar el desierto. El jorobado había dicho que las gomas del Ford se iban a reventar y no bien entramos a vadear el río, explotó la primera.

El profesor Seguetti, que era el director de la escuela, iba en el primer asiento, rodeado de funcionarios de la provincia y la nación. Los chicos

habíamos pasado por la peluquería y los mayores iban todos de traje y gomina. En un cajón atado al techo del Ford había agua potable, conservas y carne guardada en sal. Teníamos que atravesar montañas, lagos y desiertos para llegar al Atlántico, donde nos esperaba un barco secreto que nos conduciría a las islas tan añoradas.

Como la rueda de auxilio estaba desinflada tuvimos que llamar a unos paisanos que pasaban a caballo para que nos ayudaran a arrastrar el ómnibus fuera del agua. Uno de los choferes, un italiano de nombre Luigi, le puso un parche sobre otro montón de parches y entre todos bombeamos el inflador hasta que la rueda volvió a ser redonda y nos internamos en las amarillas dunas del Chubut.

Cada tres o cuatro horas se reventaba la misma goma u otra igual y Luigi hacía maravillas al volante para impedir que el Ford, alocado, se cayera al precipicio. El otro chofer, un chileno petiso que decía conocer la región, llevaba un mapa del ejército editado en 1910 y que sólo él podía descifrar. Pero al tercer día, cuando cruzábamos un lago sobre una balsa, nos azotó un temporal de granizo y el mapa se voló con la mayoría de las provisiones. Los ríos que bajaban de la Cordillera venían embravecidos y resonaban como si estuviéramos a las puertas del infierno.

Al cuarto día nos alejamos de las montañas y avistamos una estancia abandonada que, según el chileno, estaba en la provincia de Santa Cruz. Luigi prendió unos leños para hacer un asado y se puso a reparar el radiador agujereado por un piedrazo. El profesor Seguetti, para lucirse delante de los funcionarios, nos hizo cantar el Himno Nacional y nos reunió para repasar las lecciones que habíamos aprendido sobre las Malvinas.

Sentados en las dunas, cerca del fuego, escuchamos lo mismo de siempre. En ese tiempo todavía creíamos que entre los pantanos y los pelados cerros de las islas había tesoros enterrados y petróleo para abastecer al mundo entero. Ya no recordábamos por qué las islas nos pertenecían ni cómo las habíamos perdido y lo único que nos importaba era ganarles el partido a los ingleses y que la noticia de nuestro triunfo diera la vuelta al mundo.

—Elemental, las Malvinas son de ustedes porque están más cerca de la Argentina que de Inglaterra —dijo Luigi mientras pasaba los primeros mates.

—No sé —porfió el chofer chileno—, también estén cerca del Uruguay.

El profesor Seguetti lo fulminó con la mirada. Los chilenos nunca nos tuvieron cariño y nos disputan las fronteras de la Patagonia, donde hay lagos de ensueño y bosques petrificados con ciervos y pájaros gigantes parecidos a los loros que hablan el idioma de los indios. Sentados en el suelo, en medio del desierto, Seguetti nos recordó al gaucho Rivero, que fue el último valiente que defendió las islas y terminó preso por contrabandista en un calabozo de Londres.

A los chicos todo eso nos emocionaba, y a medida que el profesor hablaba se nos agrandaba el corazón de sólo pensar que el general nos había elegido para ser los primeros argentinos en pisar Puerto Stanley.

El general Perón era sabio, sonreía siempre y tenía ideas geniales. Así nos lo habían enseñado en el colegio y lo decía la radio; ¡qué nos importaban las otras cosas! Cuando ganamos la Copa en Buenos Aires, el general vino a entregarla en persona, vestido de blanco, manejando una Vespa. Nos llamó por el nombre a todos, como si nos conociera de siempre, y

nos dio la mano igual que a los mayores. Me acuerdo de que al jorobado Tolosa, que iba de colado por ser hijo del comisario, lo vio tan desvalido, tan poca cosa, que se le acercó y le preguntó: "¿Vos qué vas a ser cuando seas grande, pibe?". Y el jorobado le contestó: "Peronista, mi general". Ahí nomás se ganó el viaje a las Malvinas.

De regreso a Río Negro, me pasé las treinta y seis horas de tren llorando porque Evita se había muerto antes de verme campeón. Yo la conocía por sus fotos de rubia y por los noticieros de cine. En cambio mi padre, después de cenar, cerraba las ventanas para que no lo oyeran los vecinos e insultaba el retrato que yo tenía en mi cuarto hasta que se quedaba sin aliento. Pero ahora estaba orgulloso porque en el pueblo le hablaban de su hijo que iba a ser el goleador de las Malvinas.

Seguimos a la deriva por caminos en los que no pasaba nadie y cada vez que avistábamos un lago creíamos que por fin llegábamos al mar, donde nos esperaba el barco secreto. Soportamos vientos y tempestades con el último combustible y poca comida, corridos por los pumas y escupidos por los guanacos. El ómnibus había perdido el capó, los paragolpes y todas las valijas que llevaba en el techo.

Seguetti y los funcionarios parecían piltrafas. El profesor desvariaba de fiebre y había olvidado la letra del Himno Nacional y el número exacto de islas que forman el archipiélago de Malvinas.

Una mañana, cuando Luigi se durmió al volante, el ómnibus se empantanó en un salitral interminable. Entonces ya nadie supo quién era quién, ni dónde diablos quedaban las gloriosas islas. En plena alucinación, Seguetti se tomó por el mismísimo general Perón y los funcionarios se creyeron ministros, y hasta Luigi dijo ser la reencarnación de Benito Mussolini. Desbordado por el horizonte vacío y el sol abrumador, Seguetti se trepó al mediodía al techo del Ford y empezó a gritar que había que pasar lista y contar a los pasajeros para saber cuántos hombres se le habían perdido en el camino.

Fue entonces cuando descubrimos al intruso.

Era un tipo canoso, de traje negro, con un lunar peludo en la frente y un libro de tapas negras bajo el brazo. Estaba en una hondonada y eso lo hacía parecer más petiso. No parecía muy hablador pero antes de que el profesor se recuperara de la sorpresa se presentó solo, con un vozarrón que desafiaba al viento.

—William Jones, de Malvinas —levantó el libro como si fuera un pasaporte—, apóstol del Señor Jesucristo en estos parajes.

Hablaba un castellano dificultoso y escupió un cascote de saliva y arena.

El profesor Seguetti lo miró alelado y saltó al suelo. Los funcionarios se asomaron a las ventanillas del ómnibus.

—¿De dónde? —preguntó el profesor que de a poco se iba animando a acercársele.

—De Port Stanley —respondió el tipo, que hablaba como John Wayne en la frontera mexicana—. Argentino hasta la muerte.

De golpe también los chicos empezamos a interesarnos en él.

No hay argentinos en las Malvinas —dijo Seguetti y se le arrimó hasta casi rozarle la nariz.

Jones levantó el libro y miró al horizonte manso sobre el que planeaban los chimangos.

—¡Cómo que no, si hasta me hicieron una fiesta cuando llegué! —dijo.

Entonces Seguetti se acordó de que nuestra ley dice que todos los nacidos en las Malvinas son argentinos, hablen lo que hablen y tengan la sangre que tengan.

Jones contó que había subido al ómnibus dos noches atrás en Bajo Caracoles, cuando paramos a cazar guanacos. Si no lo habíamos descubierto antes, dijo, había sido por gracia del Espíritu Santo que lo acompañaba a todas partes. Eso duró toda la noche porque nadie, entre nosotros, sabía inglés y Jones mezclaba los dos idiomas. Cada uno contaba su historia hablando para sí mismo y al final todos nos creíamos héroes de conquistas, capitanes de barcos fantasmas y emperadores aztecas. Luigi, que ahora hablaba en italiano, le preguntó si todavía estábamos muy lejos del Atlántico.

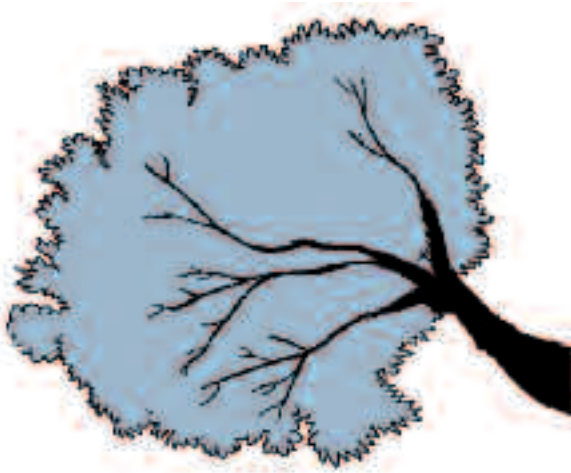
—Oh, very much! —gritó Jones y hasta ahí le entendimos. Luego siguió en inglés y cuando intentó el castellano fue para leernos unos pasajes de la Biblia que hablaban de Simón perdido en el desierto.

Al día siguiente todos caminamos rezando detrás de Jones y llegamos a un lugar de nombre Río Alberdi, o algo así. Enseguida, el general Perón

nos mandó dos helicópteros de la gendarmería. Cuando llegaron, los adultos tenían grandes barbas y nosotros habíamos ganado dos partidos contra los chilenos de Puerto Natales, que queda cerca del fin del mundo.

El comandante de gendarmería nos pidió, en nombre del general, que olvidáramos todo, porque si los ingleses se enteraban de nuestra torpeza jamás nos devolverían las Malvinas. Conozco poco de lo que ocurrió después. Jones predicó el Evangelio por toda la Patagonia y más tarde se fue a cultivar tabaco a Corrientes, donde tuvo un hijo con una mujer que hablaba guaraní.

Ahora que ha pasado mucho tiempo y nadie se acuerda de los chicos que pelearon en la guerra, puedo contar esta vieja historia. Si nosotros no nos hubiéramos extraviado en el desierto en aquel otoño memorable, quizá no habría pasado lo que pasó en 1982. Ahora Jones está enterrado en un cementerio británico de Buenos Aires y su hijo, que cayó en Mount Tumbledown, yace en el cementerio argentino de Puerto Stanley.



Osvaldo
Soriano

Aquel peronismo de juguete[18]

CUANDO YO ERA CHICO Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía "Perón cumple, Evita dignifica", era confesarse pobre y peronista. Y mi padre, que era empleado público y no tenía la tozudez de Bartleby el escribiente, odiaba a Perón y a su régimen como se aborrecen las peras en compota o ciertos pecados tardíos.

Estar en la fila agitaba el corazón: ¿quedaría todavía una pelota de fútbol cuando llegáramos a la ventanilla? ¿O tendríamos que contentarnos con un camión de lata, acaso con la miniatura del coche de Fangio? Mirábamos con envidia a los chicos que se iban con una caja de los soldaditos

de plomo del general San Martín: ¿se llevaban eso porque ya no había otra cosa, o porque les gustaba jugar a la guerra? Yo rogaba por una pelota, de aquellas de tiento, que tenían cualquier forma menos redonda.

En aquella tarde de 1950 no pude tenerla. Creo que me dieron una lancha a alcohol que yo ponía a navegar en un hueco lleno de agua, abajo de un limonero. Tenía que hacer olas con las manos para que avanzara. La caldera funcionó sólo un par de veces pero todavía me queda la nostalgia de aquel *chuf, chuf, chuf,* que parecía un ruido de verdad, mientras yo soñaba con islas perdidas y amigos y novias de diecisiete años. Recuerdo que ésa era la edad que entonces tenían para mí las personas grandes.

Rara vez la lancha llegaba hasta la otra orilla. Tenía que robarle la caja de fósforos a mi madre para prender una y otra vez el alcohol y Juana y yo, que íbamos a bordo, enfrentábamos tiburones, alimañas y piratas emboscados en el Amazonas pero mi lancha peronista era como esos petardos de Año Nuevo que se quemaban sin explotar.

El general nos envolvía con su voz de mago lejano. Yo vivía a mil kilómetros de Buenos Aires y la radio de onda corta traía su tono ronco y un poco melancólico. Evita, en cambio, tenía un encanto de madre severa, con ese pelo rubio atado a la nuca que le disimulaba la belleza de los treinta años.

Mi padre desataba su santa cólera de *contrera* y mi madre cerraba puertas y ventanas para que los vecinos no escucharan. Tenía miedo de que perdiera el trabajo. Sospecho que mi padre, como casi todos los funcionarios, se había rebajado a aceptar un carné del Partido para hacer carrera en Obras Sanitarias. Para llegar a jefe de distrito en un

lugar perdido de la Patagonia, donde exhortaba al patriotismo a los obreros peronistas que instalaban la red de agua corriente.

Creo que todo, entonces, tenía un sentido fundador. Aquel "sobrestante" que era mi padre tenía un solo traje y dos o tres corbatas, aunque siempre andaba impecable. Su mayor ambición era tener un poco de queso para el postre. Cuando cumplió cuarenta años, en los tiempos de Perón, le dieron un crédito para que se hiciera una casa en San Luis. Luego, a la caída del general, la perdió, pero seguía siendo un antiperonista furioso.

Después del almuerzo pelaba una manzana, mientras oía las protestas de mi madre porque el sueldo no alcanzaba. De pronto golpeaba el puño sobre la mesa y gritaba: "¡No me voy a morir sin verlo caer!". Es un recuerdo muy intenso que tengo, uno de los más fuertes de mi infancia: mi padre pudo cumplir su sueño en los lluviosos días de setiembre de 1955, pero Perón se iba a vengar de sus enemigos y también de mi viejo que se murió en 1974, con el general de nuevo en el gobierno.

En el verano del 53, o del 54, se me ocurrió escribirle. Evita ya había muerto y yo había llevado el luto. No recuerdo bien: fueron unas pocas líneas y él debía recibir tantas cartas que enseguida me olvidé del asunto. Hasta que un día un camión del correo se detuvo frente a mi casa y de la caja bajaron un paquete enorme con una esquela breve: "Acá te mando las camisetas. Pórtense bien y acuérdense de Evita que nos guía desde el cielo". Y firmaba Perón, de puño y letra. En el paquete había diez camisetas blancas con cuello rojo y una amarilla para el arquero. La pelota era de tiento, flamante, como las que tenían los jugadores en las fotos de *El Gráfico.*

El general llegaba lejos, más allá de los ríos y los desiertos. Los chicos lo sentíamos poderoso y amigo. "En la Argentina de Evita y de Perón los únicos privilegiados son los niños", decían los carteles que colgaban en las paredes de la escuela. ¿Cómo imaginar, entonces, que eso era puro populismo demagógico?

Cuando Perón cayó, yo tenía doce años. A los trece empecé a trabajar como aprendiz en uno de esos lugares de Río Negro donde envuelven las manzanas para la exportación. *Choice se* llamaban las que iban al extranjero; *standard* las que quedaban en el país. Yo les ponía el sello a los cajones. Ya no me ocupaba de Perón: su nombre y el de Evita estaban prohibidos. Los diarios llamaban "tirano prófugo" al general. En los barrios pobres las viejas levantaban la vista al cielo porque esperaban un famoso avión negro que lo traería de regreso.

Ese verano conocí mis primeros *anarcos* y *rojos* que discutían con los peronistas una huelga larga. En marzo abandonamos el trabajo. Cortamos la ruta, fuimos en caravana hasta la plaza y muchos gritaban "Viva Perón, carajo". Entonces cargaron los cosacos y recibí mi primera paliza política. Yo ya había cambiado a Perón por otra causa, pero los garrotazos los recibía por peronista. Por la lancha a alcohol que casi nunca anduvo. Por las camisetas de fútbol y la carta aquella que mi madre extravió para siempre cuando llegó la Libertadora.

No volví a creer en Perón, pero entiendo muy bien por qué otros necesitan hacerlo. Aunque el país sea distinto, y la felicidad esté tan lejana como el recuerdo de mi infancia al pie del limonero, en el patio de mi casa.

Juguetes[19]

Osvaldo
Soriano

El primer regalo del que tengo memoria debe haber sido aquel camión de madera que mi padre me hizo para un cumpleaños. No me gustó y no lo usé nunca quizá porque lo había hecho él y no se parecía a los de lata pintada que vendían en los negocios. Muchos años después lo encontré en casa de uno de mis primos que se lo había dado a su hijo. Era un Chevrolet 47 verde, con volquete, ruedas de retamo y el capó que se abría. Las ruedas y los ejes seguían en su lugar y las diminutas bisagras de las puertas estaban oxidadas pero todavía funcionaban.

Mi padre se daba maña para hacer de todo sin ganar un peso. En San Luis construyó una casa en un baldío de horizonte dudoso, cubierto de yuyos y algarrobales. El gobierno de Perón le había dado un crédito para vivienda y él se sentía vagamente humillado por haberlo merecido. Nunca supe cómo hacía para ocultar su condición de antiperonista virulento, de yrigoyenista nostálgico en los tiempos del Plan Quinquenal. En cambio yo me criaba en aquel clima de Nueva Argentina en la que los únicos privilegiados éramos los niños, sobre todo los que llevábamos el luto por Evita.

En el día de Reyes, que para colmo es el de mi cumpleaños, el correo regalaba juguetes a los chicos que fueran a buscarlos. Muñecas, trompos, una pelota de goma, cosas de nada que los pibes mostraban a la tarde en la vereda. Por más peronistas que fuéramos, a los hijos de los "contreras" se nos notaba la bronca y el orgullo de ser diferentes. A mi padre no le

gustaba que yo hiciera cola en el correo para recibir algo que él no podía comprarme. Por eso me hizo aquel camión con sus propias manos, para mostrarme que mi viejo era él y no el lejano dictador que nos embelesaba por radio y aparecía en las tapas de todas las revistas.

Pero a mí el camión no me gustaba y a escondidas le escribí una carta al mismísimo general. No recuerdo bien: creo que en el sobre puse "Excelentísimo General Don Juan Domingo Perón, Buenos Aires". En casa siempre había estampillas coloradas con la cara de San Martín así que despaché la carta y enseguida me olvidé. Para remediar su fracaso con el camión, mi padre me compró un barquito verde y blanco que no funcionó nunca pero del que me acuerdo siempre. Como no tenía hermanos, nadie me lo disputaba y pasaba horas haciéndolo navegar. Me acomodaba bajo la copa de un árbol para protegerme del terrible sol puntano y allí imaginaba aventuras tan buenas como las que traían *El Tony, Fantasía* y *Rayo Rojo.* No sé, creo que unas veces yo era Tarzán y otras el Corsario Negro conduciendo, intrépido, a sus sesenta valientes.

El tiempo parecía interminable entonces. Ser mayor era tener diecisiete años y ésa era la edad de mis héroes en el momento de combatir o de amar. Y allí íbamos, Tarzán, el Corsario, Kit Carson y yo, en busca de una rubia suave y maternal que se esfumaba en las sombras de nuestra noche imaginaria. No sé quién era; tal vez Lana Turner, Evita, o la radiante esposa del bicicletero de la esquina. Creo que hacíamos con ella algo inconfesable y delicioso, mecidos por la brisa de la tarde o azotados por el torbellino del viento chorrillero. Entre tanto, mi padre ocultaba el pasto que habíamos puesto para que comieran los camellos de los

Reyes Magos. Recuerdo que lo seguí a hurtadillas aquella noche en que me regaló el camión y lo vi arrojar el pasto por encima de la tapia.

Era un tipo de voz temible, mi padre; de gestos dulces y reflexiones amargas. Nada de lo que a él le gustaba me interesaba a mí. Amaba las matemáticas y leía gruesos libros llenos de ecuaciones y extraños dibujos. Me hablaba del Congreso y sus facultades cuando para mí sólo contaba el general. Me daba pena verlo soñar con una máquina de fotos, una Leica que nunca podría pagar. A medida que crecíamos y nos enterábamos por el cine, el Corsario, Tarzán, Kit Carson y yo distinguíamos por la trompa un Chevrolet 37 de uno del 35, un Ford A del 30 de otro del 31.

Una mañana se detuvo frente a casa un Buick con tres hombres de sombrero. Lo buscaban a mi padre y él salió presuroso, con el pucho entre los labios. Llevaba el único traje que tenía para ir a la oficina y sólo Dios sabe cómo hacía mi madre para tenérselo siempre listo. La imagen de mi padre (alto, pelo blanco, idéntico a las fotos de Dashiell Hammett) me es indisociable del cigarrillo en los labios. Lo dejaba consumirse ahí, y se estaba horas mirando un libro de logaritmos, acompañado por una voluta de humo que flotaba hacia la lámpara.

El Buick arrancó y yo supe enseguida que era un modelo 39. Para el Corsario y Kit Carson era del 38, pero yo estaba seguro porque tenía la parrilla más ancha y generosa y atrás la carrocería bajaba en picada disimulando el baúl. Mi madre se quedó en silencio y cuando se ponía así era mejor mantenerse a distancia. No sé por qué, yo me olía plata, la plata que faltaba, la que permitiría que mi padre se comprara la Leica y mi madre cambiara los zapatos. Plata para que me compraran *Puño Fuerte y*

El Tony todas las semanas. Tal vez el *Misterix,* que era carísimo. "Una fragata", solía decir mi padre, "¡quién tuviera una fragata!". La fragata era el imposible billete de mil y mi padre había imaginado todas las maneras de gastarlo. Ninguna incluía revistas de historietas ni matinés con Dick Tracy y la habitación donde él soñaba se llenaba de voltímetros, catalizadores de células fotoeléctricas y otras cosas tan inservibles como ésas.

Pero tampoco esa vez fue plata. Cuando volvió, a mediodía, mi padre estaba pálido pero sonriente. No se decidía entre el orgullo y la bronca. La ceniza del cigarrillo le caía sobre el banderín azul y blanco que apretujaba con los dedos humedecidos.

—Me dio la mano —le dijo a mi madre y me miró de reojo—. Me dio la mano y me dijo: "Cómo le va, Soriano".

—¿Y cómo te conoció? —preguntó mi madre, asustada.

—No sé. Me conoció el desgraciado.

En los días de más furia solía llamarlo "degenerado mental", pero aquel mediodía estaba demasiado impresionado porque el general, que iba a Mendoza en tren, se había detenido en la estación de San Luis para saludar a todos los funcionarios por su nombre. Uno por uno, hasta llegar al sobrestante de Obras Sanitarias José Vicente Soriano, responsable de las aguas que consumía la población de San Luis.

Después de aquel apretón de manos, mi padre fingió odiarlo todavía más y por las noches, a la hora de la cena, bajaba la voz como un filibustero listo para el abordaje: "¡No me voy a morir sin verlo caer!", decía y yo me estremecía de miedo a verlo caer. Corría entonces a mirarlo sonreír

en las figuritas, entre Grillo, Pescia, Fanny Navarro y Benavídez y me parecía invencible. Por las tardes, mientras preparaba el barco, veía pasar a la rubia mujer del bicicletero y el mundo de Tarzán, Kit Carson y el Corsario Negro volvía a su orden natural e inmutable.

No sé por qué cuento esto. Me vienen a la memoria un arco y una flecha. Una espada de madera, un autito de carrera y el camión que tanto desprecié. También me acuerdo de la imponente llegada de un camión amarillo. Por fortuna mi padre no estaba en casa. Tocaron el timbre y salió mi madre:

—Presidencia de la Nación —dijo un tipo de uniforme. Y bajaron una inmensa caja en la que decía "Perón cumple, Evita dignifica".

Mi madre intuía, azorada, la traición del hijo. "Ya vas a ver cuando llegue tu padre", gruñía mientras yo contaba las diez camisetas blancas con vivos rojos y una amarilla para el arquero. También había una pelota con cierre de tiento y una carta del general. "Que lo disfrutes", decía. Y también: "Pónganle el nombre de Evita al cuadro".

Mi padre quería tirar la carta al fuego. Iba a pasar algún tiempo antes de que Perón cayera y muchos años más hasta que pudiera darse el gran gusto de su vida. Yo ya era grande, vivía en la Avenida de Mayo y él se había venido a Buenos Aires a buscar otro trabajo. Cuando pasó a buscarme traía la Leica envuelta en sedas y con un manual en tres idiomas. Fuimos a un bar y rebosante de orgullo me mostró su juguete. De verdad era precioso. Lentes suizos, disparador automático, qué sé yo. Le pregunté si era muy cara y me contestó con un gesto de desdén. "Vos págame los cigarrillos", dijo.

A los dos o tres meses fui a visitarlo a una ruinosa pensión de Morón y lo encontré nervioso y esquivo. "¿Dónde está la Leica?", le pregunté como al descuido y enseguida me di cuenta de que íbamos a pasar un rato en silencio. Le di un paquete de cigarrillos y cuando se puso uno entre los labios, murmuró: "Se la llevaron ayer, los degenerados... No alcancé a pagar la cuota, ¿sabés?".

Nos dimos un abrazo y nos pusimos a llorar. Mi padre por la Leica y yo por el camión aquel.

Notas del Capítulo VI

17. El cuento "Otoño del 53" pertenece al libro de Osvaldo Soriano *Cuentos de los años felices*, editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
18. El cuento "Aquel peronismo de juguete" pertenece al libro de Osvaldo Soriano *Cuentos de los años felices*, editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
19. El cuento "Juguetes" pertenece al libro de Osvaldo Soriano *Cuentos de los años felices*, editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

LA HORA DE LAS NIÑAS

Capítulo VII

La hora de las niñas

QUIZÁS LA ESCRITORA ACTUAL *que más seduzca para referirse a niñas y mujeres en América Latina sea Isabel Allende (1942), una mujer abanderada de mujeres. Con especial sensibilidad por la desigualdad de género, esta autora chilena, considerada la escritora de habla hispana más leída, recrea en sus historias a mujeres inteligentes, fuertes y apasionadas, que se abren paso en un mundo donde las decisiones suelen tomarlas los hombres.*

Todo comenzó en 1981 cuando la autora, por entonces periodista, recibió la noticia de que su abuelo de 99 años se estaba muriendo y empezó a escribir una larga carta que se convertiría al año siguiente en su primera novela y una de las más leídas: La casa de los espíritus. *Después de este gran éxito le siguieron* De amor y de sombra, Eva Luna, Paula, La suma de los días, La isla bajo el mar, *entre otras… Algunas de sus obras están ligadas a las tradiciones negras y aborígenes de nuestra mestiza Latinoamérica. En otras sobresale el tinte de lo autobiográfico. Pero si algo tienen en común es el protagonismo de sus mujeres.*

La infancia en sus obras aparece especialmente a través de las niñas. Niñas astutas, inteligentes, despiertas, que no callan y dicen aquello que el mundo adulto tiene reprimido. Pequeñas como las de La casa de los espíritus,

que tienen la valentía de enfrentar a los hombres de la casa o aquellas que su desbordada imaginación les hace expresarse de modos insólitos, desde pintar paredes hasta bordar interminables tapices de figuras monstruosas. Niñas que, sumidas en el realismo mágico, parecen estar distraídas y sin embargo sobrepasan el pensamiento de un mortal cualquiera. Jóvenes que aparecen como el lugar de la esperanza de un cambio hacia un mundo en que hombres y mujeres tengan las mismas oportunidades.

"Un futuro mejor para el mundo dependerá de las mujeres. Las niñas de hoy son las mujeres del mañana, debemos ayudarlas a defenderse", *sostenía la autora desde la Fundación Isabel Allende. Con la trágica muerte de su hija Paula, creó esa fundación dedicada a la ayuda de mujeres y niñas latinoamericanas en condiciones de vulnerabilidad. De esta manera –y más allá de la escritura– Isabel Allende ha tomado como propias causas sensibles para la infancia actual, como el derecho a la salud, a la educación y la protección contra la violencia, el abuso y la explotación.*

A continuación veremos algunos fragmentos de su novela más famosa: La casa de los espíritus. *Inspirada en la familia de la autora, la novela cuenta la historia de cuatro generaciones. Los hechos cotidianos de las familias Del Valle y Trueba son atravesados por la realidad política de Chile y a la vez se condimentan en forma exquisita con el realismo mágico. Quien protagoniza ese lugar donde casi todo parece posible es el personaje de Clara, que posee poderes telepáticos y puede adivinar los sueños. Pero además la magia se va colando en la historia a través de la aparición de fantasmas, tíos exploradores totalmente extravagantes, sonámbulos y hasta mujeres que lucen cabellos verdes.*

La primera generación que se describe en esta larga historia es la de la familia Del Valle; el padre, Severo, un político liberal que intenta abrirse paso en el Chile de principios de siglo XX y Nívea, su mujer, que lucha por el voto femenino. El matrimonio tiene quince hijos entre los cuales destaca Rosa, una preciosa muchacha de cabello verde, y Clara, la menor, que posee poderes especiales. Además de un perro, Barrabás, que llega a la familia cuando comienza la novela y crece tanto hasta tomar dimensiones extraordinarias, y la Nana, quien cuida a los niños de la familia y luego servirá también a las generaciones siguientes hasta su muerte.

Por accidente, Rosa, cuyo pretendiente de nombre Esteban Trueba se encontraba trabajando en la mina de oro, bebió aguardiente de una botella envenenada que los enemigos políticos de su padre habían destinado a éste. La joven murió en el acto. Sin que nadie se dé cuenta, Clara presencia cómo la van diseccionando para saber el motivo de la muerte y queda tan impresionada que se queda muda por nada más ni nada menos que nueve años.

Con la muerte de Rosa, Esteban destrozado se va hacia a la finca Las Tres Marías, *que era de su padre, y levanta el campo que estaba abandonado por años de dejadez, pero somete a sus habitantes a un severo abuso de poder. A tal punto que acosa sexualmente a Pancha García, una mujer indígena cuya vida, al igual que la de su madre y su abuela, parece destinada desde el inicio a ser sometida a violaciones por parte de sus patrones. Por ello Esteban la desprecia cuando ésta le comunica que está embarazada de un niño de nombre Esteban, que crecerá con todo el resentimiento y el odio hacia la familia del hacendado.*

Esteban regresa luego de una década a la ciudad para casarse con la hermana menor. En el momento en que pide la mano de Clara, ésta recupera el

habla para anunciar a sus padres su casamiento. El joven ama profundamente a Clara y con ella apacigua su ira. El matrimonio tiene tres hijos: Blanca y los mellizos Nicolás y Jaime. La hija se enamora de uno de los peones rurales de la hacienda, Pedro Tercero, hijo del capataz de la finca. El joven, sensible a las ideas revolucionarias que comienzan a surgir en el Chile de la época, y preocupado por la situación social de los campesinos, moviliza a los trabajadores para protestar contra el padre de su amada. Blanca y Pedro Tercero tienen un romance a escondidas hasta que son descubiertos por Esteban Trueba, ahora importante hacendado de ideas conservadoras. Pedro es expulsado de la finca. Blanca está embarazada y la obligan a casarse con un conde que tiene conductas sexuales extrañas. La joven huye y se refugia en la casa de la ciudad con su madre Clara, que tras un violento episodio con su marido por el destino de su hija, no vuelve a hablarle por el resto de su vida.

Blanca tiene una niña a la que llama Alba, las tres mujeres son muy unidas y en la casa aparecen todo tipo de personajes exóticos y fantasmas. Pasado el tiempo, Clara enferma y muere y toda la magia de la novela desaparece para dar lugar a la cruda realidad de un país atravesado por el terror de la dictadura militar. Blanca y Pedro Tercero se reencuentran: él, que trabajaba en el gobierno de Salvador Allende, ahora debe vivir escondido, precisamente en la casa de la esquina, que ocupa Trueba ya viejo y cansado. Más allá de enfrentamientos pasados, el patriarca de la familia obtiene contactos para que la pareja logre exiliarse.

Alba se enamora de Miguel, un militante de izquierda, es encarcelada y brutalmente torturada hasta que logra salir y se queda sola en esa inmensa casa con su abuelo hasta la muerte de éste.

Si durante la novela se perciben los enfrentamientos por las diferentes ideologías –en particular entre el patriarca familiar que llega a ser senador por el Partido Conservador y el espíritu emancipador de sus hijos y su nieta–, una vez solos en la casa el amor que tienen el abuelo y su nieta se pone de manifiesto más allá de las diferencias políticas, tal como lo siente la autora hacia su propio abuelo, fuente de inspiración de esta maravillosa novela.

En esta larga historia familiar que abarca casi un siglo, todo sucede en dos escenarios, la casa de la esquina en la ciudad y la finca Las Tres Marías, *y está recreada por una gran cantidad de personajes secundarios que muestran la complejidad y la riqueza de la trama, entre ellos aparecen El Poeta (Pablo Neruda) y El Candidato (Salvador Allende).*

En esta compleja saga donde el realismo mágico se entrelaza con la más cruda realidad, fiel a su estilo, se destacan estas mujeres a quienes Isabel Allende dedica la novela. Cuatro generaciones que, con idealismo y astucia, luchan para conseguir aquello que se proponen: Nívea en su pelea por establecer el voto femenino, Clara que busca soluciones mágicas fuera de los saberes médicos oficiales, Blanca que da todo por un amor prohibido, Alba que resiste la tortura en última la dictadura militar. No por casualidad sus nombres son sugestivos, luminosos, que aluden a la luz, a la esperanza. Pero también la autora trasmite el sufrimiento de aquellas mujeres sometidas socialmente, como es el caso de Pancha García, víctima como su madre y su abuela del abuso sexual.

A continuación presentaremos un fragmento del comienzo de esta historia donde se narra el momento en que Clara deja de hablar, cuestión que preocupa gravemente a la familia. Sin embargo, su mudez no impide que ejerza sus poderes telepáticos e interprete los sueños de la gente del pueblo.

Aquello real maravilloso se manifiesta a través del personaje de esta niña que aparece como si estuviera siempre distraída y suele dar en el clavo con lo que sucede y nadie puede explicar. Su magia se presenta de manera desopilante, haciendo uso del humor y la ironía, lo cual rompe, de algún modo, con la pesada atmósfera que se respira en Chile por aquellos tiempos. A su vez, representa una crítica a la ciencia tradicional y una apuesta a la intuición, sobre todo la femenina, tantas veces subestimada.

Isabel
Allende

Clara, clarividente[20]

CLARA TENÍA DIEZ AÑOS cuando decidió que no valía la pena hablar y se encerró en el mutismo. Su vida cambió notablemente. El médico de la familia, el gordo y afable doctor Cuevas, intentó curarle el silencio con píldoras de su invención, con vitaminas en jarabe y tocaciones de miel de bórax en la garganta, pero sin ningún resultado aparente. Se dio cuenta de que sus medicamentos eran ineficaces y que su presencia ponía a la niña en estado de terror. Al verlo, Clara comenzaba a chillar y se refugiaba en el rincón más lejano, encogida como un animal acosado, de modo que abandonó sus curaciones y recomendó a Severo y a Nívea que la llevaran donde un rumano de apellido Rostipov, que estaba causando

sensación esa temporada. Rostipov se ganaba la vida haciendo trucos de ilusionista en los teatros de variedades y había realizado la increíble hazaña de tensar un alambre desde la punta de la catedral hasta la cúpula de la Hermandad Gallega, al otro lado de la plaza para cruzar caminando por el aire con una pértiga como único sostén. A pesar de su lado frívolo, Rostipov estaba provocando una batahola en los círculos científicos porque en sus horas libres mejoraba la histeria con varillas magnéticas y trances hipnóticos. Nívea y Severo llevaron a Clara al consultorio que el rumano tenía improvisado en su hotel. Rostipov la examinó cuidadosamente y por último declaró que el caso no era de su incumbencia, puesto que la pequeña no hablaba porque no le daba la gana, y no porque no pudiera. De todos modos, ante la insistencia de los padres, fabricó unas píldoras de azúcar de color violeta y las recetó advirtiendo que eran un remedio siberiano para curar sordomudos. Pero la sugestión no funcionó en este caso y el segundo frasco fue devorado por Barrabás en un descuido sin que ello provocara en la bestia ninguna reacción apreciable. Severo y Nívea intentaron hacerla hablar con métodos caseros, con amenazas y súplicas y hasta dejándola sin comer, a ver si el hambre la obligaba a abrir la boca para pedir su cena, pero tampoco eso resultó.

La Nana tenía la idea de que un buen susto podía conseguir que la niña hablara y se pasó nueve años inventando recursos desesperados para aterrorizar a Clara, con lo cual sólo consiguió inmunizarla contra la sorpresa y el espanto. Al poco tiempo Clara no tenía miedo de nada, no la conmovían las apariciones de monstruos lívidos y desnutridos en su habitación, ni los golpes de los vampiros y demonios en su ventana. La

Nana se disfrazaba de filibustero sin cabeza, de verdugo de la Torre de Londres, de perro lobo, de diablo cornudo, según la inspiración del momento y las ideas de unos folletos terroríficos que compraba para tal fin y aunque no era capaz de leerlos, copiaba las ilustraciones. Adquirió la costumbre de deslizarse sigilosamente por los corredores para asaltar a la niña en la oscuridad, de aullar detrás de las puertas y esconder bichos vivos en la cama, pero nada de eso logró sacarle ni una palabra. A veces Clara perdía la paciencia, se tiraba al suelo, pataleaba y gritaba, pero sin articular ningún sonido en idioma conocido, o bien anotaba en la pizarrita que siempre llevaba consigo los peores insultos para la pobre mujer, que se iba a la cocina a llorar de incomprensión.

—¡Lo hago por tu bien, angelito! —sollozaba la Nana envuelta en una sábana ensangrentada y con la cara tiznada con corcho quemado.

Nívea le prohibió que siguiera asustando a la niña. Se dio cuenta de que el estado de turbación aumentaba sus poderes mentales y producía desorden entre los aparecidos que rodeaban a la niña. Además, aquel desfile de personajes truculentos estaba destrozando el sistema nervioso a Barrabás, que nunca tuvo buen olfato y era incapaz de reconocer a la Nana debajo de sus disfraces. El perro comenzó a orinarse sentado, dejando a su alrededor un inmenso charco y con frecuencia le crujían los dientes. Pero la Nana aprovechaba cualquier descuido de la madre para persistir en sus intentos de curar la mudez con el mismo remedio con que se quita el hipo.

Retiraron a Clara del colegio de monjas donde se habían educado todas las hermanas Del Valle y le pusieron profesores en la casa. Severo

hizo traer de Inglaterra a una institutriz, Miss Agatha, alta, toda ella de color ámbar y con grandes manos de albañil, pero no resistió el cambio de clima, la comida picante y el vuelo autónomo del salero desplazándose sobre la mesa del comedor, y tuvo que regresar a Liverpool. La siguiente fue una suiza que no tuvo mejor suerte y la francesa, que llegó gracias a los contactos del embajador de ese país con la familia, resultó ser tan rosada, redonda y dulce, que quedó encinta a los pocos meses y, al hacer las averiguaciones del caso, se supo que el padre era Luis, hermano mayor de Clara. Severo los casó sin preguntarles su opinión y, contra todos los pronósticos de Nívea y sus amigas, fueron muy felices. En vista de estas experiencias, Nívea convenció a su marido de que aprender idiomas extranjeros no era importante para una criatura con habilidades telepáticas y que era mucho mejor insistir con las clases de piano y enseñarle a bordar.

La pequeña Clara leía mucho. Su interés por la lectura era indiscriminado y le daban lo mismo los libros mágicos de los baúles encantados de su tío Marcos, que los documentos del Partido Liberal que su padre guardaba en su estudio. Llenaba incontables cuadernos con sus anotaciones privadas, donde fueron quedando registrados los acontecimientos de ese tiempo, que gracias a eso no se perdieron borrados por la neblina del olvido, y ahora yo puedo usarlos para rescatar su memoria.

Clara clarividente conocía el significado de los sueños. Esta habilidad era natural en ella y no requería los engorrosos estudios cabalísticos que usaba el tío Marcos con más esfuerzo y menos acierto. El primero en darse cuenta de eso fue Honorio, el jardinero de la casa, que soñó un día con culebras que andaban entre sus pies y que, para quitárselas de encima, les

daba de patadas hasta que conseguí aplastar a diecinueve. Se lo contó a la niña mientras podaba las rosas, sólo para entretenerla, porque la quería mucho y le daba lástima que fuera muda. Clara sacó la pizarrita del bolsillo de su delantal y escribió la interpretación del sueño de Honorio: tendrás mucho dinero, te durará poco, lo ganarás sin esfuerzo, juega al

diecinueve. Honorio no sabía leer, pero Nívea leyó el mensaje entre burlas y risas. El jardinero hizo lo que le decían y se ganó ochenta pesos en una timba clandestina que había detrás de una bodega de carbón. Se los gastó en un traje nuevo, una borrachera memorable con todos sus amigos y una muñeca de loza para Clara. A partir de entonces la niña tuvo mucho trabajo descifrando sueños a escondidas de su madre, porque cuando se supo la historia de Honorio iban a preguntarle qué quería decir volar sobre una torre con alas de cisne; ir en una barca a la deriva y que cante una sirena con voz de viuda; que nazcan dos gemelos pegados por la espalda, cada uno con una espada en la mano, y Clara anotaba sin vacilar en la pizarrita que la torre es la muerte y el que vuela por encima se salvará de morir en un accidente, el que naufraga y escucha a la sirena perderá su trabajo y pasará penurias, pero lo ayudará una mujer con la que hará un negocio; los gemelos son marido y mujer forzados en un mismo destino, hiriéndose mutuamente con golpes de espada.

Los sueños no eran lo único que Clara adivinaba. También veía el futuro y conocía la intención de la gente, virtudes que mantuvo a lo largo de su vida y acrecentó con el tiempo.

(…)

La habilidad de Clara par a mover objetos sin tocarlos no se pasó con la menstruación, como vaticinaba la Nana, sino que se fue acentuando hasta tener tanta práctica, que podía mover las teclas del piano con la tapa cerrada, aunque nunca pudo desplazar el instrumento por la sala

como era su deseo. En esas extravagancias ocupaba la mayor parte de su energía y de su tiempo. Desarrolló la capacidad de adivinar un asombroso porcentaje de las cartas de la baraja e inventó juegos de irrealidad para divertir a sus hermanos. Su padre le prohibió escrutar el futuro en los naipes e invocar a fantasmas y espíritus traviesos que molestaban al resto de la familia y aterrorizaban a la servidumbre, pero Nívea comprendió que mientras más limitaciones y sustos tenía que soportar su hija menor, más lunática se ponía, de modo que decidió dejarla en paz con sus trucos de espiritista, sus juegos de pitonisa y su silencio de caverna, tratando de amarla sin condiciones y aceptarla tal cual era. Clara creció como una planta salvaje, a pesar de las recomendaciones del doctor Cuevas, que había traído de Europa la novedad de los baños de agua fría y los golpes de electricidad para curar a los locos.

(…)

A veces Clara acompañaba a su madre y a dos o tres amigas sufragistas a visitar fábricas, donde se subían en unos cajones para arengar a las obreras, mientras desde una prudente distancia, los capataces y los patrones las observaban burlones y agresivos. A pesar de su corta edad y completa ignorancia de las cosas del mundo, Clara podía percibir lo absurdo de la situación y describía en sus cuadernos el contraste entre su madre y sus amigas, con abrigos de piel y botas de gamuza, hablando de opresión, de igualdad y de derechos, a un grupo triste y resignado de trabajadoras, con sus toscos delantales de dril y las manos rojas por los sabañones.

(…)

La relación con su madre era alegre e íntima, y Nívea, a pesar de haber tenido quince hijos, la trataba como si fuera la única, estableciendo un vínculo tan fuerte, que se prolongó en las generaciones posteriores como una tradición familiar.

Esta tradición femenina, que pasa de madres a hijas, abarca prácticamente toda la narrativa de Isabel Allende. Mujeres fuertes y apasionadas, mujeres víctimas de los abusos de poder, mujeres que pelean por abrirse paso en un mundo patriarcal. Sus mujeres muestran historias inspiradas en vidas reales, en un mundo donde la desigualdad de género sigue siendo una dura verdad, sobre todo en los países más pobres. La autora ve, entonces, la esperanza en estas niñas, estas jóvenes, estas luchadoras imaginativas y valientes que comienzan un proceso de empoderamiento para construir un mundo más justo.

Notas del Capítulo VII

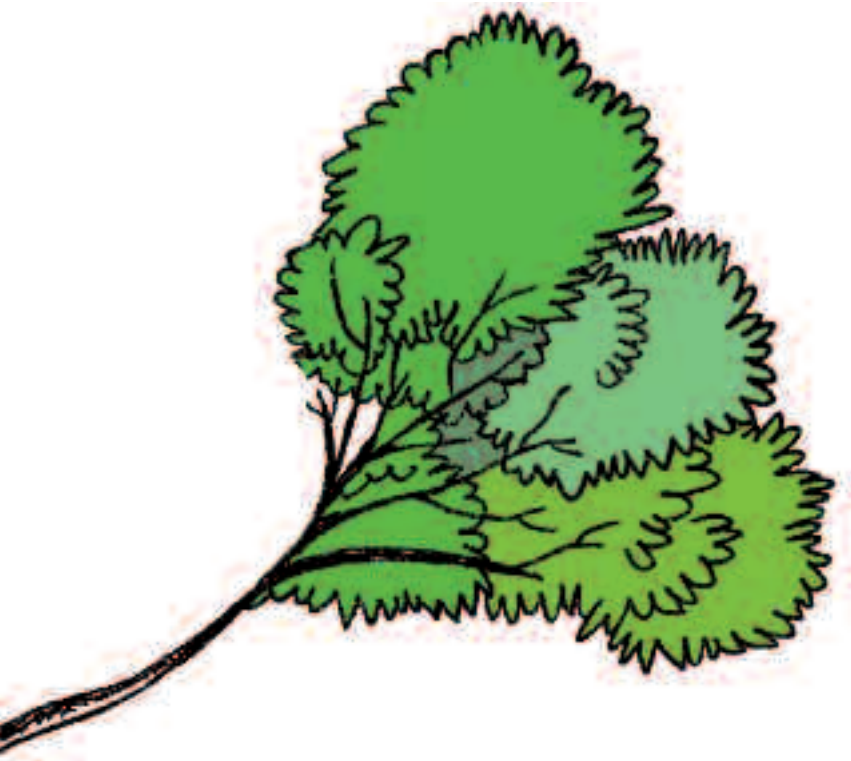
20. El relato pertenece al libro de Isabel Allende *La casa de los espíritus*, editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Arroró

(Canción de cuna
tradicional)

Arroró mi niño
arroró mi sol
arroró pedazo
de mi corazón.

Las infancias del futuro



Capítulo VIII

Las infancias del futuro

De indudable trayectoria, *y esculpiendo lo más significativo de nuestras identidades, Vicente Battista –nacido en 1940 en el barrio porteño de Barracas– constituye una presencia singular en la literatura argentina. Escribió novelas, cuentos, ensayos y guiones para films. Creó junto con jóvenes intelectuales las revistas* El escarabajo de Oro *y luego* Nuevos Aires, *que marcaron un modo de ser de los escritores y artistas en general de los años 60 y 70. Y luego de cinco novelas –entre las que se encuentran* El libro de todos los engaños *(1984),* Sirocco *(1985) y* Sucesos Argentinos *(premio Planeta 1995)–, una vasta cantidad de cuentos y escritos diversos, experiencia de diáspora y retorno a la Patria, continúa produciendo e interpretando rasgos de nuestra cotidianeidad.*

Niños y jóvenes están en su imaginario. También evocaciones de infancias pasadas, como en el cuento "Los largos", donde emerge aquella para hoy lejana subjetividad de quienes en los años 50 eran premiados con la posibilidad de llevar los pantalones largos y quienes se veían en figurillas ante la prohibición de llevarlos. La cotidianeidad entonces constituye para Battista un espacio tiempo donde se pone de manifiesto un plus que el relato literario aporta como si se tratara de una varita mágica. Sin embargo, las narraciones

parecen imitar minuciosamente la realidad, aunque para lograrlo deban interponer la fantasía.

Con las infancias el tratamiento es similar: descripción de los personajes hasta en sus aspectos bochornosos, respeto por la tensión dramática, cierta ternura, emociones. Tal reconstrucción permite "ver" al personaje, imaginarlo cerca y pensarlo en la trama de relaciones sociales que lo moldean. Vicente Battista ha escrito especialmente para Letras de Infancias… *el cuento que presentamos a continuación, donde imagina futuros para y con nuestras infancias.*

Vicente
Battista

La Rosa Inalcanzable[21]

LAUTARO ADMIRA A BATMAN. Francisco se declara fanático de Linterna Verde. Matías prefiere al Hombre Araña. Esta disparidad de criterios no les impide seguir con fervor las aventuras de cada uno de esos héroes. Leen las revistas que dan cuenta de sus hazañas, siguen las series de televisión y no se pierden una sola película que los tenga por protagonistas. Saben de qué modo Batman enfrenta al Pingüino o al Guasón, conocen qué trucos emplea Linterna Verde para detener el avance de Siniestro o cómo el Hombre Araña neutraliza al Doctor Octopus. Leen, miran y oyen, pero deben limitarse a su condición de espectadores: no pueden volar de techo en techo, trepar por las paredes o moverse a través de la cuarta dimensión. Para lograr eso cuentan con la Realidad Virtual.

Un traje, un casco y un guante bastan para convertirse en héroe. Con traje, casco y guante, Lautaro está listo para enfrentar a las medusas verdes. No es fácil describirlas. Se trata de moles gigantescas que dan pavor con solo mirarlas. No poseen una forma definida, tienen escamas por todo el cuerpo y son gelatinosas y malolientes, como las medusas. Sin embargo, lo que más aterra son sus ojos y sus bocas. Poseen un número incierto de ojos y un número incierto de bocas. Tanto de los ojos como de las bocas despiden fuego, llamaradas de fuego que destruyen de inmediato todo aquello que tocan. Lautaro sabe que el combate no admite concesiones y bajo esa consigna se dispone a destruir a esos bichos monstruosos. Un coro de truenos y relámpagos le dan música de fondo a las batallas.

Francisco es algo más realista. En lugar de elegir un tiempo histórico desconocido y un sitio geográfico igualmente desconocido, prefiere situarse en un año específico, 1920, y en un escenario específico: ciertas calles tenebrosas de Chicago. En esas calles enfrenta sin descanso a una despiadada pandilla de mafiosos. Se trata de asesinos impiadosos, habituados a terminar con quien se cruce en su camino. Francisco cuenta con armas mortíferas, ametralladoras y bazucas desconocidas en aquellos años 20. Las ametralladoras disparan un número infinito de proyectiles por segundo y las bazucas pueden destruir una casa de un solo disparo. Aún así, no es fácil vencer a esos gángsters: tienen la particularidad de reproducirse sin descanso: por cada uno que muere, nacen dos.

El espacio infinito e inexplorado es el radio de acción que elige Matías para vivir su propia aventura. La historia sucede en un lejano futuro, oscuro y tenebroso. Matías es el capitán de una nave interestelar que navega

a la búsqueda de nuevos planetas. Esos remotos cuerpos celestes invariablemente están habitados por criaturas espeluznantes que ignoran la piedad. Descender en cualquiera de esos planetas es enfrentarse con la muerte. En todos se topa con un señor feudal cósmico, de rostro variable y cuerpo luminiscente. En la mano derecha esgrime una espada capaz de producir rayos y tormentas, con la mano izquierda sostiene la cabeza que acaba de cortar. Ese personaje sanguinario a veces se hace llamar Xor, otras Tor y otras Zor. Cualquiera sea su nombre, siempre lo protege un ejército de mutantes que marcha al estridente ritmo de bombos y timbales.

Los espacios virtuales nunca se mezclan. Es imposible encontrar a las medusas de Lautaro deambulando por las calles de Chicago. Los gángsters de Francisco jamás se juntan con los soldados del príncipe Xor. Lautaro, Matías y Francisco pueden navegar por el espacio infinito que cada uno ha creado, pero tienen vedado ingresar en los mundos vecinos. La Realidad Virtual no admite una Liga de Superhéroes. Cada vez que Lautaro, Francisco y Matías regresan a la realidad real cuentan de qué modo combatieron en los mundos imaginarios. Se vanaglorian por los triunfos y se inclinan ante las derrotas. Todas las historias son de sangre, destrucción y muerte.

Tomás aparece una tarde de septiembre. Es hincha de Independiente, como Matías, y, aunque no se dice fanático de ningún superhéroe, conoce las hazañas de Linterna Verde, de Batman y del Hombre Araña, incluso las de Ironman y Superman. Su equipo de Realidad Virtual, dice, es capaz de realizar cosas de no creer. Lautaro, Francisco y Matías lo

miran con desconfianza. Se preguntan si este nuevo amigo no será algo fanfarrón. Tomás promete volver mañana, con su equipo.

Matías es el primero en llegar. Casi de inmediato aparecen Lautaro y Francisco. Luego de quince minutos de espera, los tres amigos piensan que Tomás no vendrá. Están por colocarse los cascos, cuando lo ven venir a paso tranquilo. Trae el equipo. No parece muy distinto al que ellos tienen. Hay un saludo y algunas bromas, hasta que por fin Tomás coloca el casco en su cabeza y el guante en el brazo derecho. Dice "allá voy" o cosa parecida y aprieta el botón. Lautaro, Francisco y Matías se preguntan contra quiénes peleará. Lautaro arriesga que tal vez está enfrentando a dragones dispuestos a devorar todo lo que encuentren a su paso. Matías, en cambio, supone que viaja a la prehistoria, por lo que cambia dragones por dinosaurios, tan o más feroces que los dragones. Francisco desecha dragones y dinosaurios y arriesga que Tomás está en un enorme circo de la Roma Imperial, resistiendo la embestida de leones hambrientos y de gladiadores atroces. Los tres amigos dejan de arriesgar supuestos, porque antes de lo previsto, Tomás se quita el casco. Los mira, pero no dice una sola palabra.

Es un silencio comprensible: no está acostumbrado a narrar sus aventuras. Francisco decide que hay que motivarlo y se larga a contar de qué modo, hace apenas un ratito, aniquiló a la banda de Dillinger.

Tomás lo escucha y sonríe.

Ahora es Lautaro quien cuenta. Habla de las medusas verdes, de cómo lo arrinconaron, de cómo esquivó el fuego mortal y de cómo logró destruirlas.

Tomás lo escucha y sonríe.

Es el turno de Matías. Describe al príncipe Xor o Tor o Zor, nunca se sabe con certeza bajo qué forma aparecerá.

—No es fácil derrotarlo —dice—, cuenta con un sanguinario ejército de mutantes. Basta un solo gesto del príncipe para que se transformen en una terrible máquina de matar.

Tomás lo escucha y sonríe.

Lautaro no entiende ni ese silencio ni esa sonrisa.

—¿Contra quién peleaste? —pregunta.

—Contra nadie —dice Tomás.

—¡Contra nadie! —repite Lautaro—. Eso no hay quien te lo crea.

—Contra nadie —insiste Tomás.

—¿Qué hacés? —pregunta Francisco— ¿Qué hacés cuando entrás con traje, casco y guante?

Tomás lo mira, sin dejar de sonreír.

—Construyo una flor —dice—. Estoy construyendo una rosa.

Francisco pregunta si se trata de una rosa cargada de veneno, que invariablemente mata a quien se acerque a olerla. Matías quiere saber si es una rosa carnívora, capaz de devorar al que la toca. Lautaro lo corrige, dice que seguramente es una rosa bruja, con atributos infernales que espantan de solo nombrarlos.

Tomás afirma que nada de eso. La rosa que él está construyendo es una rosa común y silvestre, idéntica a la de cualquier jardín y cualquier tarde.

¿Una rosa común? ¿Qué está pasando con Tomás? Francisco levanta un dedo acusador, pero Matías lo detiene de inmediato.

—Cada cual es dueño de elegir su propia aventura —dice, conciliador.

Lautaro, Francisco y Matías deciden continuar con el relato de sus propias aventuras. Están convencidos de que Tomás finalmente cambiará esa inmutable sonrisa por el gesto fiero y adusto que debe lucir todo guerrero.

Hay días en que Lautaro explica de qué modo y con qué métodos su ejército de diez mil valientes derrotó a las esquivas medusas y hay días en que ese valeroso ejército termina destrozado sin remedio. Hay días en que Francisco, sin disimular su disgusto, confiesa que los hombres de Dillinger lo han acribillado en una esquina solitaria y hay días en que, sin disimular su goce, Francisco cuenta de qué modo acabó con cada uno de los gángsters que se cruzaron en su camino. En estos casos, no escatima detalles: habla de un torbellino de sangre y de vísceras rodando por las calles empedradas. Hay días en que Matías cuenta entusiasmado cómo el príncipe Xor o Tor o Zor, no recuerda bien, cayó vencido. Dice que al príncipe y al resto de la familia real les reservó una muerte lenta y dolorosa. Tomás los mira en silencio, se limita a escuchar. A veces sus amigos, con la esperanza de que por fin hable de sus monstruos, le preguntan cómo le fue en el mundo virtual.

Invariablemente, Tomas dice:

—Sigo con la rosa.

Lo dice sin perder la sonrisa.

Así pasan las semanas. Mientras Lautaro esquiva el mortífero fuego de las medusas verdes y Francisco acorrala a Dillinger y Matías libera naves de las garras de Xor, Tor o Zor. Tomás simplemente continúa con su rosa.

—Quince medusas destrozadas —informa Lautaro.

—Terminé con el cáliz —dice Tomás.

Lo dice sin perder la sonrisa.

—Se enfrentaron dos bandas —cuenta Francisco—. Ochenta víctimas, todos muertos, no quedaron heridos.

—Comencé con los pétalos —dice Tomás.

Lo dice sin perder la sonrisa.

—Veinte naves perdidas, con su correspondiente tripulación —anuncia Matías.

—Terminé con la corola —dice Tomás.

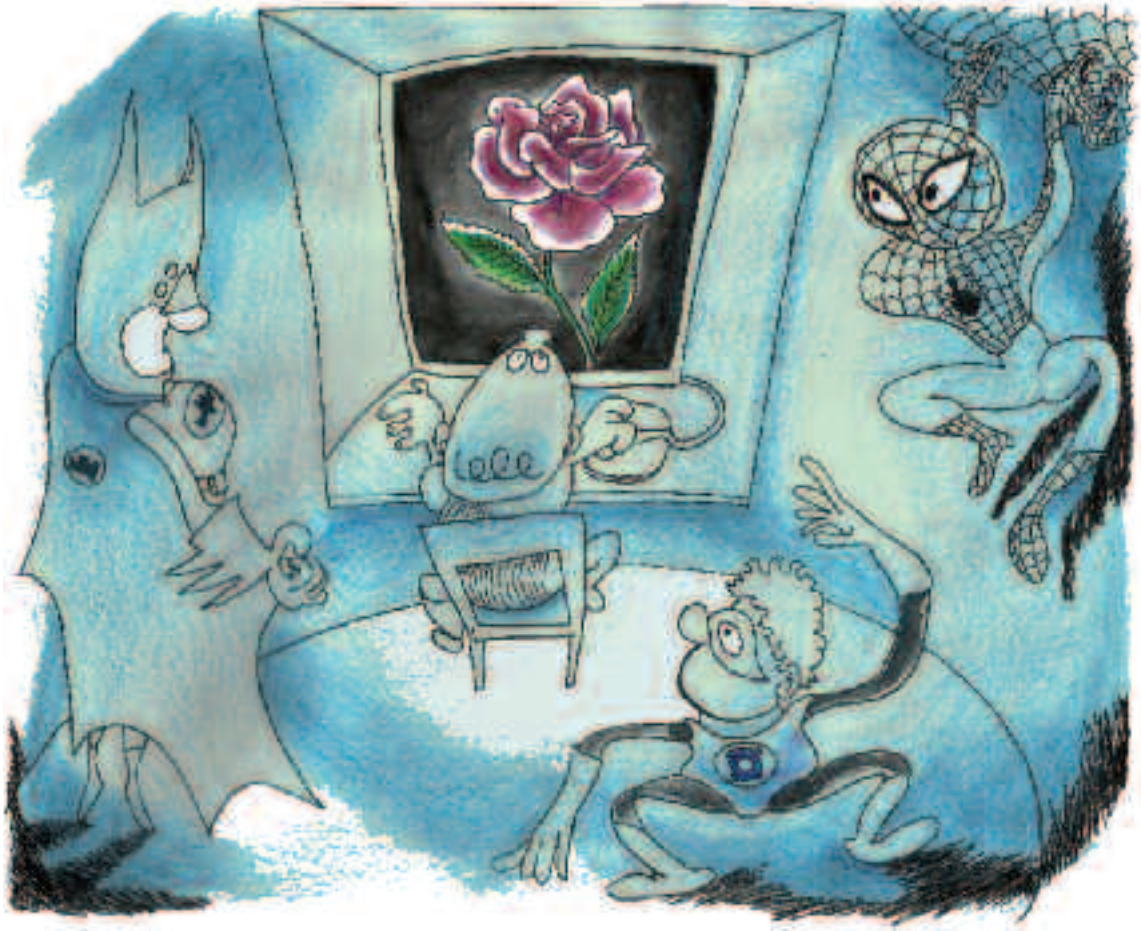
Lo dice sin perder la sonrisa.

Una tarde, antes de que sus amigos se coloquen los cascos, Tomás anuncia:

—Construí la rosa.

Lautaro, Francisco y Matías lo miran con un gesto que puede ser de burla o de piedad. Se ponen los trajes, calzan los guantes en sus manos y los cascos en sus cabezas. Están listos para emprender una nueva batalla.

Ni bien Lautaro acciona el botón de mando aparecen las medusas verdes. Avanzan lentamente, con sus muchas bocas y sus muchos ojos enrojecidos. En cualquier momento, de ahí mismo saldrán las llamas destructoras y los gritos de dolor. Lautaro está listo para recibir llamas y gritos. Apronta sus armas de destrucción y muerte y de pronto advierte que en lugar de oír los atormentados ay ay ay de los moribundos, escucha los acordes iniciales del "Himno a la Alegría". De esos muchos ojos y de esas muchas bocas en vez de brotar llamas brotan rosas, cientos de rosas rojas que bailan entusiastas. Lautaro no puede creer lo que ve, pero sonríe. Una sonrisa idéntica a la de Tomás.



En ese mismo momento, Francisco se dispone a enfrentar a Dillinger y al propio Al Capone. Sabe que va a ser una lucha sin cuartel ni esperanza, matar o morir. Ahora vendrán los dos gángsters sanguinarios. Francisco los espera atento a cada gesto. Se prepara a oír el ensordecedor sonido de las balas que muy pronto trastornarán el ambiente. Sin embargo, en lugar de oír el demoledor ratratá ratratá ratratá de las ametralladoras, escucha las primeras armonías de la "Sinfonía de los juguetes".

Al compás de matracas y relojes cu-cu, Dillinger y Capone se acercan con ramos de rosas rojas en sus manos. Francisco no puede creer lo que ve, pero sonríe. Una sonrisa idéntica a la de Tomás.

Matías, en tanto, se ubica a un costado del sendero. Sabe que por ahí vendrá el fatídico príncipe Xor o Tor o Zor. Cuenta con buenas armas para destruir al príncipe y a su ejército de mutantes, sólo resta esperar. El sonido de miles de botas golpeando sobre el camino de tierra le anunciará la llegada. Eso será el preludio de la batalla. Pero en lugar de oír el inquietante pacatá pacatá pacatá de las botas, escucha los acordes de "Pedro y el Lobo" y ve llegar al príncipe Xor o Zor o Tor. En su mano derecha, una gran rosa roja reemplaza a la espada productora de rayos y tormentas. Su mano izquierda sostiene una rosa blanca. El ejército de mutantes que lo sigue ha mutado en miles de rosas de distintos colores. Matías no puede creer lo que ve, pero sonríe. Una sonrisa idéntica a la de Tomás.

Casi al mismo tiempo, Lautaro, Francisco y Matías apagan los comandos y se quitan los cascos. Ahí está Tomás, esperándolos.

—¿Les gustó? —pregunta.

Los tres amigos se miran y casi a coro contestan.

—Nos gustó. Estuvo rebueno.

—Nos hackeaste —dice Lautaro.

—¿Cómo hiciste? —pregunta Francisco.

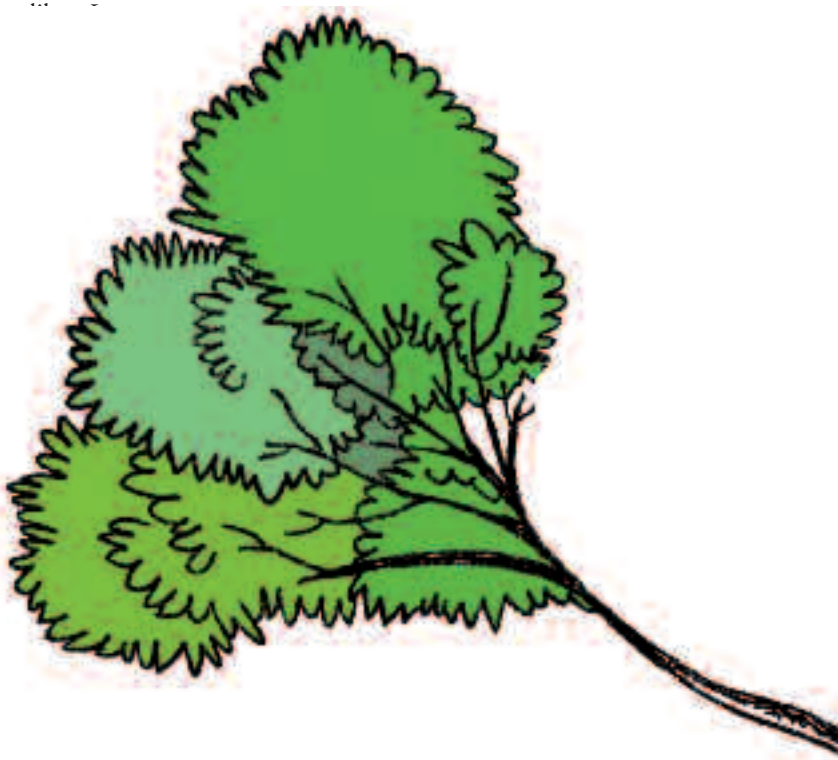
—Decinos cómo se hace —pide Matías.

—Hacer una pequeña flor es un trabajo de siglos —dice Tomás.

Lo dice sin perder la sonrisa.

Notas del Capítulo VIII

21. Vaya un agradecimiento especial al escritor Vicente Battista, quien ha escrito el relato "La Rosa Inalcanzable" para el pres
tras de Infancias…



Letras de Infancias en Latinoamérica,
publicación de Fundación Arcor,
se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Latingráfica S.R.L. en septiembre de 2012.